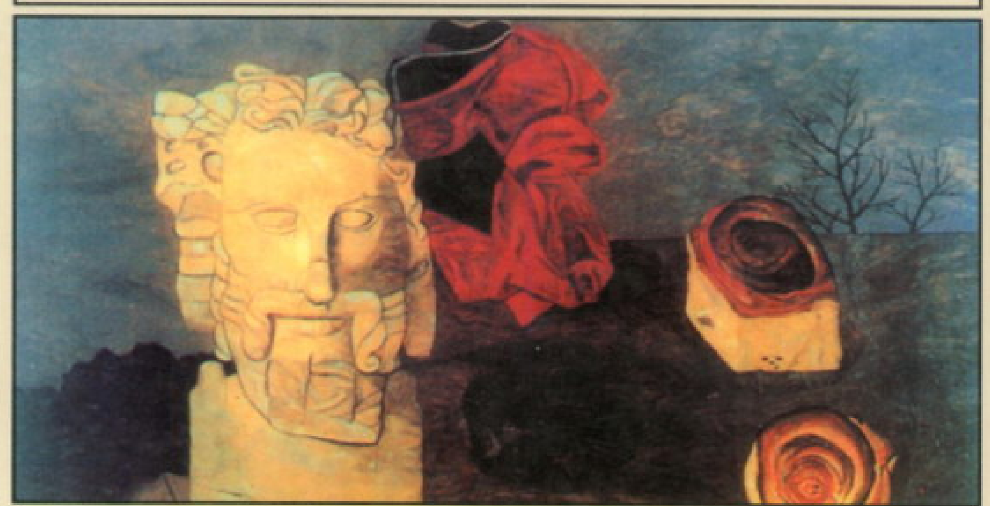
Ernst Jünger

Sobre los acantilados de mármol





Considerada unánimemente por la crítica como la obra maestra de Emst Jünger, *Sobre los acantilados de mármol* trata de uno de esos momentos en que la acción humana parece deslizarse hacia lo demoníaco. A través de la evocación del narrador vemos cómo la paz y la armonía que reinan en la Marina —comarca simbólica donde se desarrolla la acción— se ven progresivamente amenazadas por las huestes del Gran Guardabosques, arquetipo emblemático del último nihilismo. Acabada de escribir poco antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial y de la incorporación a las filas del autor, muchos de los acontecimientos que en la novela se relatan fueron utilizados como clave para descifrar los difíciles tiempos que sacudían a Europa. Sin embargo, *Sobre los acantilados de mármol* es un texto de resonancias clásicas que hace aparecer aquellas realidades intemporales que se repiten en la historia y cuyo objetivo es poner de manifiesto cómo en «los momentos de descomposición el racionalismo representa el principio decisivo». Para ello se sirve Jünger de una prosa transparente y sólida, carente de vibraciones y torceduras, que hace cobrar vida incluso a los más insignificantes elementos de la naturaleza, testigo omnipresente y decisivo de cuanto acontece. «Creo haber conseguido en este trabajo de fantasía —apuntaría el autor en su diario— páginas que pueden compararse con las mejores que ha producido la lengua alemana». Transcurrido más de medio siglo desde la primera publicación de *Sobre los acantilados de mármol*, esta frase cobra el valor de una sobria constatación.



Ernst Jünger

Sobre los acantilados de mármol

ePub r1.1

Trips 25.09.14

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Auf den Marmor-Klippen*
Ernst Jünger, 1939
Traducción: Tristán La Rosa
Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Trips
ePub base r1.1







Edición digital: ePubLibre (EPL), 2014
Conversión: FS, 2020

I

Todos vosotros conocéis la profunda melancolía que nos sobrecoge al recordar los tiempos felices. Esos tiempos que se han alejado para no volver más y de los cuales estamos más implacablemente separados que por cualquier distancia. Y las imágenes de la vida son más seductoras todavía vistas en el reflejo que nos dejan, y pensamos en ellas como en el cuerpo de una amada difunta que reposara bajo tierra y que de pronto se nos apareciera, como un luminoso espejismo. Una y otra vez nos entregamos a nuestros sedientos ensueños y tratamos de revivir el pasado, deteniéndonos ante cada uno de sus pormenores y de sus detalles. Y cuando tal hacemos nos parece que nunca hemos sabido apurar las posibilidades de la vida y del amor, pero nuestro arrepentimiento no puede hacer emerger lo que en definitiva se ha hundido para siempre en la nada. ¡Ojalá que este sentimiento fuera una lección que pudiéramos tener presente en cada momento de felicidad!

Y el recuerdo es todavía más dulce cuando se refiere a unos años de felicidad que terminaron de una manera súbita, inopinadamente. Únicamente entonces nos percatamos de que para nosotros, los humanos, ya es una suerte vivir en nuestras pequeñas comunidades, bajo un techo apacible, gozando de amables conversaciones y siendo cariñosamente saludados por la mañana y por la noche. Pero, ¡ah!, siempre es demasiado tarde cuando nos percatamos de que con todo ello el cuerno de la abundancia se volcó generosamente sobre nosotros. Así, con profun-

da añoranza, recuerdo yo la época en que vivíamos en la gran Marina, y aquellos años reviven en mí tocados de una mágica aureola. Cierto que de vez en cuando nos parecía que alguna preocupación o algún pesar oscurecía la dicha de aquellos días. El Gran Guardabosque, sobre todo, nos hacía estar en continua alerta. Por esto vivíamos muy austeramente y vestíamos de una manera sencilla, aunque ningún voto nos obligaba a llevar aquella existencia. Dos veces al año, en primavera y en otoño, dejábamos que el sol sazonara las uvas.

En otoño bebíamos como suele hacerlo la gente entendida, rindiendo así homenaje a los exquisitos vinos que se recogen en las pendientes meridionales de la gran Marina, que son orgullo de ésta. Por las tardes, cuando a través de los rojos emparrados y los oscuros racimos llegaban hasta nosotros las alegres voces de los leñadores, cuando las prensas comenzaban a rechinar en los pueblos y aldeas y el olor de orujo fresco ya fermentado llegaba hasta los patios de las casas, nos íbamos a las tabernas y a casa de los toneleros y los viñadores, y brindábamos con ellos en los panzudos jarros. Allí, en las tabernas y bodegas, siempre encontrábamos alegres compañeros, pues dado que el país es rico y hermoso, existen en él personas despreocupadas entre las que el ingenio y el buen humor se cotiza como moneda de gran valía.

Así, pues, noche tras noche celebrábamos alegres cenas. Durante aquellas semanas, muchos guardianes enmascarados recorrían los huertos y los campos, y desde el alba al anochecer, armados de carracas y escopetas, cazaban los codiciados pájaros. Ya entrada la noche regresaban con racimos de codornices, de tordos manchados y de «Feingenfressern», y al cabo de algún rato, servido en grandes fuentes, aparecía su botín sobre la mesa adornada con pámpanos. También nos gustaba comer castañas tostadas y nueces frescas, que acompañábamos con tragos de vino recién hecho, y sobre todo nos gustaban las espléndidas se-

tas que crecen en aquellos bosques, como la blanca trufa, el delicado hongo y el rojo cola de rey, que allí se rastrean con perros.

En tanto que el vino era dulce y conservaba su color de miel, permanecíamos sentados a la mesa, conversando amigablemente, descansando a veces un brazo sobre los hombros del vecino. Pero tan pronto como empezaba a trabajar y a desprenderse de sus elementos terrestres, los espíritus se despertaban fogosamente en nosotros. Y era entonces cuando tenían lugar brillantes duelos en los que decidía el arma de la risa y en los que se enfrentaban espadachines que manejaban las ideas con aquella insigne ligereza y libertad que únicamente proporciona una larga existencia exenta de preocupaciones.

Pero todavía más que estas horas, cuya centelleante alegría pasaba como una exhalación, nos gustaba el silencioso regreso a través de los campos y jardines, cuando caminábamos sumidos en las profundidades de la embriaguez, mientras el rocío se posaba sobre los rojos pámpanos. Una vez traspuesta la Puerta del Gallo de la ciudad, veíamos, a nuestra derecha, la ribera del lago, que aparecía bañada en luz, y a nuestra izquierda, envueltos en la claridad de la luna, surgían los grandes acantilados de mármol. Entre la ribera y los acantilados de mármol se extendían los viñedos, por entre cuyas estribaciones se perdía el senderillo.

A aquellos caminos va unido el recuerdo de un claro y maravilloso despertar que a un mismo tiempo nos causaba un vago espanto y una limpia alegría. Era como si emergiéramos a la misma superficie de la vida. Igual a un golpe que súbitamente sonara junto a nosotros y que nos sacara de nuestro sueño, así aparecían a veces ciertas figuras en lo oscuro de nuestra embriaguez: quizá un espantapájaros, que en aquellos campos se colocan sobre altas pértigas; quizá un búho, situado en lo más alto de un granero y cuyos ojos amarillos permanecían muy abiertos, o quizá un meteoro que, como una chispa de oro, cruzaba el fir-

mamento. En tales ocasiones nos quedábamos como petrificados, y un extraño miedo nos helaba la sangre. Luego nos parecía haber cobrado un nuevo sentido con el que contemplar los campos. Y mirábamos como aquellos a quienes se les ha concedido el don de ver el oro y los cristales preciosos que dispuestos en brillantes vetas discurren por las profundidades de la tierra. Y como sombras se acercaban a nosotros los antiguos genios de la comarca que habían habitado allí mucho antes que sonaran las campanas de las iglesias y de los conventos e incluso antes de que el arado roturara aquellas tierras. Los fantasmas se nos acercaban titubeantes, con sus zafios rostros de duros rasgos, en cuya expresión se fundía el terror y la alegría en un profundo, insondable acorde; y nosotros los contemplábamos entre conmovidos y espantados. A veces nos parecía que iban a hablarnos, pero en seguida se deshacían como el humo y se esfumaban de nuestra vista.

Luego nos íbamos a casa en silencio, por el camino más corto. Al encender la luz de la biblioteca nos mirábamos de frente y yo me percataba del alto, luminoso fulgor que resplandecía en el rostro de hermano Othón, y en aquel espejo veía que nuestro encuentro con los fantasmas no había sido una ilusión. Sin hacer ningún comentario, nos estrechábamos las manos y yo subía al herbario. Entre nosotros, nunca hacíamos comentario alguno acerca de tales encuentros.

Una vez arriba permanecía largo rato junto a la ventana abierta y, sumergido en una profunda serenidad, veía como el dorado hilo de la vida iba desenroscándose de su huso. El sol ascendía luego sobre Alta-Plana, y los campos iluminaban hasta las fronteras de Burgundia. Las simas y los ventisqueros fulgían tocados de un suave color rosado que ascendía por su inmaculada blancura, y en las praderas, como cada amanecer, temblaba la imagen del paisaje de la Marina.

En el agudo frontón de la casa, los colirrojos comenzaban el día trayendo la comida a sus crías, que piaban de hambre y hacían el mismo ruido que los cuchillos al ser afilados. Entre los juncos que bordeaban el lago salían volando ringlas de ánades, y los pinzones y los jilgueros picoteaban en el huerto las últimas bayas. Luego oía abrirse la puerta de la biblioteca y veía cómo hermano Othón salía al jardín para cuidar de las azucenas.

II

En primavera, sin embargo, empinábamos el codo como locos, que tal es la costumbre del país. Nos vestíamos con unas blusas propias de payasos, cuya ropa brillaba como si estuviera hecha con plumas de pájaros, y nos cubríamos el rostro con unas caretas que figuraban cabezas de ave. Luego, haciendo mil cabriolas y agitando los brazos como si fueran alas, bajábamos al pueblo, en cuya plaza del mercado viejo se había levantado el alto Árbol de los Locos. Allí, a la luz de las antorchas, tenía lugar el cortejo de las máscaras. Los hombres iban disfrazados de pájaro, y las mujeres, por su parte, lucían hermosos vestidos de otras épocas. Al vernos llegar, ellas nos gritaban mil chanzas, imitando con sus voces la música de ciertos relojes, y nosotros les respondíamos parodiando los chillidos de las aves.

Pronto nos tentaban las marchas del «Gremio de las plumas», que resonaban en tabernas y bodegas. Cada uno de los instrumentos de aquellas bandas imitaba el canto de un determinado pájaro. Así, se oían las delgadas flautas, cuyo sonido recordaba el canto del jilguero, y las cítaras, que hacían pensar en el silbido de la lechuza, y los contrabajos, que imitaban las estridencias del urogallo, y los pequeños órganos de mano cuya música es igual al monótono canto con que el gremio de las abubillas instrumenta sus infames melopeas. Hermano Othón y yo nos uníamos a los «Picos Negros», quienes seguían el ritmo golpeando sobre una tinaja con cucharas de madera, y nos constituíamos en jueces de un tribunal burlesco. Había que beber con cuidado,

pues sorbíamos el vino con ayuda de una paja, a través de los picos, sin quitarnos las caretas. Cuando el vino amenazaba subírsenos a la cabeza, nos despejábamos dando una correría a través de los huertos y saltando sobre las zanjas; y también tomábamos parte en los bailes, o bien nos dirigíamos al cenador de una venta, donde nos quitábamos las caretas y, en compañía de alguna moza a la que ocasionalmente hacíamos el amor, comíamos una buena ración de caracoles condimentados al estilo burgundio, que se servían en una gran cazoleta ventruda.

Por todas partes y hasta el amanecer resonaba durante aquellas noches el estridente chillido de los pájaros, cuyo eco se perdía entre las oscuras callejuelas y la gran Marina, y entre la floresta de castaños y en los viñedos, y entre las góndolas adornadas con farolillos venecianos que se deslizaban sobre la oscura superficie de las aguas, e incluso entre los grandes cipreses del cementerio. En todas partes se oía huir el espantado eco de los chillidos. Las mujeres de aquel país son hermosas y están llenas de aquella generosa fuerza que el viejo Botafuegos considera como la virtud dadivosa por excelencia. Ya veis que, al pensar en aquella vida, no es el dolor lo que nos llena los ojos de lágrimas, sino el recuerdo de su exaltación y de su libre plenitud. Mi oído ha guardado fiel memoria de aquellas alegres voces, y sobre todo de aquel grito reprimido que lanzaba Lauretta cuando yo la encontraba en el bosque. A pesar de que su miriñaque bordado en oro disimulaba sus formas y de que una máscara de nácar ocultaba su rostro, yo la descubrí en seguida oculto como estaba tras un árbol, por su modo de mover las caderas, al andar en la oscura avenida. Después la asusté imitando esa especie de risa del pájaro carpintero y la perseguí al tiempo que agitaba en el aire mis negras y largas mangas. Arriba, allí donde la gran piedra de los romanos se levanta entre los viñedos, alcancé a la agotada criatura y, temblorosa como estaba, la estreché entre mis brazos

y apoyé junto a su rostro mi máscara color de fuego. Y cuando como en sueños y en virtud de un mágico poder la sentí entre mis brazos, me invadió un profundo sentimiento de ternura y, sonriendo, me quité la careta de pájaro.

Y entonces también ella comenzó a sonreír y suavemente colocó su mano sobre mi boca, tan dulcemente, que en el silencio de aquel instante, oí ondear mi aliento entre sus dedos.

III

Habitualmente, sin embargo, hacíamos una vida muy retirada en nuestra Ermita. La Ermita se levantaba al borde de un acantilado de mármol, sobre una de esas islas rocosas que de trecho en trecho irrumpen allí entre los viñedos. A causa de las rocas, el jardín aparecía dividido en estrechas terrazas, y junto a las frágiles paredes del mismo se veían crecer, como en los tupidos viñedos, grandes hojas de vid. A comienzos de año brotaban allí los jacintos adornados con grapas de perlas azules, y en otoño florecía el cerezo, y sus encendidos frutos lucían como farolillos venecianos. Y durante todas las épocas del año, tanto la casa como el huerto aparecían orlados de rudas, que al mediodía, cuando el sol estaba en su cenit, despedían un penetrante olor.

Al mediodía, cuando las uvas se cocían al sol, la casa se sumergía en un agradable frescor; pues el piso no solamente estaba enladrillado con mosaico, al estilo del sur, sino que alguna habitación se había excavado en la roca viva. Sin embargo, a tal hora del día gustaba tumbarme en la terraza, donde, medio dormido, escuchaba la seca música de las cigarras. Grandes mariposas entraban en el jardín buscando las flores abiertas, y los grises lagartos se soleaban sobre los acantilados. Y cuando la arenilla de los senderos del jardín parecía estar a punto de arder, las pequeñas víboras surgían arrastrándose lentamente, y los caminillos enarenados semejaban entonces estar cubiertos de sorprendentes jeroglíficos.

Nosotros no temíamos a aquellos animales, que en gran número anidaban en las rendijas y rincones de la casa. De día nos gustaba contemplar su piel finamente coloreada, y de noche nos complacía escuchar los pequeños silbidos que emitían al hacerse el amor. A menudo, con el traje ligeramente levantado, pasábamos sobre ellas, y cuando recibíamos algún visitante espantadizo, las apartábamos del camino con el pie. Nunca, sin embargo, al caminar por el sendero de las víboras, dejábamos a nuestros huéspedes de la mano; y muchas veces observé que la libertad, la retozona seguridad que nos embargaba al avanzar sobre aquel camino, se apoderaba también de nuestros visitantes. Muchos eran los motivos que hacían ser tan confiadas a aquellas bestiecillas; pero lo cierto es que de no haber sido por Lampusa, nuestra vieja cocinera, apenas hubiéramos llegado a conocer su manera de ser. Durante el verano, cada atardecer, ante la entrada de la cocina, que estaba excavada en la roca, les colocaba Lampusa un cacharrito de plata lleno de leche, y las atraía lanzando pequeños gritos apagados. Entonces, a los últimos rayos del sol, sobre el oscuro bancal de las azucenas y el verde acolchado de las rudas, entre saúcos y avellanos, aparecía un viviente y dorado remolino que se iba acercando al cacharrito de leche y que finalmente se quedaba como prendido en él.

Durante aquel quehacer, Lampusa tenía la costumbre de sostener al pequeño Erio en sus brazos, y el niño acompañaba con sus vocecitas las llamadas de la vieja cocinera. Una tarde me asombré al ver cómo el pequeño Erio, que apenas se tenía en pie, arrastraba el cacharrito de leche fuera de la casa. El chiquillo comenzó a golpearlo con una cuchara de madera, y al poco rato, deslizándose entre las hendiduras del mármol, aparecieron las rojas serpientes. Y como en sueños oí reír al pequeño Erio y le vi en medio de las bestias, sobre el suelo de arcilla de la cocina. Los animales le rodearon al momento y, muy erguidos, dando re-

pentinos brincos, balancearon sus triangulares cabezas junto al rostro del pequeño. Yo contemplaba la escena asomado a un balcón, y no me atreví a llamar al pequeño Erio, que se me antojó como un sonámbulo que caminara sobre un tejado. De pronto, sin embargo, vi a la vieja Lampusa que desde la cocina, con los brazos cruzados y sonriendo de satisfacción, contemplaba la escena, y la idea de peligro se trocó en una hermosa sensación de seguridad.

Desde aquel día Erio nos avisaba cada noche para cenar golpeando el cacharrito de plata con una cuchara de madera. Cuando oíamos aquel tintineo dejábamos el trabajo y acudíamos a contemplar la manera como el pequeño ofrecía su dádiva a los animales. Hermano Othón salía de su biblioteca, yo abandonaba el herbario y me asomaba al balcón y Lampusa dejaba de trajinar junto al fogón y se quedaba mirando al pequeño con una expresión de orgullo y ternura en los ojos. Y cada uno de nosotros se maravillaba ante el celo que Erio desplegaba en mantener el orden entre las bestias. Al poco tiempo había puesto Erio un nombre a cada animal, y el pequeño, vestido con una chaqueta de terciopelo festoneada de oro, se movía con absoluta despreocupación entre las serpientes. Erio cuidaba de que cada una de ellas obtuviera su ración de leche y hacía que hasta las más retrasadas consiguieran un sitio junto al cacharro de plata. A veces, para procurar alimento a estas últimas, golpeaba con la cuchara de madera sobre la cabeza de las que a su modo de ver habían bebido bastante, y cuando aquel aviso resultaba insuficiente, las cogía con la mano y, con todas sus fuerzas, las echaba a un lado. Y por mucha que fuera la rudeza con que las tratara, las bestias demostraban una sorprendente mansedumbre, incluso en las épocas en que mudaban de piel, cuando son extraordinariamente sensibles. Durante ese tiempo los pastores no dejan que el ganado paste junto a los acantilados de mármol, pues las serpien-

tes tienen allí sus nidos, y la mordedura de una de ellas podría matar con la rapidez de un rayo al toro más fuerte.

La serpiente preferida de Erio era un gran animal al que hermano Othón y yo llamábamos la «Grifa», que, según las leyendas de los viñadores, vivía desde tiempo inmemorial entre las profundas simas de aquellos contornos. El cuerpo de las víboras es de un color rojo metálico y sus escamas tienen muchas veces una brillante irisación de latón. La «Grifa», sin embargo, tenía un hermoso brillo dorado, sin una mancha, que en su cabeza adquiría mil destellos verdosos que, a la luz del atardecer, relampagueaban lo mismo que una joya. Al enfurecerse, podía abombar su cuello como un escudo, que en el momento del ataque fulgía cual un espejo de oro. Las demás serpientes le tenían un gran respeto, y ninguna de ellas se acercaba al cacharro de plata hasta que la «Grifa» había saciado su sed. Entonces contemplábamos cómo Erio jugaba con el animal, y éste, al estilo de los gatos, refregaba su gran cabeza triangular sobre la chaquetilla del muchacho.

Luego, Lampusa nos traía un par de vasos de vino mediocre y dos grandes rebanadas de pan negro y salado.

VI

Una puerta vidriera comunicaba la terraza con la biblioteca. Por las mañanas, cuando hacía buen tiempo, la puerta permanecía abierta de par en par, de manera que hermano Othón, sentado ante su gran mesa de trabajo, gozaba de las delicias del jardín. Siempre me gustó entrar en aquella habitación, en cuyo techo se dibujaban grandes sombras verdes y cuyo silencio era suavemente rasgado por el gorjeo de los pájaros y el zumbido de las abejas.

Junto a la ventana, montado en un caballete, había un gran tablero para dibujar, y las estanterías de los libros, cubrían las paredes hasta el techo. En la estantería inferior, que era la más alta de todas, se guardaban los grandes tomos foliados, el *Hortus Plantarum Mundi* y las obras bellamente iluminadas, que hoy día ya no se estilan. Luego venían los repositorios, dotados de un dispositivo para poder ser encontrados a voluntad, repletos de plantas amarillentas, colocadas entre papeles finísimos, y más arriba, en otros anaqueles, se guardaban plantas fósiles que nuestro cuchillo había arrancado en las canteras de sal y en las minas, y entre las que había algunos de esos cristales que se exhiben como adorno y con los que ciertas personas gustan jugar mientras conversan. Por último, encima de todo, se guardaba una serie de libros de pequeño formato que constituían un conjunto de obras raras y en el que había todo lo publicado respecto al cultivo de las azucenas. Estas obras estaban agrupadas

en tres secciones: una se refería a la forma, la otra al color y la tercera al perfume de tales plantas.

Las hileras de libros continuaban en el pequeño vestíbulo, seguían por la escalera que conducía al piso superior y llegaban hasta el herbario. Allí, en el herbario, estaban los Padres de la Iglesia, los filósofos, los autores clásicos, antiguos y modernos, y, sobre todo, una estupenda colección de diccionarios y enciclopedias. De noche me reunía con hermano Othón en el pequeño vestíbulo, junto a la chimenea, donde un haz de maderas bien resecas ardían vivamente. Cuando el trabajo del día había ido bien nos gustaba explayarnos en indolentes conversaciones en las que uno avanza por caminos trillados, saludando fechas y autores al pasar. Nos entreteníamos jugando con mil rarezas del saber: recordando citas poco frecuentes, que a veces rozaban lo absurdo. Y para tales juegos la muda legión de esclavos aherrojados en cuero o pergamino nos prestaba un excelente servicio.

Por regla general, sin embargo, no tardaba a subir al herbario, donde trabajaba hasta bien pasada la media noche. Al instalarnos en la casa habíamos hecho revestir el piso de madera y encargamos la construcción de largas ringleras de estantes, en cuyos casilleros guardábamos miles de plantas. Nosotros sólo habíamos coleccionado una mínima parte del herbario, y la otra procedía de manos que a su vez estaban ya resecadas. A veces, al buscar una planta determinada, consultaba unos folios que el tiempo había vuelto amarillos y en cuyo pie podía leerse la borrosa firma del maestro Linneo. Durante aquellas horas de la madrugada y del amanecer añadía nuevas fichas al registro, aumentando así la nomenclatura de la colección, y ponía al día la pequeña flora, en la que registrábamos todos los hallazgos hechos en la Marina. Al día siguiente, ayudándose de algunos libros, hermano Othón repasaba las fichas, añadía nuevos datos en algunas de ellas e incluso coloreaba los dibujos de determina-

das plantas. Así, de esta manera, crecía una obra cuyo trabajo nos procuraba un gran placer.

Cuando estamos satisfechos, las más frugales dádivas de la vida colman nuestros sentidos. Desde niño, había sentido yo una profunda admiración por el mundo vegetal, y durante algunos años de continuo viajar fui rastreando sus maravillas. Así, pues, me era familiar aquel instante en que el corazón deja de latir cuando, al contemplar la flor abierta, presentimos el misterio que se cifra en toda semilla. Nunca, sin embargo, me había emocionado tanto el esplendor de la vida como cuando estaba sobre aquel piso impregnado del aroma de unas plantas ajadas desde antiguo.

Antes de acostarme solía pasearme un rato a lo largo de aquel estrecho camino bordeado de plantas. Muchas veces, durante tales horas de la noche, me parecía no haber visto plantas más hermosas que aquéllas. Y desde lejos percibía el perfume de los valles estrellados de blancas espigas, que antaño había vivido en la fría primavera de la Arabia desierta, y me parecía sentir el fuerte olor a vainilla que solaza al viajero que atraviesa el ardor sin sombra de ciertos bosques. Mis recuerdos se abrían entonces como las páginas de un libro viejo y revivía las horas de feroz plenitud —recuerdos de terrenos pantanosos donde crece la victoria regia, y de la floresta costera que, al mediodía, se ve ondular sobre sus pálidos zancos, ante las palmeras que se levantan junto al mar. Pero no tenía aquella sensación que nos sobrecoge siempre que contemplamos determinadas exuberancias vegetales, parecidas a un dios que nos atrajera con sus mil brazos. Y sentía como al mismo tiempo que nuestra ciencia, me crecían las fuerzas que nos permiten afrontar los cálidos impulsos de la vida y dominarlos y conducirlos como caballos por la brida.

Muchas veces comenzaba a clarear antes de que me tumbara en el estrecho diván de mi herbario.

V

La cocina de Lampusa estaba excavada en los bloques de mármol. Tales cuevas prestaron antiguamente refugio y protección a los pastores, y más tarde, al ser comprendidas en el recinto de las casas de labranza, se convirtieron en una especie de cámaras ciclópeas. Desde muy temprano podía verse a la vieja trajinando junto al fogón, en el que bullía la sopa matinal del pequeño Erio. El hogar daba a unas profundas cavidades en las que flotaba un denso olor a leche, frutas y vino. Casi nunca entraba en aquella parte de la casa, pues la presencia de Lampusa despertaba en mí una sensación de angustia que yo, como es natural, trataba de evitar. Erio, sin embargo, estaba familiarizado con todos los rincones de aquel lugar.

También a hermano Othón le veía muchas veces al lado de la vieja, junto al fogón. A él debía agradecer la dicha de tener a Erio, el hijo de mi amor con Silvia, la hija de Lampusa. Nosotros servíamos entonces entre los jinetes de púrpura y hacíamos la guerra, que luego se perdió, contra los pueblos libres de Alta-Plana. Muchas veces solíamos cabalgar hacia los desfiladeros donde Lampusa tenía su cabaña, junto a la cual veíamos a la hermosa Silvia vestida con una falda de color rojo y tocada con una pañoleta del mismo color. Hermano Othón estaba a mi lado el día en que, entre el polvo del camino, recogí el clavel que Silvia se quitó del cabello y lo arrojó a mis pies. Luego, al continuar andando, hermano Othón me puso en guardia contra la vieja y contra la joven bruja, dando a sus palabras un tono despreocu-

pado, en el que, no obstante, yo advertí cierta inquietud. Pero lo que más me irritó fue la risa de Lampusa, que se me antojó profundamente desvergonzada. A pesar de lo cual no tardé en entrar y salir con la mayor naturalidad de su cabaña.

Cuando una vez terminada la campaña regresamos a la Marina y nos retiramos a la Ermita, tuvimos noticia del nacimiento del niño y supimos que Silvia lo había abandonado, marchándose con unos desconocidos. La noticia me causó gran contrariedad, sobre todo por pillarme, tras la dura existencia militar, en un momento en que pensaba dedicarme al estudio.

Por esto encargué a hermano Othón que hablara con Lampusa e hiciera con ella lo que estimara más conveniente. Grande fue mi sorpresa cuando me enteré que hermano Othón había recogido a Lampusa y al niño; y aquel acto suyo se nos reveló muy pronto como una inagotable fuente de felicidad. Y como todo recto proceder se reconoce como tal por el hecho de que el pasado se perfecciona en él, el amor de Silvia se iluminó entonces de una nueva y desconocida luz. Reconocí que tanto a ella como a su madre las había tratado con un espíritu lleno de prejuicios, y que, por haberlas encontrado sin que por mi parte hubiera hecho ningún esfuerzo, las había tratado con excesiva ligereza, como se hace con la piedra preciosa que brilla en medio del camino y a la que todo el mundo toma por un trozo de vidrio. Y, sin embargo, todo lo exquisito es una dádiva del azar, y lo mejor de la vida es siempre gratuito.

A decir verdad se necesitaba tener un espíritu tan imparcial y libre como el de hermano Othón para poder crear una armonía semejante a la que reinaba entre nosotros. Hermano Othón tenía por principio tratar a las personas que se le acercaban como si éstas fueran inestimables tesoros descubiertos a lo largo de un viaje. Por otra parte, gustaba llamar optimates a los hombres, con lo que daba a entender que todos forman la aristocracia na-

tural de este mundo y que cada uno de ellos, por otra parte, puede hacernos un gran bien. Concebía a los hombres como depositarios de algo maravilloso y a todos les dispensaba un trato principesco. Y, realmente, todas las personas que se acercaban a él se abrían como plantas que despertaran de un sueño invernal, y no porque se hicieran mejores de lo que eran, sino porque se acercaban más a sí mismas.

Al poco tiempo de haber entrado en la casa, Lampusa se hizo cargo de la economía doméstica. Trabajaba de firme y su mano no descansaba ni en el jardín. Mientras que hermano Othón y yo nos dedicábamos a plantar siguiendo las reglas de este arte, Lampusa soterraba apresuradamente las semillas y dejaba que las malas hierbas cundieran por doquier. Y de esa manera, tomándose tan pocas molestias, obtenía el triple de granos y frutos que nosotros. A menudo se detenía ante nuestros arriates y consideraba con aire burlón los ovalados letrerillos de porcelana que colgaban de las plantas y en los que, pintados con hermosas letras mayúsculas, figuraba escrito el género y la especie de las mismas. Y al sonreír descubría el único diente que, afilado como un colmillo, le había quedado en la encía superior.

Aunque, siguiendo el ejemplo de Erio, yo la llamaba abuela, Lampusa únicamente me hablaba acerca de los asuntos domésticos, y generalmente empleaba conmigo ese tono de graciosa seriedad propio de las amas de casa. Nunca pronunciábamos el nombre de Silvia. Sin embargo, me disgustó que Lauretta viniera a buscarme la tarde siguiente de nuestro encuentro en el terraplén. Pero la vieja, por su parte, recibió a Lauretta de un modo muy cortés y la agasajó con vino y pasteles.

Erio despertaba en mí los contentos propios de la paternidad y los más espirituales todavía de la adopción. Erio se hacía querer por su atenta y callada manera de ser. Inclinado como todos los niños a imitar los trabajos que veía realizar en su pequeño

universo, muchas veces le veíamos en el jardín, observando un lirio que estuviera a punto de abrirse y luego, al abrirse éste, correr hacia la biblioteca para darle a hermano Othón la alegría de aquella noticia. También le gustaba acercarse muy de mañana a la pila de mármol en la que había rosas de agua de Cipango, cuya corola se abre produciendo un leve ruido al posarse sobre ella el primer rayo de sol. En mi herbario tenía yo una sillita reservada para él, y sentado en ella Erio se pasaba muchas horas viéndome trabajar. Cuando, callado y quieto como estaba, lo sentía a mi lado, me inundaba un vigor desconocido, como si la clara y profunda llama de vida que ardía en aquel cuerpecillo hubiera envuelto a las cosas de una nueva luz. También los animales se encontraban a gusto en su compañía, pues muchas veces observé como estando él en el jardín, las marionetas, por ejemplo, se posaban sin temor sobre sus manos y corrían luego entre su cabello. Y, cosa rara, cuando las víboras acudían a la voz de Lampusa formaban una especie de brillante red junto al cacharro, mientras que cuando era Erio quien les ofrecía la comida, se mantenían en orden. Hermano Othón fue el primero en observar esto.

Así, pues, nuestra vida no se ajustó a los planes que nos habíamos hecho. Pero pronto nos dimos cuenta de que aquel cambio favorecía nuestro trabajo.

VI

Nuestro plan era estudiar, y de la manera más completa posible, la existencia de las plantas, para lo cual, siguiendo un orden clásico, en primer lugar nos ocupamos de la respiración y la nutrición de las mismas. Como todas las cosas de este mundo, también las plantas nos hablan a nosotros, los hombres; pero para entender su lenguaje es preciso poseer un espíritu lúcido. Es posible que en su germinar, florecer y marchitarse se oculte esa ilusión a la que ningún ser creado escapa; pero el espíritu sabe intuir que en el estuche de las apariencias se oculta algo eterno. Hermano Othón llamaba «sorber el tiempo» a esta manera de observar las cosas; aunque creía que el tiempo no puede ser agotado a este lado de la muerte.

Una vez instalados, nos percatamos de que, casi en contra de nuestra voluntad, nuestro tema se iba ampliando. Quizá era aquello debido a que, lo mismo que la llama arde con más claridad y mayor ímpetu en el oxígeno, el aire vivificador de la Ermita daba a nuestro pensamiento un curso nuevo. A las pocas semanas me pareció que los temas habían cambiado, y aquel cambio me hizo el efecto de una privación, en el sentido de que el lenguaje no me satisfacía. Una mañana, al contemplar la Marina desde lo alto de la terraza, las aguas se me aparecieron más profundas y luminosas que nunca, como si hubiera sido la primera vez que las mirara con absoluta serenidad. En aquel instante tuve la dolorosa sensación de que la palabra se independizaba de las cosas, al modo que la cuerda se libera del arco que la mantie-

ne demasiado tirante. Había sorprendido un jirón del velo de Isis de este mundo, y a partir de aquel momento el lenguaje no me sirvió con la misma fidelidad de siempre. Pero aquella experiencia fue para mí como un nuevo despertar. Al igual que los niños cuando comienzan a tener conciencia del sentido de la vista y alargan los brazos hacia las cosas que les rodean, así buscaba yo las palabras que pudieran captar aquel nuevo y cegador brillo de la Naturaleza. Nunca hasta entonces había sospechado que el hablar pudiera ser algo tan doloroso, y, sin embargo, pese a mis sufrimientos, no deseaba volver a mi antigua existencia ingenua. Si un día nos hacemos la errónea ilusión de poder volar, siempre más preferiremos el torpe salto a la marcha segura sobre tierra firme. Así me explico la sensación de vértigo que a veces me sobrecogía al realizar tales esfuerzos.

Ocurre que el sentido de la medida se nos escabulle fácilmente cuando avanzamos por lo desconocido. Por esto fue una suerte al tener a mi lado a hermano Othón, prudente compañero de aventuras. Muchas veces, cuando había aprehendido el íntimo sentido de una palabra, con la pluma en la mano corría hacia el piso inferior para comunicarle mi hallazgo, y otras, al contrario, era él quien, con el mismo objeto, subía apresuradamente al herbario donde yo trabajaba. Nos gustaba crear imágenes, que llamábamos modelos. Se trataba de tres o cuatro frases cortas escritas sobre una cartulina, y en cada una de ellas debíamos cifrar un fragmento del gran mosaico del mundo, al modo que algunas piedras se encuentran en determinados metales. De esta manera describíamos las cosas, así como sus cambios y evoluciones, desde el granito de arena hasta el bloque de mármol. Al atardecer reuníamos las cartulinas y, una vez leídas, las arrojábamos al fuego.

Pronto notamos como la vida misma nos empujaba en nuestro trabajo y como poco a poco íbamos adquiriendo una mayor

seguridad. La palabra es, a la vez, como una reina y una bruja. Seguíamos el alto ejemplo de Linneo, quien, con el cetro de la palabra en la mano, avanzó entre el caos del reino animal y vegetal. Y su poder se extendió sobre prados en flor e infinitas legiones de insectos, que constituían un reino mucho más hermoso que todos los imperios conquistados a punta de espada.

Y al seguir el ejemplo de Linneo tuvimos la sospecha de que un profundo orden gobierna la vida de la Naturaleza; pues el hombre siente la necesidad de imitar con su débil espíritu el milagro de la creación, de la misma manera que el pájaro siente la necesidad de construir su nido. Y lo que con creces recompensaba nuestros esfuerzos era el tener la certeza de que el orden y la ley incluso están presentes en lo que nosotros llamamos desorden y azar. Cuanto más ascendemos, más nos acercamos al misterio que el polvo oculta. Así, la confusa imagen de los horizontes se amplía y detalla a cada paso que damos hacia la cúspide de la montaña, y, al llegar a cierta altura, en cualquier lugar que estemos, nos sentimos cercados por un puro anillo que es como la alianza de la eternidad.

Cierto que con todo ello no hacíamos más que un trabajo de aprendices, pero hermano Othón y yo sentíamos esa alegría que acompaña a quienes no permanecen anclados en el lugar del tópico y del lugar común. Los alrededores de la Marina perdieron su primitivo aspecto cegador, y se nos aparecieron de una manera más clara y distinta, con una nitidez geométrica. Como canalizados entre altos diques, los días transcurrían con más rapidez y más fuerza que de costumbre. A veces, cuando soplaba el viento del Oeste nos invadía una inefable, delicadísima alegría.

Pero sobre todo escapamos un poco a ese temor que a veces nos acongoja y que nos desorienta como la niebla que emerge de ciertos pantanos. ¿Cómo fue posible que no abandonáramos el trabajo cuando el Gran Guardabosque hizo sentir su poderío so-

bre nuestras tierras y cuando el miedo se expandió sobre ellas? Porque habíamos conseguido una serenidad cuya luz ahuyentaba a todos los engañosos fantasmas.

VII

El Gran Guardabosque nos era conocido desde tiempo atrás como señor de la Mauritania. Con frecuencia nos habíamos encontrado con él e incluso alguna noche habíamos comido y reído juntos. Entre los moros era considerado como un gran señor, lo cual no obstaba para que se le viera un poco ridículo y en algunas ocasiones fuera recibido como suele serlo un viejo coronel de la reserva de caballería, cuando va de paso hacia sus propiedades, en un cuartel; pues su verde frac bordado con pequeñas hojas de ilex atraía todas las miradas.

Se decía que poseía una inmensa fortuna y que daba fantásticas fiestas en su casa de la ciudad. Allí en su residencia, se comía y bebía sin reparos, a la antigua usanza, y se aseguraba que la gran mesa de encina que había en una sala de juego se curvaba a veces bajo el peso del oro que sobre ella había. Asimismo eran célebres los festejos orientales que daba a sus adeptos en algunos de sus poblados. Yo tuve ocasión de verlo de cerca y confieso que me impresionó su personalidad de gran señor y su aliento de poderío, que parecía provenir de lo más profundo de sus extensos bosques. Al principio no me inquietó su rígida manera de ser, pues a lo largo del tiempo la mayor parte de los moros acaban teniendo un carácter duro, de reacciones automáticas. Esa manera de ser se manifestaba sobre todo en su mirada. En los ojos del Gran Guardabosque brillaba siempre, y sobre todo cuando reía, una terrible jovialidad. Sus ojos, como los de los viejos bebedores, estaban nimbados de rojo, pero en su interior

cabrilleaba una viva expresión de astucia y de indomable fuerza, y a veces también de soberanía y poder. Por aquel entonces, sin embargo, nos agradaba su compañía, pues vivíamos en la insolencia de nuestra fuerza y frecuentábamos la mesa a la que se sientan los poderes de este mundo.

Más tarde, al referirse un día a la época en que vivimos en Mauritania, oí decir a hermano Othón que el error únicamente se convierte en falta cuando se persiste en él. Aquello me pareció muy acertado, sobre todo al pensar en nuestra situación de entonces, en la época en que tales cosas nos atraían. Hay épocas de decadencia en las que se desvanece la forma de vida profunda que en cada uno de nosotros está dibujada de antemano. Cuando perdemos sus huellas, vacilamos y nos tambaleamos como seres a quienes falta el sentido del equilibrio. Entonces pasamos de las oscuras alegrías a los oscuros dolores. Y la conciencia de una infinita pérdida hace que el pasado y el porvenir se nos aparezcan llenos de atractivos, y mientras el instante huye para no volver más, nos balanceamos en épocas remotas o en fantásticas utopías.

Tan pronto como nos percatamos de este error hicimos un esfuerzo para remediarlo. Añorábamos la realidad y nos hubiéramos metido en el hielo y arrojado al fuego para matar el aburrimiento que nos dominaba y, como ocurre siempre que la duda se apodera de nosotros, nos entregamos a la fuerza —el eterno péndulo— que indiferente al día y a la noche empuja hacia delante las agujas. Así, pues, comenzamos a soñar con las fosas del poder y de la fuerza y con las formas que intrépidamente ordenadas marchan unas junto a otras, dispuestas tanto al desastre como al triunfo, al combate de la vida. Y las estudiamos con alegría y atención, igual que se observa la acción corrosiva de un ácido sobre el oscuro espejo de los metales bruñidos. Tal propensión hizo que los mauritanos simpatizaran con nosotros.

Fuimos presentados por el capitán que había sofocado la gran sublevación de las provincias ibéricas.

Quien conoce la historia de las órdenes secretas sabe lo difícil que es determinar su auténtico radio de acción. Y no ignora tampoco su fecundidad para dar vida a nuevos grupos y asociaciones, de manera que cuando uno trata de seguir su pista, acaba perdiéndose en un gran laberinto. Algo parecido ocurre con los mauritanos. El que los desconoce queda sorprendido al ver la cordialidad con que, en sus lugares de reunión, se tratan miembros pertenecientes a grupos que se profesan un odio mortal. Y es que entre otros ideales, los mauritanos tienen el ideal de tratar los negocios de este mundo de una manera artística. Querrían que uno se sirviera del poder al estilo de los dioses, y de sus escuelas salía una raza de espíritus lúcidos, libres y siempre temibles. Poco importaba que su actividad se ejerciera en favor de la rebelión o en pro del orden; su victoria era siempre la victoria mauritana, y su orgulloso lema de *Semper victrix* no se aplicaba a los individuos, sino a su jefe: la doctrina, que siempre, en todos los tiempos, se conservaba incólume, y el pie siempre pisaba tierra firme en sus residencias y palacios.

No fue el deseo de vivir en calma lo que nos hizo tan agradable nuestra estancia. Cuando el hombre ha perdido el dominio de sí mismo, el miedo se apodera de él y le domina, zarandeándole en sus remolinos como a un ciego. Entre los mauritanos, empero, reinaba una calma parecida a la que se da en el centro mismo de los ciclones. Quien se precipita en el abismo ve las cosas de la manera más clara posible, como a través de unos vidrios de aumento. Esa misma visión, pero libre de todo temor, es la que se tenía en el aire de la Mauritania, que era malo de raíz. La serenidad del pensamiento y el desinterés espiritual aumentaban en los momentos en que reinaba el terror. El buen humor imperaba cuando se producían las catástrofes, y todo el mundo

bromeaba acerca de las mismas, como el banquero de una mesa de juego suele hacerlo acerca de las pérdidas de su clientela.

Entonces comprendí claramente que el pánico, cuya sombra siempre se cierne sobre nuestras grandes ciudades, tiene su contrapartida en el audaz orgullo de unos pocos hombres que como águilas sobrevuelan los dominios del ciego dolor. Cierto día, el capitán, en compañía del cual estábamos bebiendo, se inclinó sobre su copa como si ésta fuera un vaso en el que se le aparecieran los tiempos pasados, y con voz estremecida por la añoranza, dijo: «Ningún vino de las islas podrá ser mejor que aquél que se nos trajo junto a las máquinas la noche en que hicimos que Sagunto fuera devorado por las llamas». Y nosotros pensamos: «Es preferible perecer junto a éste, que vivir entre aquéllos a quienes el miedo les hace arrastrarse por el polvo».

Pero la verdad es que estoy divagando. Entre los mauritanos todavía podían aprenderse aquellos juegos que alegran el espíritu absolutamente libre y fatigado de la misma ironía. Entre ellos, el mundo tomaba la apariencia de uno de esos mapas para aficionados, hechos con pequeños compases y brillantes instrumentos, de tan grato manejo. De ahí que sorprendiera encontrar en aquel dominio de claridad, limpio de toda sombra y perfectamente abstracto, figuras como la del Gran Guardabosque. Sin embargo, así que el espíritu afinca su poder, los indígenas van hacia él, al igual que la serpiente se arrastra hacia el fuego que arde al aire libre. Son viejos conocedores del poder y ven acercarse la hora de volver a implantar la tiranía, que desde los comienzos vive en sus corazones. Así se forman en las grandes órdenes las galerías secretas y las criptas hacia las que ningún historiador nos sabría guiar. Y así, de una manera parecida, nacen las luchas más refinadas, que surgen en el seno del mismo poder. Luchas entre las obras y los pensamientos, luchas entre los ídolos y el espíritu.

Más de un hombre ha podido ver en aquellas disensiones el origen de la astucia de la tierra. Así me ocurrió a mí mismo cuando al ir en busca del desaparecido Fortunio me metí en los terrenos de caza del Gran Guardabosque. Desde aquel día conocí las fronteras impuestas a la temeridad y evité hollar la oscura linde de los grandes bosques a los que el viejo, maestro en el arte de fingir una lealtad llena de tunanterías, gustaba llamar su «bosque de Teutoburgo».

VIII

Al ir en busca de Fortunio me metí en la parte norte de aquellos bosques, mientras que nuestra Ermita se alzaba cerca de la linde sur de los mismos, allí donde limitan con las tierras burgundas. Al regresar a casa vimos que únicamente quedaba una sombra del viejo orden que siempre había reinado en la Ermita. Hasta aquel día, y desde los tiempos de Carlos, aquel orden había imperado sin alteración; pues los señores extranjeros podían venir o marcharse, pero el pueblo que en aquellas tierras cultiva las viñas siempre permanecía fiel a su costumbre y a su ley. Y la riqueza y la excelencia de la tierra no había tardado en hacer indulgente a cada régimen, por muy severo que fuera en sus comienzos. Tal es el ascendiente de la belleza sobre la fuerza.

Pero la guerra que se seguía en las fronteras de Alta-Plana, y que era semejante a una lucha contra los turcos, caló más hondo. Aquella guerra asoló todo como una helada que hubiera agrietado el cerne de los árboles y cuyos efectos no fueran visibles hasta algunos años después de haber ocurrido. Al principio, la vida prosiguió como siempre en la Marina. Todo transcurría como de costumbre y, sin embargo, todo era diferente. A veces, al extender desde la terraza la mirada sobre la corona de jardines en flor, percibíamos como un aliento de secreta fatiga y de anarquía. Y era precisamente entonces cuando la belleza de aquellas tierras nos conmovía hasta causarnos verdadero dolor. Así, los colores de la vida lanzan un supremo destello antes de que el sol se ponga.

Durante aquellos primeros tiempos apenas si oímos hablar del Gran Guardabosque. Sin embargo, era curioso observar cómo se iba acercando a medida que agravaba la debilidad y se desvanecía la realidad. Al principio sólo fueron rumores, que llegaban a nosotros como suele anunciarse una peste que hace estragos en puertos lejanos. Luego corrieron noticias acerca de atentados y violencias cometidos no lejos de nosotros, y finalmente ocurrieron tales hechos de una manera abierta, en pleno día. Así como una espesa niebla anuncia en la montaña las tormentas, una nube de pánico precedía al Gran Guardabosque. El pánico le velaba, y estoy convencido que su fuerza había que verla, más que en su persona, en ese hecho. Únicamente podía obrar cuando las cosas comenzaban a vacilar por sí mismas; pero una vez producida esa circunstancia, sus bosques le servían de manera admirable para lanzarse contra el país.

Desde lo alto de los acantilados de mármol se dominaba toda la comarca sobre la cual pretendía extender su dominio. Para llegar a la cúspide subíamos por la escalerilla que arrancaba de la cocina de Lampusa y ascendía luego por la roca. Los peldaños eran limpiados por la acción de la lluvia y conducían a una especie de mirador desde el cual se divisaba hasta muy lejos. Allí nos quedábamos durante las largas horas de sol, mientras los bloques de mármol brillaban teñidos de hermosos colores, pues allí donde el agua se había filtrado a través de las blancas rocas parecía haber una hilera de rojas banderillas aprisionadas. Un oscuro cortinaje de hiedras colgaba del mirador, y entre él brillaban las hojas plateadas por la lunaria.

Cuando la escalada, nuestros pies rozaban los estolones llenos de zarzamoras, y asustábamos a los lagartos, que huían hacia las crestas cual verdes relámpagos. Allí donde estrellado de azules gencianas se extendía el tupido césped había unas rocas con grandes boquetes cristalinos, en lo hondo de los cuales parpa-

deaban los soñolientos mochuelos. También anidaban los halcones, de un color pardo, y a veces pasábamos tan cerca de sus nidadas que distinguíamos los pequeños agujeros que hay en el fondo de sus picos, cubiertos de una fina membrana como de cera de color azulado.

En la cresta el aire era más vivificante que en lo hondo de la llanura, donde las viñas se estremecían bajo el sol. A veces el calor elevaba una ola de viento que melodiosamente se abismaba en las grietas como en tubos de órgano y que traía indicios de rosas, de almendros y de melisas. Desde nuestro rocoso asiento divisábamos el tejado de nuestra Ermita, situada en lo hondo. Al sur, más allá de la Marina, al abrigo de su cintura de glaciares, se elevaban las libres montañas de Alta-Plana. Sus simas aparecían a veces veladas por los vapores que ascendían de las aguas, pero pronto el aire se volvía tan claro que podíamos distinguir los pinos, que allí crecen hasta lo alto de la rocalla. Tales días sentíamos acercarse el favonio, por lo que de noche apagábamos los fuegos de la casa.

Nuestra mirada se reposaba al contemplar las islas de la Marina, a las que en broma llamábamos las Hespérides, cuyas orillas estaban sombreadas de altos cipreses. Ni en lo más crudo del invierno se conoce en ellas el hielo ni la nieve; los higos y las naranjas maduran al aire libre y los rosales florecen todo el año. En la época en que brotan los almendros y los albaricoqueros, las gentes de la Marina cruzan el mar, y las islas flotan entonces como lechos de pétalos sobre el azul. En otoño, por el contrario, las gentes se embarcan para ir a comer allí el pescado de San Pedro, que algunas noches de luna llena emerge de las grandes profundidades y queda prendido en los cazonales. Los pescadores acostumbran a echar sus jarcias en silencio, pues creen que la más pequeña palabra podría espantarle, y que una sola imprecación bastaría para estropear toda la pesca. Siempre reinaba la

alegría en aquellos viajes para comer el pescado de San Pedro; y cada vez se iba provisto de pan y de vino, pues las uvas no crecen en aquellas islas. Tampoco se dan allí las frescas noches de otoño en las que el rocío se posa sobre las uvas, que al presentir su próxima caída redoblaban durante la sonochada su fuego interior.

Para sospechar lo que significa vivir había que contemplar la Marina durante aquellos días de fiesta. Una larga ola de rumores ascendía a nosotros desde el alba, y cada ruido se percibía claro y distinto, como los objetos que se ven por el pequeño orificio de un anteojo. Oíamos las campanas de los pueblos, y los morteretes que en los puertos rendían homenaje a los barcos coronados de flores, y los cánticos de las procesiones que se dirigían hacia las milagrosas imágenes, y la música de las flautas que marchaban en cabeza de un cortejo nupcial. Oíamos el graznido de las chovas junto a las veletas, la llamada del cuclillo y el sonido de los cuernos en que soplaban los cazadores cuando se alejaban de las puertas de la ciudad para ir en busca de las garzas. Y todo ello sonaba de una manera tan hermosa y tan cómica, que el mundo parecía un inmenso pañuelo variopinto, más embriagador que el vino bebido de mañana.

Muy a lo lejos, en lo hondo, la Marina aparecía orlada de una guirnalda de pueblecitos, cuyas almenadas murallas databan del tiempo de los romanos y dominaban las catedrales ennegrecidas y los castillos merovingios. Y de trecho en trecho se veían las ricas aldeas, sobre cuyos tejados volaban bandadas de palomas, y los molinos, teñidos de verde por el musgo, hacia los que en otoño se dirigen las recuas de asnos cargados de sacos de trigo. Y luego otra vez los castillos, anidados sobre altos picos rocosos, y los conventos, junto a cuyas murallas la luz refulgía en los estanques de carpas como sobre bruñidos espejos.

Cuando desde lo alto de nuestro elevado observatorio mirábamos las estancias que el hombre ha construido para preservar su vida, su felicidad, sus alimentos y sus religiones, todos los tiempos se fundían ante nuestros ojos en una sola y única realidad. Y los muertos surgían invisiblemente, como si las tumbas se hubieran abierto. Siempre que miramos con amor una tierra de cultura clásica se nos acercan en silencio, y su antigua alma está presente en las campos y campiñas, pues su herencia permanece viva en las piedras y en los surcos.

A nuestras espaldas, hacia el norte, comenzaba la Campaña, que estaba separada de la Marina por los acantilados de mármol. En primavera, ese cinturón de prados se extendía como un alto tapiz de flores sobre el que pacían los lentos rebaños, que semejaban flotar entre una espuma multicolor. Al mediodía los rebaños reposaban a las húmedas y frescas sombras de los álamos y los chopos plateados, que sobre la extensa llanura formaban una especie de islas de follaje, de las que emergía el humo de las fogatas de los pastores. Diseminadas de trecho en trecho, también se veían grandes alquerías con establos y altas pértigas de los pozos, que llenaban de agua los abrevaderos. En verano, el aire era sofocante y húmedo allí abajo, y en otoño, cuando crían las víboras, todo aquel lugar parecía una estepa desierta, solitaria y requemada. Por el otro lado terminaba en unas ciénagas, entre cuya maleza no se veía el más pequeño trazo de colonización. Únicamente aquí y allá, al borde de las oscuras aguas pantanosas se elevaban algunas rústicas barracas de cañas, hechas al estilo de las que se construyen para la caza del pato, y disimulados entre los álamos se veían los puestos de los cazadores, que semejaban nidos de corneja. Allí ya reinaba el Gran Guardabosque, y en seguida después comenzaba a elevarse el terreno, donde el oquedal empezaba a echar sus raíces. Por otra parte, de la linde de aquel terreno partían unos sotos alargados, en forma de hoz,

que se adentraban hacia los prados y que el pueblo llamaba «Los Cuernos».

Tal era el reino que se ofrecía a la vista desde lo alto de los acantilados de mármol. Desde aquella altura veíamos la vida, bien afincada y fuertemente anudada en un suelo antiguo que se abría como la viña y también como ella llevaba sus frutos. Y también veíamos sus fronteras: los montes, donde una alta libertad sin plenitud habitaba entre los pueblos bárbaros, y hacia la media noche, los pantanos y las oscuras profundidades donde ronda la sangrienta tiranía.

Muy a menudo, al estar sobre la cima, considerábamos todo lo que debe acontecer antes de que el grano sea cosechado y el pan sea cocido, y todo aquello que es necesario para que el espíritu sea capaz de abrir sus alas con seguridad.

IX

Cuando eran las buenas épocas apenas se prestó atención a las querellas que desde antiguo venían produciéndose en la Campaña, pues tales cosas son habituales en todas las tierras de grandes pastos y de pastores. Cada primavera se suscitaban las consabidas grescas a propósito del ganado que todavía no se había marcado, y luego, en cuanto empezaba la sequía, se producían las acostumbradas peleas en torno a los pozos. Y los grandes toros, que llevaban un anillo prendido en las fosas nasales y que causaban sueños de pesadilla a las mujeres de la Marina, irrumpían entre los ganados extraños, ahuyentándolos hasta los acantilados de mármol, al pie de los cuales blanqueaban innumerables cuernos y esqueletos.

Pero, sobre todo, el pueblo de pastores se mostraba siempre indomable y salvaje. Su estado se transmitía así, desde los orígenes, de padre a hijo, y cuando se sentaban alrededor de sus fuegos, vestidos de harapos y con el arma en la mano, tal como la Naturaleza les permite crecer, entonces se veía bien claro el abismo que les separaba de las gentes que cultivaban la vid en los ribazos. Vivían como en los días en que todavía no se conocía casa, ni arado, ni telar, y en los que se desplegaba el móvil abrigo de las tiendas según exigieran las migraciones de los ganados. También sus sentimientos correspondían a esa edad, pues tenían un brutal sentido de la justicia y de la equidad, cuya única ley era la del talión. De ahí que cada homicidio encendiera una larga fogata de venganzas y de ahí también que entre los cla-

nes y familias existieran querellas cuyo origen nadie hubiera sabido encontrar y que cada año reclamaban su tributo de sangre. Los juristas de la Marina llamaban causa de la Campaña a todo asunto que tuviera un aire grosero y absurdo, y no convocaban a los pastores al foro, sino que enviaban a sus comisarios a las tierras de éstos. En otros distritos eran los colonos, señores de vasallos y grandes magnates establecidos en espaciosas alquerías, quienes administraban justicia. Además, todavía existían pastores libres que, como los Batacks y los Belovars, poseían grandes bienes.

Al tratar a aquel rudo pueblo también se aprendía a discernir lo que en él había de bueno y único. Ante todo existía el espíritu de hospitalidad, que se dispensaba a cualquiera que se sentara junto a uno de sus fuegos. No era raro encontrar rostros de la ciudad entre el círculo de los pastores, pues la campaña ofrecía el primer refugio a quienes debían huir de la Marina. Allí se encontraban deudores amenazados de cárcel, estudiantes que tras una francachela habían dado un golpe demasiado afortunado en la sociedad de frailes evadidos y demás gentuza. También llegaban a la Campaña jóvenes que buscaban la libertad y parejas de enamorados que deseaban vivir como los pastores.

En todo tiempo se tejía allí una red de secretos que iba mucho más allá de las fronteras establecidas por el orden. La proximidad de la Campaña, donde el derecho tenía una consistencia mínima, había servido a más de un hombre cuya causa tomaba mal cariz. La mayor parte regresaban cuando el tiempo y los amigos habían trabajado en su favor, y otros desaparecían para siempre entre los bosques. Pero tras la guerra de Alta-Plana, lo que hasta entonces había sido el curso normal de las cosas, adquirió un sentido siniestro. La destrucción invade a veces los cuerpos agotados a través de heridas que el hombre sano apenas nota.

Nadie advirtió los primeros síntomas. Cuando corrieron rumores de tumultos, pareció que en la Campaña se reavivaba el viejo espíritu de venganza, pero en seguida se supo que aquellos actos de violencia estaban ensombrecidos por unos rasgos tan nuevos como insólitos. Se fue perdiendo el fondo de honor bárbaro que hasta entonces había atenuado la violencia, y no quedó más que el simple crimen. Se tuvo la impresión de que entre los clanes aliados se habían introducido espías y agentes de los bosques, que trataban de ponerlos al servicio de extraños intereses. De esta manera perdieron las antiguas formas su sentido. Desde siempre, por ejemplo, cuando en un cruce de caminos se encontraba un cadáver con la lengua rajada por un puñal, se sabía que un traidor había sucumbido a manos de vengadores apostados en su camino. También después de la guerra de Alta-Plana podían encontrarse muertos que llevaran tales marcas; pero cada cual sabía que se trataba seguramente de víctimas de la pura crueldad.

Igualmente, las ligas habían cobrado siempre un tributo, que los propietarios rurales pagaban a gusto por considerar que al mismo tiempo se trataba de una especie de prima por el buen cuidado de los ganados. Luego, sin embargo, las exigencias adquirieron unas proporciones intolerables, y cuando el colono veía la carta de exacción clavada en algún poste o árbol de su finca, no tenía más remedio que pagar o abandonar el país. Cierto que alguno había tratado de resistir, y en tales casos se producía un saqueo que a todas luces se realizaba conforme a un plan minuciosamente predeterminado.

Generalmente, una banda mandada por gentes del bosque se presentaba ante la alquería, y cuando se le denegaba la entrada, hacía saltar las cerraduras. A esas bandas se las llamaba gusanos de luz, pues se lanzaban contra las puertas armadas de grandes vigas sobre las que ardían unas lucecillas. Había quienes decían

que tal nombre se les daba porque, una vez realizado el asalto a la casa, para saber dónde estaba escondido el dinero, sometían a las gentes al suplicio del fuego. Se contaban de ellas las cosas más viles y bajas que los hombres sean capaces de hacer. Además, para hacer cundir el pánico, metían los cadáveres en cajas o barriles, y el espantoso cargamento era expedido a los parientes de las víctimas, junto a los transportes que llegaban de la Campaña.

Pero, más que todo esto, se daba una circunstancia que revelaba la extrema gravedad del peligro: todos esos crímenes que soliviantaban al país y que clamaban justicia, no eran vengados por nadie y únicamente en voz baja se hablaba de ellos, que hasta tal punto se hizo evidente la debilidad frente a la anarquía. A decir verdad, desde el comienzo mismo de la anarquía se enviaron comisarios escoltados por destacamentos armados; pero éstos encontraron la Campaña en plena revuelta, y no fue posible entablar ninguna negociación. Luego, para obrar de una manera radical, se precisó que, ante todo, conforme a la Constitución, se convocara a los diferentes estamentos sociales, pues en los países como la Marina, donde el derecho está asentado sobre una larga historia, la gente no gusta abandonar las vías jurídicas.

Se vio entonces que las gentes de la Campaña estaban representadas en la Marina, pues los ciudadanos que habían regresado a la capital conservaban una clientela de pastores o bien se habían afiliado a las ligas de los clanes mediante un juramento de sangre. Y también esas bandas estaban afectadas por el funesto cambio, sobre todo aquellas que habitaban los lugares donde el orden amenazaba mayor ruina.

Prosperaron oscuros abogados, que defendían la injusticia ante los tribunales, y las ligas instalaron sus cubiles en las pequeñas tabernas portuarias. Y junto a las mesas de aquellos cuchitriles pudieron verse los mismos rostros que cerca de los fuegos de la

estepa. Allí, en cuclillas, parecían dormitar los viejos pastores, cuyas piernas estaban envueltas con pieles de animales, sentados junto a oficiales que después de la guerra de Alta-Plana se habían quedado a media soldada; y toda la gente agriada o deseosa de cambio que vivía a uno y otro lado de los acantilados de mármol, acostumbraba a beber en esos lugares y se cruzaba bajo el umbral de los tabernuchos, como a la entrada de sombríos cuarteles generales. El desorden sólo podía ganar si los hijos de los notables y los jóvenes que creían llegada la hora de una nueva libertad, tomaban parte en la agitación. Y esa gente se agrupaba junto a los intelectuales que comenzaban a adoptar las canciones de los pastores, que hasta entonces únicamente las nodrizas procedentes de la Campaña habían murmurado junto a las cunas, y a quienes se veía pasear por el Corso, no ya cubiertos con finos vestidos de lana o de tela, sino con toscas pieles obscenas, empuñando grandes garrotes.

Tal gente adquirió la costumbre de desacreditar el cultivo de la vid y del trigo y de situar el asilo de la auténtica moral ancestral en el salvaje país de los pastores. Sabido es que las ideas propias de los inspirados son casi siempre un poco oscuras y vagas, y uno hubiera podido reír acerca de todo ello si no se hubiera llegado al abierto sacrilegio, lo cual a todo hombre que no hubiera perdido la razón le tenía que parecer absolutamente insensato.

X

En la Campaña, allí donde las sendas de los pastores cortaban las fronteras de los distritos, solía verse la imagen de los pequeños dioses de los pastores.

Aquellos guardianes de las fronteras estaban groseramente tallados en piedra o en vieja madera de encina, y a causa de su rancio olor se les adivinaba desde lejos. Pues la ofrenda tradicional consistía en verter hirvientes porciones de manteca fundida, así como la grasa intestinal que el cuchillo de los sacrificios deja de lado. De aquí que alrededor de tales imágenes, sobre el verdor de los prados, se vieran siempre negras cicatrices de pequeños fuegos. Una vez cumplida su ofrenda, los pastores conservan siempre una rama carbonizada de esos fuegos, con la cual, durante la noche del solsticio, tiznaban los cuerpos que tenían que parir, tanto el de las mujeres como el de las bestias.

Cuando en tales lugares nos cruzábamos con las criadas que venían de ordeñar, éstas se cubrían el rostro con la pañoleta, y hermano Othón, el amigo y conocedor de los dioses de los jardines, no pasaba jamás ante alguna de tales estatuas sin dedicarles una broma. Hermano Othón les atribuía una gran antigüedad y las llamaba compañeras de infancia de Júpiter.

Además, no lejos del Cuerno de los Curtidores, había un bosquecillo de sauces llorones en el que se encontraba la imagen de un toro, de rojas fosas nasales y roja lengua, y el miembro pintado de rojo. Era un lugar de mala fama, y a propósito de él se hablaba de fiestas atroces.

Pero, ¿quién hubiera podido creer que los dioses de la grasa y de la manteca, encargados de llenar las ubres de las vacas, comenzaban a ser homenajeados en la Marina? Y esto en un lugar que desde tiempo atrás las gentes se burlaban de tales sacrificios y de semejantes ceremonias. Los mismos espíritus que se habían creído lo suficientemente fuertes para romper los lazos de la antigua religión de sus antepasados, estaban esclavizados por la magia de los ídolos bárbaros. La imagen que de ellos mismos ofrecían en su ceguera era más repugnante que la borrachera vista a pleno día. Así, mientras pensaban volar, y de ello hacían alarde, se revolcaban por el polvo.

Otro mal síntoma era que el espíritu de desorden afectara a los honores rendidos a los muertos. La casta de los poetas siempre había tenido en la Marina un lugar de honor. Allí eran tenidos como libres donantes, y el don de rimar versos era considerado como la fuente de toda plenitud. El que las viñas florecieran y se cargaran de frutos, que hombres y bestias prosperaran, que los malos vientos se aplacaran y que la alegre concordia habitara en los corazones, eran cosas que ocurrían gracias a la armonía que vive en las canciones y en los himnos. El más pequeño viñador estaba convencido de ello, quien asimismo creía que en la armonía se amaga una fuerza inefable.

Nadie era allí tan pobre que no pudiera entregar los primeros y más hermosos frutos de su jardín en las cabañas de los pensadores y en las ermitas de los poetas. Todo aquel que se sintiera llamado a servir al mundo con su espíritu podía vivir libre de toda ocupación material, de una manera pobre, es cierto, pero no indigente. Y entre quienes cultivaban los campos y daban forma a la palabra se consideraba como un lema la antigua sentencia que dice: «Los más hermosos presentes de los dioses son siempre gratuitos».

Un signo de las grandes épocas es que en ellas se hace visible el poder del espíritu, cuya acción se extiende por todas partes. Y así ocurría en aquel país: en el cambio de las estaciones, en los servicios divinos y en la vida humana, ninguna fiesta se concebía, sin la poesía. Sobre todo, empero, durante la fiesta de los muertos, tras la bendición del cadáver, el poeta cumplía la función de juez de los muertos. Él era el encargado de que los dioses volvieran sus miradas hacia la existencia del desaparecido y de celebrarla en sus versos poniéndola de relieve, al modo que el buzo saca a la luz la perla incrustada en la ostra.

Desde el principio habían existido dos clases de honores fúnebres, de los cuales el más usual era el *elegeion*. El elegeion era la ofrenda que se dedicaba a una vida que había discurrido honestamente entre la amargura y la alegría, tal como nos está acordado a nosotros los humanos. Se celebraba en un tono de queja, pero era aquélla una queja llena de serenidad, de tal suerte que el corazón se reconfortaba de sus tristezas.

Pero también existía el *eburnum*, reservado en la antigüedad a los vencedores de aquellos monstruos que frecuentaban los pantanos y los desfiladeros. El eburnum clásico debía tener lugar entre una grandiosa alegría, y debía terminar con la *admiratio*, durante la cual una águila negra salía de una jaula, que alguien rompía al efecto, y se remontaba hacia las alturas. A medida que los tiempos fueron perdiendo su antigua rudeza, se fue tributando el eburnum a aquellos a quienes se llamaban acrecentadores u *optimates*. El pueblo siempre había sabido por instinto quiénes eran éstos, si bien las imágenes de los antepasados fueron alterándose al tiempo que la vida se fue haciendo más refinada.

Ahora se vio disputar por primera vez acerca de las sentencias pronunciadas por los jueces muertos. En efecto, con las ligas penetraron en la ciudad las rivalidades de la sangre, que también procedían de la Campaña. Y semejante a la epidemia que toda-

vía encuentra un terreno intacto, se producían ataques nocturnos y se empleaban las armas más bajas, y todo ello sin más razón de que cien años antes Wenzel había sido asesinado por Jegor. Pero, ¿qué son las razones cuando la ceguera se apodera de nosotros? Y bien pronto no hubo noche en que la guardia no descubriera algún muerto por las calles o en las casas; y se hallaba a más de uno cuyas heridas eran indignas de la espada, heridas producidas por ese odio ciego que se ensaña con el enemigo muerto.

En aquellas luchas, que derechamente conducían a la caza del hombre, a las emboscadas y a los incendios, los partidos perdieron el sentido de la medida. Bien pronto se tuvo la impresión de que entre ellos apenas se consideraban como a seres humanos, y en su lenguaje se impusieron unas expresiones que habitualmente sólo se emplean entre esa canalla que debe ser extirpada, destruida y pasada por el fuego. Únicamente reconocían el crimen cuando éste se producía en el partido contrario, y se vanagloriaban de aquello que despreciaban en sus adversarios. Mientras cada cual consideraba justó que los muertos del partido contrario fueran enterrados de noche y sin luz, exigía que los suyos fueran revestidos de un sudario de púrpura, que resonara el eburnum y que el águila, viva imagen de héroes y creyentes, se elevara por el cielo hacia los dioses.

A decir verdad, por mucho que les ofrecieran montones de oro, ninguno de los grandes cantores se prestó a una de esas profanaciones. Y entonces se dirigieron a los arpistas que acompañan las danzas en las verbenas y que junto a los *tricliniums* de las casas de placer alegran las borracheras de los anfitriones cantando *La ostra de Venus* o *Hércules glotón*. Así, los campeones y los bardos eran dignos unos de otros.

Pero, como ya es sabido, el metro es algo incorruptible. Sus invisibles pórticos y columnas son inaccesibles al fuego de la

destrucción. Ninguna voluntad extemporánea puede penetrar en la armonía; de ahí que quedaran engañados los engañosos que pretendían comprar ofrendas del rango del eburnum. Únicamente asistimos a la primera de estas fiestas y vimos lo que ya esperábamos. El mercenario encargado de franquear el alto arco del poema —un arco trazado con fuego sutil— en seguida comenzó a tartamudear y bien pronto se desconcertó. Al momento, sin embargo, su lengua se espabiló, pues recurrió a los yambos innobles de la venganza, que clavaron su veneno en el polvo. En aquel espectáculo vimos a la muchedumbre vestida con los trajes de púrpura, propios del eburnum, y a los magistrados y al clero, de gran gala.

Antes, cuando el águila se remontaba hacia las alturas, reinaba un gran silencio; pero en aquella ocasión se produjo una explosión de salvaje alegría.

Y al escuchar aquellos gritos nos sobrecogió una profunda tristeza, pues sentimos que el justo espíritu de los antiguos había abandonado la Marina.

XI

Existían otros muchos signos a través de los cuales se manifestaba la decadencia. Eran semejantes a la erupción que aparece, desaparece y vuelve a venir. Y también había días serenos, durante los cuales todo era semejante al pasado.

Precisamente en ello se advertía un rasgo magistral del Gran Guardabosque, que administraba el pavor a pequeñas dosis, aumentadas poco a poco, cuyo objetivo era ir paralizando la fuerza de la resistencia. El papel que el Gran Guardabosque desempeñaba en esos disturbios preparados al abrigo de sus bosques era el de un poder ordenador, pues mientras sus agentes inferiores, introducidos en las ligas de pastores, multiplicaban el elemento anárquico, los iniciados se hacían con los altos cargos y las magistraturas e incluso se introducían en los conventos, y por todas partes aparecían como espíritus enérgicos llamados a poner orden entre el populacho.

El Gran Guardabosque parecía, pues, un médico criminal que primero provocara el mal, para luego asestar al enfermo una serie de heridas pensadas de antemano.

Cierto que entre los magistrados había cabezas que se daban cuenta de ese juego, pero les faltaba fuerza para oponerse a él. Desde antiguo había en la Marina tropas extranjeras mercenarias, y mientras las cosas estuvieron en orden se estuvo bien servido. Pero desde que los conflictos se extendieron por nuestras playas, cada cual procuró ganarse a los mercenarios, y la cotización de Budenhorn, su jefe, en una sola noche creció enorme-

mente. Budenhorn era el último en sospechar un cambio tan favorable a sus intereses; pero en seguida se hizo el difícil y retuvo las tropas como el dinero que se presta en interés. Con ellas se retiró a una vieja fortaleza llamada la Torre de Armas, en la que vivía como un ratón entre tajadas de lardo. Bajo las bóvedas del torreón hizo instalar una sala de banquetes donde, al abrigo de las murallas, presidía los trinquis. En las vidrieras de las ventanas se veía su escudo, en el que figuraban dos cuernos y la divisa:

Gran jarro:
¡Da la vuelta!

Vivía en aquel retiro, y se le veía lleno de aquella jovial astucia del norte que generalmente suele sobreestimarse, y con fingida preocupación escuchaba a quienes acudían a quejarse. Con la copa en la mano, siempre se mostraba interesado por el orden y la ley, pero jamás se vio que hiciera algo por mantenerlos. Además, no solamente negociaba con las ligas de los clanes, sino que al mismo tiempo estaba en tratos con los capitanes del Gran Guardabosque, a los que hospedaba en su fortaleza y regalaba con grandes banquetes, cuyo gasto corría a cuenta de la Marina. Con esos capitanes de los bosques llevó a cabo una terrible acción. Habiendo simulado que estaba falto de ayuda, les confió, a ellos y a su canalla, la vigilancia de los distritos rurales. Y a partir de aquel momento, bajo la máscara del orden, reinó el pánico.

Al principio, los contingentes puestos a la disposición de los capitanes fueron mínimos y únicamente se les enviaba a la Campaña en pequeños grupos, formando gendarmerías. Tal medida se aplicaba sobre todo a los cazadores, que con mucha frecuencia veíamos pasar junto a la Ermita y que desgraciadamente se detenían para comer algo en la cocina de Lampusa. Eran gente del bosque, tal como se la describe en los libros: pe-

queña, de ojos pestañeantes y barba negra e hirsuta sobre un rostro comido de arrugas, que hablaba una especie de germanía en la que figuraba todo lo que de peor tienen las lenguas, y que parecía amasado en un fango sangriento.

Los encontrábamos equipados de armas menores, tales como lazos, redecillas y puñales curvos, que ellos llamaban espitas de sangre. Traían colgados pequeños animales. Por medio de un viejo y conocido sistema que consiste en mojar con saliva un lazo muy fino, cazaban grandes lagartos sobre los escalones de nuestros acantilados de mármol. Muchas veces, aquellos hermosos animales estrellados de verde y oro, con brillantes manchas blancas, habían alegrado nuestros ojos, sobre todo cuando los veíamos merodear entre el follaje de la zarzamora que, cubierto de guirnaldas de púrpura, corría a lo largo de los acantilados. Sus pieles eran altamente codiciadas por las cálidas cortesanas meridionales que el viejo tenía en sus dominios; y los lechuguinos y petimetres se hacían fabricar con ellas cinturones y hermosos estuches. Así, pues, esas verdes criaturas de ensueño fueron implacablemente cazadas y sometidas a un trato horrible. Sus verdugos ni siquiera se tomaban la molestia de matarlas, y las despellejaban a lo vivo, dejándolas luego huir como blancos fantasmas, que caían al pie de los acantilados, donde perecían en medio de grandes sufrimientos. Profundo es el odio que en los corazones abyectos arde contra la belleza.

Estos pequeños quehaceres de los cazadores de carroña no eran sino un pretexto para poder espiar en los campos y en las casas si todavía quedaba algún resto vivo de libertad.

Entonces se repitieron en la Campaña los antiguos actos de bandidismo, y los habitantes fueron hechos prisioneros al amparo de la noche y de la niebla. Ninguno de ellos volvía; y lo que entre el pueblo oímos murmurar acerca del destino de ellos, nos hizo pensar en los cadáveres de los lagartos, que muchas veces

encontrábamos desollados junto a los acantilados, y nuestro corazón se llenaba de tristeza.

Luego también surgieron los guardas forestales, a los que muchas veces se veía trabajar a lo largo de las viñas y en lo alto de los collados. Parecía que estaban midiendo de nuevo el país, pues hacían hacer agujeros en el suelo y en ellos mandaban plantar postes con inscripciones rúnicas y símbolos de animales. Su manera de caminar a través de los campos era todavía más penosa que la de los cazadores, pues hollaban las tierras de labranza como si éstas fueran landas, no respetando caminos ni límites. Ni tan siquiera saludaban a las imágenes sagradas. Se les veía recorrer aquel rico país, como si fueran a través de un desierto.

A través de todo ello se podía prever lo que todavía podía esperarse del viejo, que acechara desde lo profundo de sus bosques. A él, que odiaba el arado, el trigo, la viña y los animales domésticos, a quien las mansiones soleadas y la vida abierta le eran contrarias, le importaba poco reinar sobre aquella plenitud. Su corazón únicamente palpitaba con fuerza allí donde el musgo y la hiedra cubrían las ruinas, y allí donde, a la luz de la luna, el murciélago volaba bajo las derruidas bóvedas de las catedrales. Quería que los últimos árboles de sus dominios bañaran sus raíces en las riberas de la Marina y que en sus copas se encontrara el halcón plateado con la negra cigüeña, cuando ésta abandonara las encinas y fuera hacia los pantanos. Los jabalíes tenían que remover con sus colmillos la negra tierra de los viñedos y los castores debían circular por los estanques de los conventos cuando, a la hora del crepúsculo, las bestias salvajes avanzan por los senderos ocultos en busca de agua. Y en las últimas lindes, allí donde los árboles no pueden echar raíces a causa del terreno pantanoso, quería ver pasar, en primavera, las chochas, y, en otoñó, volando en busca de las rojas bayas, los zorzales.

XII

Tanto como las alquerías, el Gran Guardabosque detestaba las ermitas de los poetas y cualquier lugar que abrigara el trabajo del pensamiento. De todo cuanto vivía en sus territorios lo mejor era una pandilla de bravos mozos cuya única ocupación era rastrear y cazar, y que, de padres a hijos, siempre se habían mantenido fieles al viejo. Esos eran sus monteros, mientras que los cazadores subalternos que nosotros veíamos en la Marina provenían de extraños pueblos a los que desde lo profundo de sus bosques de abetos, dispensaba el viejo una especial protección.

Fortunio, que mejor que nadie conocía los dominios del viejo, me había descrito esos pueblos como revoltijos de viejas y ennegrecidas cabañas con paredes de greda y argamasa y techos puntiagudos cubiertos de musgo descolorido. Allí, como en el fondo de unas cavernas, una oscura canalla vivía tan libre como el pájaro. Aunque se tratara de un pueblo nómada, en sus nidos y madrigueras siempre quedaba un brote de su raza, del mismo modo que en los potes de especias se conserva siempre el mismo fondo, que mantiene el viejo sabor de las mismas.

En las profundidades de aquellos bosques se había refugiado todo lo que pudo escapar de la destrucción, cuando las guerras y los grandes disturbios promovidos por hunos, tártaros, gitanos, albigenses y toda clase de sectas heréticas. A ellos se habían unido los eternos fugitivos de prebostes y verdugos, y grupos dispersos de grandes bandas de salteadores provenientes de Polonia y del Rin inferior, y mujeres cuyo único trabajo consiste en

mover las caderas y que los alguaciles arrojan de las puertas de la ciudad.

Allí instalaban sus maléficas cocinas los nigromantes y maestros en brujería que en otros sitios habían podido esquivar la hoguera, y para los iniciados, venecianos y alquimistas, aquellos pueblos desconocidos contaban como auténticos asilos de la magia negra. En manos de Fortunio había visto un manuscrito perteneciente al rabino Nilüfer, el cual, habiendo sido expulsado de Esmirna, fue huésped de aquellos bosques durante una de sus innumerables peregrinaciones. En su manuscrito se veía reflejar la historia del mundo como sobre un turbio pantano al borde del cual anidaran legiones de ratas. Y también se encontraba en él la clave de algunos enigmas de la historia presente. Así, se decía que, tras su expulsión de Perouard, el maestro Villón se había refugiado en lo profundo de esos bosques de abetos, en los que, al igual que otras tribus de las tinieblas, aquella gentuza tuvo su asiento primitivo. Luego se remontaron hacia Burgundia, pero allí siempre conservaron un refugio seguro.

Todo lo que el mundo versaba en ellos lo devolvían esos bosques con un interés quintuplicado. De ellos era donde sobre todo salían aquellos innobles cazadores que se ofrecían a destruir los insectos de las casas y de los campos, y según Nilüfer era en ellos y en ninguna otra parte donde había desaparecido, llevando tras de sí a los chiquillos, el flautista de Hamelin. Aquellas bandas multiplicaron los pillajes y las querellas en el país. Pero de aquellos bosques también surgieron elegantes impostores, que aparecían montados en espléndidos carruajes y seguidos de brillante servidumbre, y que algunas veces se les encuentra en la corte de los príncipes. De esa manera se expandió por el mundo una negra corriente sanguinolenta. En todas partes donde se tramaba el crimen y se urdían las bajezas de la venganza estaba implicada alguna representación de esas infames corporaciones,

y también estaba representada en las horcas, donde el viento dirige el baile macabro de los pobres diablos ajusticiados.

El viejo era el gran maestre de aquellas gentes, que le besaban el repulgo de su rojo traje de caza o, cuando iba a caballo, la caña de su bota. Él, por su parte, se comportaba con ellas según su antojo, y algunas veces, cuando creía que la canalla se multiplicaba demasiado, les mandaba colgar de los árboles a unas docenas de personas, como si fueran zorzales. Aparte de esto, la gentuza tenía derecho a ir de un lado a otro y a cometer toda clase de excesos en su territorio.

En tanto que señor y protector de la patria de los vagabundos, el viejo también gozaba de un inmenso y secreto poder más allá de sus fronteras, que se expandía por lejanas ramificaciones. En todas partes donde el orden humano amenazaba ruina, surgía aquella gentuza cual un revoltillo de setas venenosas, y pululaba y se agitaba allí donde, por ejemplo, los sirvientes negaban prestar obediencia a sus señores, y en los barcos donde, en medio de una tempestad, se sublevaba la tripulación, y en las batallas en que los soldados abandonaban a su señor y rey.

El Gran Guardabosque estaba admirablemente bien servido por tales gentes. Cuando recibió en su residencia de la ciudad a los mauritanos, se le vio rodeado de numerosa servidumbre, así como de cazadores tocados con libreas de color verde, de lacayos trajeados de rojo y calzados con escarpines negros, de funcionarios y de una corte de amigos íntimos. Aquellas fiestas dieron una vaga idea de la clase de comodidad que al viejo gustaba disfrutar en lo profundo de sus bosques. La gran sala estaba toldeada y profusamente iluminada, pero no con la luz solar, sino con esa claridad que despiden las llamas o con esa otra que procura, en algunas cuevas, el oro.

Del mismo modo que el diamante sale del crisol de los alquimistas entre encendidos carbones, así, en aquellas cuevas de los

grandes bosques crecían a veces unas mujeres de exquisita belleza, las cuales, como todos los habitantes de los bosques, eran consideradas como propiedad del viejo, que en sus viajes llevaba a muchas de ellas en medio de su séquito, instaladas en cómodas literas. Muchas veces, cuando estaba de buen humor, en las pequeñas casas que tenía junto a las puertas de la ciudad, invitaba a los jóvenes mauretanos, a quienes ofrecía el espectáculo de sus odaliscas y de otros tesoros suyos. Generalmente, las mandaba reunir en la sala de billar donde, una vez terminado el pesado banquete, se congregaba con sus invitados alrededor de sendas copas de jengibre, y tras repartir las bolas para el juego, comenzaba una partida. Y entonces, inclinados sobre el tapete verde, libres de sus velos y a la roja claror de las antorchas se veía como los cuerpos se movían y adoptaban las múltiples posturas exigidas por el juego. A propósito de tales fiestas se contaban cosas realmente brutales, la mayor parte de las cuales sucedían en sus bosques. Después de terminadas las cacerías del zorro o del oso o del ante, se reunía con su gente para beber en una era ornada de armas y ramas, y se sentaba a la cabecera de la mesa, en su sillón adornado con sangrantes despojos de animales.

Por lo demás, el viejo empleaba tales mujeres como reclamo, sobre todo allí donde se veía envuelto en alguna intriga. Y quien se acercaba a aquellas flores engañosas, crecidas en terrenos pantanosos, caía víctima del encanto que gobierna cierta clase de bajeza. Durante nuestra estancia entre los mauritanos vimos sucumbir de tal manera a más de uno que hubiera podido tener un brillante destino; pues siempre son los más nobles quienes caen víctimas de tales sacrificios.

Tal era la humanidad que debería extenderse sobre el país cuando el viejo se hubiera hecho el dueño absoluto de la Marina. Así, al ser los jardines devastados por el enemigo, las manzanas agrias, las adormideras y los beleños sucedieron a las frutas es-

cogidas. Y en vez de los dispensadores de pan y vino, se erigieron sobre los pedestales dioses extraños, tales como la Diana, que en los terrenos pantanosos había degenerado en un ser de una fecundidad animal, que reinaba allí abajo adornada de una especie de racimos de senos dorados y de otros horribles símbolos, y cuyas garras, cuernos y dientes causaban miedo y reclamaban víctimas indignas de ser ofrecidas por los hombres.

XIII

Así estaban las cosas siete años después de la guerra de Alta-Plana, y en nuestra opinión todos los males que asolaban al país eran debidos a aquella funesta campaña. Cierto que nosotros dos habíamos participado en ella e incluso habíamos tomado parte en las carnicerías de los caballeros purpurados; pero todo aquello lo hicimos para cumplir con nuestro deber de vasallos, y en la situación en que nos hallábamos lo importante no era detenerse a discriminar lo justo de lo injusto, sino golpear. Pero al brazo se manda con más comodidad que al corazón, y nosotros vivíamos en espíritu entre aquellos pueblos que tan valientemente supieron defender su antigua libertad contra toda clase de opresión, obteniendo luego una victoria en la que bien pronto vimos algo más que la simple felicidad de haber ganado. Así fue como nos ganamos una hospitalaria amistad en Alta-Plana, pues el joven Ansgar, hijo del dueño de la llanura de Bodan, había caído en nuestras manos junto a los desfiladeros y con él intercambiamos algunos regalos. Desde nuestra terraza divisábamos, junto al horizonte, las llanuras de Bodan, que eran como una inmensa estera de color azulado que se perdía en el mar, salpicado de nevados picachos, y al pensar que en aquella llanura siempre había un hogar y un refugio que nos aguardaba y donde seríamos acogidos como a hermanos, nos sentíamos henchidos de seguridad y confianza.

Cuando en nuestro país natal, muy hacia el norte, guardamos las armas en la armería y hubimos cerrado la puerta de ésta, sen-

timos el deseo de entregarnos a una vida nueva, limpia de toda violencia, y nos acordamos de nuestros antiguos estudios. Así, pues, fuimos a donde los mauritanos para despedirnos de ellos con todo honor, y allí recibimos la cinta de color negro-rojo-negro, con la que se nos licenciaba. Para ganar aquella Orden no habíamos escatimado valor ni capacidad de discernimiento. Pero aquella preciada cinta no hizo que, a partir de aquel momento, pudiéramos contemplar con indiferencia el sufrimiento de los débiles y anónimos, como se contempla el espectáculo circense desde lo alto de la tribuna senatorial.

Pero, ¿qué hacer si los débiles desconocen la ley y en su ceguera descorren los cerrojos puestos para su propia protección? Por otra parte tampoco podíamos censurar a los mauritanos, pues lo justo y lo injusto andaba siempre revuelto. Los más fuertes titubeaban, y el tiempo era particularmente propicio para quienes se dedicaban a sembrar el miedo. El orden humano se parece al Cosmos en que, de vez en cuando, precisa hundirse en el fuego para renacer de nuevo.

Sin duda, hacíamos bien alejándonos de aquellas querellas, de las cuales no podía salir nada bueno, y volviéndonos a la paz de la Marina, para allí, en sus luminosas riberas, consagrar nuestra atención a las flores, efímeros signos multicolores, en los que se cifra lo inmutable, tan parecidos a los relojes, pues también en ellos puede leerse en todo momento la hora exacta.

Pero apenas estuvieron acondicionados la casa y el jardín, y el trabajo estuvo a punto de dar sus primeros frutos, vimos como los criminales incendios iluminaban el horizonte de la Campaña. Y cuando los primeros desórdenes se extendieron por la Marina, nos vimos obligados a procurarnos informaciones de lo que sucedía, para así saber qué clase de peligro nos amenazaba y cuál podría ser el alcance del mismo.

Un día, procedente de la Campaña, llegó el viejo Belovar, que muchas veces era huésped de Lampusa. Belovar trajo hierbas y raíces extrañas, que las mujeres solían arrancar de los prados bajos y que, una vez puestas a secar, Lampusa utilizaba para sus brebajes y mixturas. Por ello trabamos amistad con Belovar y en más de una ocasión, sentados sobre el banco que había frente a la cocina, compartimos con él algún cántaro de buen vino. Belovar conocía todos los nombres que la gente del pueblo daba a las flores, gran cantidad de las cuales distinguía él perfectamente, y a nosotros nos agradaba escucharle hablar de ellas, pues de esta manera enriquecíamos nuestro vocabulario de sinónimos respecto a las mismas. Nuestro amigo sabía además los sitios donde crecían las apreciadas orquídeas, como la que brota entre zarzales y despide el mismo olor que los machos cabríos, y la que tiene un labio cuya forma recuerda a la del cuerpo humano, y aquella otra cuya flor se parece al ojo de una pantera. Belovar nos acompañaba muchas veces mientras nosotros herborizábamos más allá de los acantilados de mármol. Conocía los caminos y senderos que llevaban hasta la linde de los bosques, y su presencia nos fue particularmente útil cuando los pastores comenzaron a manifestarnos cierta hostilidad.

En aquel viejo se personificaba lo mejor de los campos y prados, pero no en el sentido que decían los petimetres, que creían haber descubierto en los pastores al hombre ideal, al que cantaban en toda clase de poemas de color de rosa. De setenta años de edad, el viejo Belovar era un hombre alto, enjuto, con una barba blanca que contrastaba con su negra cabellera. En su rostro brillaban los oscuros ojos que, con una mirada tan penetrante como la del halcón, vigilaban las lejanías de sus dominios, y que a veces, cuando montaba en cólera, se iluminaban como los de un lobo. El viejo llevaba unos anillos de oro en las orejas e iba tocado de un gran pañuelo rojo y de un gran cinturón del mis-

mo color, por el que asomaba el pomo y la punta de un machete. La empuñadura de aquella vieja arma era de madera barnizada y tenía once incisiones coloreadas de rojo.

Cuando le conocimos, acababa de desposarse con su tercera mujer, una muchacha de dieciséis años a la que exigía una extrema docilidad y a la que, cuando había bebido más de la cuenta, molía a palos. Así que hablaba de cuestiones de venganza sus ojos comenzaban a echar destellos, y nosotros comprendíamos que el corazón de sus enemigos le atraería como un poderoso imán, mientras la vida palpitara en él, y que el glorioso recuerdo de aquellos actos de venganza hacía de él un cantor igual a muchos otros que podían encontrarse en la Campaña. Cuando allí, en la Campaña, sentados alrededor del fuego, se bebía en honor de los dioses de los pastores, con frecuencia sucedía que uno de los asistentes se ponía en pie y, con frases inspiradas, celebraba el golpe mortal que había infligido a su enemigo.

Con el tiempo nos fuimos habituando a la presencia del viejo y finalmente acabamos por sentir agrado al verle, como gusta uno de ver a un perro fiel, a pesar de que en él arde todavía un alma de lobo. Aunque en aquel hombre crepitaba un salvaje fuego terrestre, nada en él era innoble, y por eso odiaba las tenebrosas fuerzas que surgían de los bosques de la Campaña. Muy pronto nos percatamos que aquella alma brutal no carecía de virtud, pues también se inflamaba, y de una manera que ya no se estila en las ciudades, por la causa del bien. Así, la amistad era para él algo más que un sentimiento, y la llama que despertaba la amistad no era menos osada ni indomable que la encendida a causa del odio. De ello nos dimos cuenta poco después de que hermano Othón defendió al viejo ante un tribunal a presencia del cual, cuando los primeros años de nuestra estancia en aquel lugar y a causa de ciertos manejos de los Cónsules, había sido conducido Belovar. En seguida nos vimos obligados a no mani-

festar ningún deseo en su presencia, pues el viejo hubiera sido capaz de meterse en el nido de la gran serpiente para obsequiarnos con las crías de ésta. En cualquier momento podíamos disponer de él como de un arma que se tiene a mano, y gracias a él supimos el poder que se goza cuando un ser nos es totalmente adicto —ese poder que va desapareciendo a medida que evolucionan las costumbres.

Únicamente esta amistad nos daba la sensación de estar protegidos contra los peligros que surgían de la Campaña. Muchas noches, mientras silenciosamente trabajábamos en la biblioteca y en el herbario, las luminarias de los criminales incendios coloreaban el borde de los acantilados. Y tales hechos sucedían a veces tan cerca de nosotros que, cuando soplaba el viento del norte, los ruidos llegaban hasta la Ermita. Y entonces oíamos los golpes de los moruecos contra las puertas de los patios, y los balidos de las ovejas, encerradas en los establos devorados por las llamas. Y, aunque débilmente, el viento también nos traía el confuso rumor de mil voces y el sonido de las campanas que redoblaban en las pequeñas capillas domésticas; y cuando todo ello cesaba bruscamente, el oído permanecía alerta hasta bien entrada la noche. Pero nosotros sabíamos que mientras el viejo pastor y su tribu acamparan en la estepa, ningún mal amenazaba nuestra Ermita.

XIV

Del lado de la Marina, frente a los acantilados de mármol, contábamos con el apoyo de un monje católico, llamado padre Lampros, que pertenecía al convento de María Lunaris, Virgen que el pueblo venera bajo el nombre de Falcifera. En aquellos dos hombres —el pastor y el monje— podían verse las distintas influencias que las diferentes tierras ejercen, tanto sobre las plantas, como sobre los hombres. En el viejo pastor propicio a la venganza vivían los grandes campos de pastoreo que todavía no habían conocido la reja de ningún arado, y en el sacerdote vivía la gleba de viñedos a la que los cuidados de la mano humana había dado, desde siglos atrás, la fina calidad del polvillo que cae en los relojes de arena.

Fue en Upsala, y por boca de Ehehardt, que allí hacía de conservador del herbario y nos proporcionó materia para nuestro trabajo, donde por primera vez oímos hablar del padre Lampros.

Por aquel entonces nos ocupábamos en estudiar la manera en que las plantas reparten sus elementos a la imagen de los radios de un círculo, la irradiación de éstos alrededor de un eje que es la base de sus figuras orgánicas y el principio de la cristalización, que invariablemente confiere el sentido del crecimiento, como el cuadrante del reloj confiere su sentido a la aguja del mismo, Ehehardt nos dijo que en la Marina vivía Phylobius, el autor de la hermosa obra sobre la simetría de los frutos, que allí se ocultaba bajo el nombre de padre Lampros. Tal noticia despertó nuestra curiosidad, y más tarde, una vez en la Marina, después

de habernos anunciado mediante una esquela, visitamos al monje en el convento de la Falcifera. El convento estaba tan cerca de donde vivíamos, que desde nuestra Ermita se divisaba la punta de su campanario. La iglesia era un conocido lugar de peregrinaje, y el camino que a ella conducía atravesaba unas dulces praderas en las que los viejos árboles florecían de un modo tan magnífico que apenas se distinguía una hoja verde entre la blancura de sus copas. A primera hora de la mañana los jardines y los huertos, que refrescaba la brisa del lago, estaban desiertos, y la fuerza que vivía en las plantas era tan grande que perfumaba todo el aire, y penetraba tan sutilmente en el espíritu, que uno creía atravesar unos jardines encantados. Bien pronto vimos, sobre una colina y dominando un gran horizonte, el claustro y la iglesia, construida según un alegre estilo arquitectónico. Desde lejos oímos el sonido de un órgano que acompañaba el cántico que los peregrinos entonaban en honor a la venerada imagen.

Así que el portero nos hubo acompañado a través de la iglesia, fuimos a postrarnos ante la milagrosa imagen. Vimos una gran imagen de mujer sentada sobre un trono de nubes y cuyos pies descansaban, como sobre un taburete, sobre una delgada luna, en la que se veía un rostro que miraba hacia la tierra. Así, bajo el aspecto del poder que reina sobre lo efímero, aquella divinidad se nos apareció como la ordenadora y dispensadora de todas las cosas.

Una vez en el claustro nos recibió el Circulátor, quien nos acompañó a la biblioteca, cuya vigilancia corría a cargo del padre Lampros. Allí era donde el padre Lampros acostumbraba a pasar las horas destinadas al trabajo, y allí fue donde, más tarde, entre los grandes infolios, pasamos largas horas de conversación con él. La primera vez que franqueamos el umbral vimos al padre, que acababa de llegar del jardín del claustro, en medio de la silenciosa sala, con un gladiolo en la mano. Todavía iba tocado

con el gran sombrero de castor, y sobre su blanco manteo se reflejaban las luces que caían desde las altas vidrieras de la galería.

Encontramos en el padre Lampros a un hombre que podía contar unos cincuenta años, de talla mediana y miembros bien proporcionados. Al verlo de más cerca nos sobrecogió una especie de miedo, pues las manos y el rostro de aquel monje se nos antojaron un tanto extraños e inquietantes. Parecían, si me atrevo a decirlo, pertenecer a un cadáver, y resultaba difícil creer que en ellos discurriera la sangre y la vida. Estaban como formados de blanda cera, y la mímica del rostro parecía asomar lentamente a la superficie del mismo, de manera que más que un movimiento de rasgos semejaba reflejarse en él una pálida luz. El padre Lampros producía una extraña impresión estática, y cuando durante la conversación levantaba la mano, cosa que hacía con alguna frecuencia, semejaba un dibujo. Sin embargo, aquel cuerpo no dejaba de mostrar una delicada ligereza, que parecía haber entrado en él como un soplo que acabara de animar a una marioneta. Con todo, empero, el padre Lampros no dejaba de tener cierto aspecto de alegría.

Al saludarle y para hacer un cumplido a la imagen santa, hermano Othón le dijo que en ella encontraban reunidas bajo una forma superior las gracias de Fortuna y de Vesta, al oír lo cual el monje inclinó la cabeza con un gesto cortés y luego la volvió a alzar al tiempo que nos sonreía. Pareció que después de haber reflexionado un instante, aceptara aquellas palabras como si fueran una ofrenda propia de peregrinos.

A través de aquél y otros muchos rasgos evitaba la controversia, y su silencio obraba de un modo más poderoso que la palabra. Y lo mismo hacía con las cuestiones que se referían a la ciencia, en la que era considerado como una eminencia, y evitaba tomar parte en las luchas de las distintas escuelas. Su principio era que toda teoría referente a la historia natural era una

contribución a la génesis, pues el espíritu del hombre concibe de nuevo la creación en cada una de sus edades, y que en cada interpretación anida tanta verdad como en la hoja que se marchita poco antes de morir. Por esta razón se llamó a sí mismo *Phyllobius*, que significa «Hoja entre las hojas», mostrando así una sorprendente mezcla de modestia y orgullo, característicos en él.

El hecho de que el padre Lampros no gustara contradecir a su interlocutor era un signo más de su extremada educación, que en él alcanzaba un gran refinamiento. Y como siempre resultaba él el superior, hacía como si aceptara las palabras de su interlocutor y se las restituyera luego, confirmándolas en un sentido más elevado. Y fue así como respondió al saludo de hermano Othón. Y esta manera de ser no solamente revelaba la bondad que el religioso sabe ganar a lo largo de los años y mejorar como suele mejorarse un buen vino con el tiempo, sino que también revelaba la cortesía que se cultiva en las mansiones patricias y cuyo uso se convierte a veces en una segunda y más sutil naturaleza. Y también revelaba cierto orgullo, pues el espíritu acostumbrado a dominar posee un juicio firme sobre el que descansan las opiniones. Se decía que el padre Lampros era oriundo de una antigua casa de Burgundia; pero jamás hablaba de su pasado. De sus años mundanos había conservado un anillo de sello en cuya roja cornalina había grabada un ala de grifo, bajo la cual campeaba una leyenda que decía: «Espero en paz». Y en estas palabras también se advertían los dos polos de su ser: la modestia y el orgullo.

Bien pronto comenzamos a hacer frecuentes visitas al claustro de la Falcifera, y frecuentemente nos entreteníamos en el jardín, que estaba poblado de flores, o en la biblioteca. Nuestra pequeña flora se enriqueció en seguida considerablemente, pues el padre Lampros herborizaba desde tiempo atrás en la Marina, y nosotros jamás nos despedíamos de él sin llevarnos un buen legajo

de datos de su herbario, datos que habían sido anotados por su propia mano y cada uno de los cuales era una pequeña obra maestra.

Nuestras conversaciones con él nos ayudaron mucho en nuestros estudios sobre el eje del crecimiento vegetal, pues siempre es de gran importancia para un proyecto el poder debatir todos sus aspectos de una manera lúcida y penetrante. En este aspecto, teníamos la impresión de que el padre Lampros, de una manera natural y sin la menor vanidad de autor, tomaba parte activa en nuestra obra. No solamente poseía un vasto conocimiento acerca de muchos fenómenos, sino que también sabía suscitar estos instantes privilegiados en los que el sentido de nuestro trabajo parecía iluminarse de pronto.

Cierta mañana nos acompañó hacia un declive del jardín que los jardineros del convento habían escardado, y nos hizo detener ante un lugar en que se veía un gran paño de color rojo extendido sobre el suelo. Nos dijo que creía haber salvado del escardillo una planta digna de alegrar nuestros ojos; pero cuando hubo alzado el trapo no vimos más que un joven brote de esta especie de llantén al que Linneo dio el nombre de mayor y que se encuentra en muchísimos senderos.

Pero cuando, para observarla con más detención, nos inclinamos sobre ella, vimos que había brotado con una regularidad poco común y un vigor nada corriente. Su círculo formaba una verde circunferencia subdividida por hojas ovaladas, que daban una forma dentada a la misma, y cuyo centro de crecimiento se destacaba limpiamente en medio de ellas. La encarnadura de la figura producía una profunda impresión de frescor y delicadeza, y su espiritual simetría le daba el aspecto de algo indestructible. Al verla nos estremecimos y sentimos cuán profundamente unidos anidan en nosotros la delicia de vivir y la delicia de morir. Al incorporarnos, nuestras miradas tropezaron con el rostro del

padre Lampros. El padre nos acababa de hacer la confidencia de un misterio. Y nuestro agradecimiento por el favor que nos acababa de hacer fue muy grande, tanto más cuanto el padre Lampros gozaba de gran consideración entre los católicos, muchos de los cuales iban a él movidos por la esperanza de encontrar consejo y consuelo a sus tribulaciones. Y no solamente era querido entre los católicos, sino que también era estimado entre aquellos que únicamente creían en los doce dioses y entre aquellos otros que venían del norte, donde, en las grandes salas y en los cercados bosques sagrados, se veneran los ases de la baraja. Y a todos ellos, cuando se acercaban a él, procuraba el padre consuelo, aunque no de manera sacerdotal. Hermano Othón, que conocía muchas clases de templos y de misterios, decía a menudo que lo más maravilloso de aquel espíritu era el modo con que había podido aliar tal grado de conocimientos con la estricta observancia de la regla. Hermano Othón pensaba que el dogma va emparejado con la espiritualidad, a la que sigue en su progresivo afinamiento como un ropaje tejido con oro y púrpura que con el tiempo va ganando una secreta calidad, hasta que poco a poco su dibujo acaba por esfumarse en la luz.

Confidente de todas las fuerzas que actuaban en la Marina, los acontecimientos que se sucedían no tenían ningún secreto para el padre Lampros. Él era quien, sin duda alguna, veía aquel juego con más claridad que nadie, por lo cual nos sorprendió que su existencia monacal no variara lo más mínimo. Más bien parecía que todo su ser se iluminaba de una alegría más pura y más fuerte a medida que el peligro se iba aproximando.

Muchas veces, en nuestra Ermita, sentados ante el fuego, en el que ardían haces de sarmientos, hablábamos de él, pues en las épocas inquietas tales espíritus acostumbran a dominar como altas torres sobre las generaciones que los rodean. Con frecuencia nos preguntamos si el mal le parecía ya demasiado avanzado

para poderlo atajar, o si su modestia y su orgullo le impedían mezclarse, de palabra o con la acción, en la lucha. Pero hermano Othón veía claramente el conjunto de la situación cuando decía que para tales naturalezas la destrucción no tiene nada de terrorífico, y que ellas han sido creadas para atravesar las llamas de la misma manera que se traspone la puerta de la casa paterna. El padre Lampros, que vivía como en un sueño tras los muros del convento, era seguramente el único que tenía una noción exacta de la realidad.

Sea como fuere, aunque el padre Lampros despreciara la seguridad para sí mismo, el caso es que siempre mostró un gran interés por nosotros. A veces recibíamos una esquela, firmada con el nombre de Phyllobius, en la que nos invitaba a realizar una excursión a tal o cual lugar donde acababa de abrirse una flor extraña. Y en tales ocasiones sabíamos que el padre Lampros deseaba vernos en un lugar apartado, y obrábamos en consecuencia. Sin duda procedía de tal forma, porque muchas cosas se las comunicaban por escrito, en papeles lacrados con sellos inviolables. Nos percatamos de que, cuando no estábamos en la Ermita, sus mensajeros no entregaban las cartas a Lampusa, sino a Erio.

XV

Cuando la marea de la destrucción comenzó a subir hacia los acantilados de mármol, despertó en nosotros el recuerdo de nuestra época mauritánica y sopesamos las posibilidades de la fuerza. Los distintos poderes de la Marina estaban todavía tan equilibrados que unas fuerzas mínimas podían hacer inclinar la balanza hacia uno u otro lado, pues mientras las ligas de los clanes se destrozaban mutuamente y en tanto que la posición de Biedenhorn y de sus mercenarios continuara siendo dudosa, el Gran Guardabosque no disponía más que de un reducido personal. De acuerdo con Belovar y su clan, pensamos perseguir de noche a los cazadores y colgar en las encrucijadas el lacerado cadáver de todos aquellos que cayeran en nuestras redes, para de esta manera hablar a los bergantes de los pueblos un lenguaje que pudieran entender. Estos proyectos causaron al viejo tal delicia que, como en el juego amoroso, hizo que su machete saltara de la vaina, y nos apremió a preparar los arpones y a poner a dieta a los perros hasta que el olor a sangre les hiciera arrastrar la roja lengua por el suelo. Y entonces también nosotros sentimos como la fuerza del instinto nos atravesaba como si fuera un relámpago.

Sin embargo, cuando en la biblioteca herbario examinamos la situación más a fondo, determinamos no resistir más que por la fuerza del espíritu. Después de Alta-Plana creímos haber averiguado que existen armas más fuertes que aquellas que cortan y atraviesan. Pero a veces volvíamos como niños a aquel mundo

primitivo en el que el miedo es algo todopoderoso. Entonces todavía ignorábamos el inmenso poder del que el hombre es depositario.

A este respecto, nos fue de gran provecho el trato con el padre Lampros. Sin duda, nuestro impulso hubiera sido tomar una resolución de acuerdo con el espíritu que nos animaba cuando regresamos a la Marina, y en tal circunstancia de nuestra vida la ayuda de un tercero nos fue muy necesaria. La vecindad del buen maestro nos hace ver cuál es en realidad nuestra profunda voluntad y nos hace capaces de ser nosotros mismos. Por esto la imagen del noble modelo tiene semejante vida en nuestro corazón, y en ella presentimos todo aquello que nosotros somos capaces de realizar.

Entonces comenzó para nosotros una época extraña en la Marina. Mientras el crimen prosperaba en el país lo mismo que crece el moho en el bosque podrido, nos absorbimos profundamente, cada vez más, en el misterio de las flores, y sus cálices nos parecían más grandes y más radiantes que nunca. Pero sobre todo proseguíamos nuestros estudios sobre el lenguaje, pues en la palabra reconocíamos la espada mágica cuyo brillo hace palidecer el poder de los tiranos. Palabra, espíritu y libertad son tres aspectos y una misma y sola cosa.

Debo decir que nuestro trabajo dio sus frutos. Más de una mañana nos despertamos llenos de contento, gustando en nuestra lengua este sabor que el hombre conoce en los momentos de máxima salud. Entonces no nos costaba ningún esfuerzo el encontrar un nombre a las cosas, y nos movíamos por las habitaciones de la Ermita como si éstas hubieran tenido un oculto poder magnético. Presas de una especie de embriaguez, en un sutil vértigo, recorríamos las estancias y el jardín, y de vez en cuando depositábamos las papeletas sobre la chimenea.

Tales días, cuando el sol estaba en su cénit, gustábamos escalar la cresta de los acantilados de mármol. Caminábamos entre los oscuros jeroglíficos de las víboras y subíamos los peldaños de la escalera rocosa, que brillaban a la luz del día. Una vez sobre la más alta arista de los acantilados, que brillaba de un modo cegador y hasta muy lejos a la luz del mediodía, contemplábamos largamente el paisaje, y en cada repliegue, en cada linde, buscaban nuestras miradas los signos de aquello que habría de sanar al país. Y entonces era como si unas escamas cayeran de nuestros ojos y pudiéramos ver de verdad, y aprehendíamos aquella realidad, que vivía como las cosas en los poemas, en todo su imperecedero esplendor. Y entonces, llenos de alegría, comprendíamos que la destrucción siempre permanece extraña a los elementos, y que sobre la superficie de éstos únicamente se deslizan unos fantasmas de niebla, que no resisten la acción del sol. Y presentíamos: si nosotros vivimos en celdas indestructibles, saldremos de cada aniquilación de la misma manera que se sale por las puertas de una sala de fiestas para entrar en seguida en otras salas resplandecientes.

Con frecuencia, mientras estábamos en la cúspide de los acantilados de mármol, nos decía hermano Othón que el sentido mismo de la vida estribaba en recomenzar la creación en lo perecedero, como el niño repite en su juego el trabajo del padre. Lo que en definitiva daba sentido a la siembra y la fecundación, a la construcción y al orden que imponemos a la imagen y al poema, es que en ellos, como en tantos otros espejos hechos de un frágil cristal de mil colores, se refleja la gran obra.

XVI

Recordamos con orgullo nuestros días de valentía. Pero no debemos silenciar aquellos otros en que nos dominaron las potencias inferiores. La destrucción se nos aparece en las horas de debilidad bajo una forma terrible, como esas imágenes que se ven en los templos de los dioses de la venganza.

Más de una alba gris nos sorprendió errando por la Ermita, o tristemente sentados en un rincón del herbario o de la biblioteca. Entonces acostumbrábamos a cerrar los postigos y a leer, a la luz de una lámpara, las amarillentas hojas y los papeles que muchas veces nos habían acompañado en nuestros viajes. Releíamos viejas cartas y, con objeto de fortalecer nuestro ánimo, repasábamos los acreditados libros en los que unos corazones convertidos en polvo desde siglos atrás nos comunicaban su calor.

En tales días, dominados como estábamos por la nostalgia, también cerrábamos las puertas que daban al jardín, pues el perfume de las flores era demasiado fuerte para nuestros sentidos. Llegada la tarde, enviábamos a Erio a la cocina de las rocas para que Lampusa le entregara un cántaro del vino obtenido el año del cometa.

Luego, mientras los haces de sarmientos ardían en la chimenea, siguiendo una costumbre que habíamos aprendido en Bretaña, traíamos las ánforas de perfume. A medida que las estaciones nos los proporcionaban, solíamos recoger los pétalos de las flores y, después de haberlos puesto a secar, los prensábamos en las altas y panzudas vasijas. Una vez llegado el invierno, cuando

levantábamos la tapa de las vasijas, los mil colores de los pétalos habían palidecido y al marchitarse éstos habían adquirido una calidad de seda y un color de lívida púrpura. Y de aquel despojo, que recordaba a un bancal de resedas o a una rosalera, se elevaba un maravilloso perfume.

Para aquellas melancólicas fiestas encendíamos pesadas velas de cera pura, que nos había regalado, al despedirse de nosotros, el caballero Deodat, de Provenza, que tiempo atrás había caído en el salvaje Taurus. Bañados en la claridad de las velas, evocábamos al noble amigo y recordábamos las tardes que habíamos pasado hablando con él sobre la alta muralla de Rhodas, mientras el sol se ponía en el horizonte sin nubes del Egeo. En seguida de haber desaparecido, un ligero airecillo subía hacia la ciudad desde el puerto, donde estaban ancladas las galeras. El perfume de las rosas se confundía entonces con el aroma de las higueras, y la esencia de los lejanos bosques y prados se fundía en la brisa marinera. Pero, dominándolo todo, de los fosos de la muralla, junto a la cual, en un otero de color ocre, florecía la camomila, ascendía un profundó, exquisito olor.

Y con él llegaban las últimas abejas que, cargadas de polen y camino de sus colmenas de los jardines, se iban parando en las hendiduras de las murallas y en las brechas de las troneras. Y mientras nos deteníamos en la Puerta d'Amboise, su zumbido nos había llegado a entretener tanto que, al despedirse un día de nosotros, Deodat nos había obsequiado con un fardo de cera, «para que no olvidáramos el dorado zumbido de la isla de las Rosas». Y, ciertamente, al arder, las mechas de los cirios despedían un delicado aroma que nos hacía soñar en las especias y las flores de los jardines sarracenos.

Así, levantábamos nuestros vasos en honor de los viejos y lejanos amigos y de los países de este mundo. Bien es verdad que a todos nos sobrecoge la angustia cuando soplan vientos de muer-

te. Y cuando tal sucede comemos y bebemos soportando al mismo tiempo los días en que todavía nos será permitido sentarnos de nuevo a la mesa. Pues la tierra es hermosa.

También nos atormentaba una idea propia de quienes trabajan en una obra del espíritu. Habíamos consagrado algunos años al estudio de las plantas, no ahorrando en ello esfuerzo ni molestias. Con sumo agrado, además, habíamos sacrificado en ello parte de nuestra herencia paterna. Había llegado la hora de recoger los primeros frutos. Además, estaban las cartas, los escritos, las colecciones y los herbarios, los dietarios de los años de guerra y de viajes, y sobre todo los materiales referentes al lenguaje, que habíamos ido coleccionando como si se tratara de mil pequeñas piedras de un bien diseñado mosaico. Únicamente habíamos publicado una pequeña parte de aquellos manuscritos, pues hermano Othón sostenía que componer música para sordos es un mal oficio. Vivíamos en tiempos en que el autor está condenado a la soledad. Y, sin embargo, pese a tal circunstancia, nos hubiera agradado ver algunas páginas impresas, y ello no por razones de gloria, que entre las formas de la ilusión cuenta lo que un instante, sino porque lo impreso lleva el sello de lo inmutable, cuyo aspecto incluso alegra el corazón del solitario. Pues nuestra marcha es más cómoda y soportable cuando todo queda en orden.

Cuando la suerte de nuestros escritos nos procuraba tal ansiedad, muchas veces pensábamos en la sonriente serenidad de Phyllobius. Nuestra existencia, ligada al mundo, era muy diferente a la suya. A nosotros nos parecía algo muy difícil el tenernos que separar de las obras entre las que vivíamos y en las que se hincaban nuestras raíces. Para consolarnos, sin embargo, poseíamos el espejo de Nigromontanus, cuya contemplación, cuando tales sentimientos embargaban nuestro ánimo, siempre nos serenaba. El espejo me lo había regalado mi viejo maestro, y sus propieda-

des eran tales que en un momento podía concentrar los rayos solares sobre un punto en el que inmediatamente se producía un gran fuego. Las cosas que, tocadas por aquel ardor, se incendiaban, entraban en la eternidad de una manera que, según Nigromontanus, no podía compararse ni a la más fina destilación. Nigromontanus había aprendido aquel arte en los conventos del lejano Oriente, donde los tesoros de los difuntos son destruidos por las llamas, a fin de que puedan entrar en la eternidad en compañía de éstos. Mi maestro decía que todo aquello que fuera quemado con la ayuda de aquel espejo se hallaría mucho mejor conservado en el reino de lo invisible que tras unas puertas acorazadas, pues todo ello sería transportado al reino que está más allá de la destrucción por una llama que no despedía humo ni estaba sujeta a la vil incandescencia. Nigromontanus llamaba a esto la seguridad en la nada, y nosotros resolvimos conjurarlo cuando llegara la hora del aniquilamiento.

Así, pues, el espejo tenía para nosotros el valor de una llave que nos diera acceso a las altas moradas, y algunos atardeceres abríamos con precaución el estuche azul en que lo guardábamos y nuestras miradas se recreaban en su brillo. La límpida superficie de su disco de cristal de roca, enmarcado en un anillo de electrón, brillaba a la luz de los cirios. Sobre la montura, Nigromontanus había grabado en rimas solares una sentencia digna de su audacia:

Y teniendo la tierra que estallar como una bala de cañón,

Nuestra emigración es fuego y blanca ascua.

En el reverso del espejo, en caracteres minúsculos y en escritura pali, figuraban los nombres de tres viudas de reyes que cuando la ceremonia funeraria penetraron cantando en la hoguera provocada por los brahmanes con la ayuda de aquel espejo. Junto al espejo había una pequeña lámpara, igualmente talla-

da en cristal de roca, que llevaba el signo de Vesta. Su misión era conservar la fuerza del fuego en las horas de la puesta de sol, o en las ocasiones en que convenía obrar con rapidez. Fue con la ayuda de esta lámpara y no mediante unas antorchas con lo que cerca de Olimpia se encendió la hoguera en la que, para ganar el éter y ante una inmensa muchedumbre, se precipitó Peregrinus Proteus, a quien luego se llamó Phoenix. El mundo sólo conoce a aquel hombre y su hazaña a través de la falaz caricatura de Luciano.

En toda arma excelente descansa una mágica virtud, y ante su sola presencia ya sentimos como acrecen nuestras fuerzas. Así nos ocurría a nosotros con el espejo de Nigromontanus: su brillo nos decía que no pereceríamos completamente y que lo mejor de nosotros era inaccesible a las potencias inferiores. Así nuestras fuerzas superiores hallan siempre un asilo donde descansar y ser invulnerables, como lo son las águilas en el cristalino castillo de los cielos.

Cierto que el padre Lampros sonreía al decir que también existen sarcófagos para el espíritu. La hora del aniquilamiento era, al contrario, la hora de la Vida. Así, claro está, podía hablar un sacerdote que se sentía atraído por la muerte como por lejanos caracteres sobre cuyos torbellinos se posa el arco iris. Pero nosotros estábamos en la plenitud de la vida y sentíamos gran necesidad de aferramos a los signos que los ojos del cuerpo distinguen con claridad.

XVII

Observamos que en los días brumosos, cuando el país perdía su alegre faz, la nostalgia se apoderaba de nosotros. Los vapores de niebla salían del bosque como de maléficos calderos y flotaban en espesos bancos sobre la Campaña. Luego se elevaban a lo largo de los acantilados de mármol, y al llegar el día, sus perezosas riadas descendían sobre el valle, que muy pronto desaparecía, hundido en el blancor hasta la punta de sus campanarios.

Cuando hacía este tiempo, el poder de nuestra vista se sentía frustrado e intuíamos que la desgracia se escurría por el país como bajo un espeso manto. Así, hacíamos bien en pasar el día bebiendo junto a la lámpara, y, sin embargo, algo nos empujaba muchas veces a salir de la Ermita. No solamente nos parecía que los gusanos de fuego se agitaban afuera en busca de su sustento, sino que el país había cambiado su forma como si la realidad se hubiera encogido. Por ello, algunos días de bruma también decidimos salir de excursión para ir a visitar, sobre todo, los grandes pastos. En cada una de tales ocasiones nos proponíamos encontrar una determinada hierba; y siempre, si así puedo decirlo, tratábamos de permanecer aferrados a la admirable obra de Linneo, que se levanta como una torre de vigía desde la cual, y con una sola mirada, el espíritu abarca las zonas de salvaje vegetación. En este sentido, tal o cual minúscula planta que acabábamos de coger nos proporcionaba muchas veces una gran luz.

A todo ello se añadía una cosa que yo quisiera calificar de vergonzosa, y es que nosotros no considerábamos como a adversa-

rios a la ralea de los bosques. Nosotros —así lo habíamos decidido— éramos cazadores de plantas y no de hombres en pie de guerra, y por lo tanto debíamos evitar la baja maldad del mismo modo que uno se aparta de las tierras pantanosas y de las bestias salvajes. Así, no reconocimos el libre arbitrio al pueblo de los lemures. Pues esa clase de pobres jamás tienen el derecho de hacer la ley y mucho menos si a causa de ella podemos perder de vista nuestra verdad.

Tales días, los peldaños de la escalera que discurre por los acantilados de mármol estaban húmedos a causa de la niebla, y ráfagas de aire frío empujaban masas de vapor. Aunque muchas cosas habían cambiado en los pastos, los viejos senderos continuaban siéndonos familiares. Los senderos pasaban cerca de las ruinas de las ricas alquerías que ahora estaban como empapadas de un olor a fuego apagado. En las ruinas de las alquerías se veían los blanqueados esqueletos del ganado, así como sus pezuñas y sus cuernos, y la cadena, todavía colgando, alrededor del cuello de los animales. En los patios interiores se amontonaba el mobiliario, tal como había quedado tras la acción del fuego, después de haber sido arrojado, en medio del pillaje, por las ventanas. La cuna rota se hallaba entre la silla y la mesa, y las ortigas verdeaban alrededor de todo ello. Raras veces encontramos desperdigadas bandas de pastores, los cuales solían conducir un ganado tan escaso como ruin. Los cadáveres putrefactos que yacían en los prados fueron causa de epidemias y provocaron la muerte de mucho ganado. No hay nadie para quien no sea funesta la decadencia del orden. Tras una hora de marcha llegamos a la alquería de Belovar, la sola que hacía recordar los tiempos antiguos, pues era la única que, en el verde prado, se levantaba intacta y rica en ganado. Aquello se debía a que Belovar era a la vez pastor libre y jefe de clan, y a que, desde el principio de las revueltas, había defendido de tal manera sus bienes de la ca-

nalla errante, que desde tiempo atrás ningún cazador ni ningún «gusano de fuego» no se atrevía a merodear ni de lejos por sus parajes. Y él, por su parte, todo lo que podía abatir en el campo y entre las matas lo cargaba a cuenta de sus buenas obras y no le hacía el honor de marcar una nueva incisión en su puñal. Por otra parte, cuidaba de que todo animal muerto en sus tierras fuera profundamente enterrado y recubierto de cal, a fin de que el aire empestado no se propagara. Así, pues, ocurría que para llegar a su casa se tenía que pasar entre una gran manada de ganado vacuno, compuesta por animales de color rojizo o marcado con grandes manchas, y que su casa y sus graneros habían conservado un aspecto de bien visible prosperidad. Y los pequeños dioses que vigilaban los límites de sus tierras nos dispensaban un alegre recibimiento, luciendo unas ofrendas siempre renovadas.

Ocurre a veces en la guerra que un fuerte avanzado permanece intacto, a pesar de que la ciudadela haya caído tiempo atrás. La granja del viejo, pues, nos ofrecía una especie de punto de apoyo. Allí podíamos rehacer nuestras fuerzas con toda tranquilidad y conversar con él, mientras Milina, su joven esposa, nos preparaba en la cocina vino con azafrán y ponía en el fuego una sartén llena de dulces hechos con mantequilla. La madre del viejo, que contaba cerca de cien años, iba y venía por la casa y los patios estirada como un cirio. A nosotros nos gustaba conversar con la abuela, pues sabía muchos nombres de hierbas y conocía proverbios cuya fuerza hacía coagular la sangre. Y al despedirnos, antes de proseguir nuestro camino, dejábamos que su vieja mano nos palpara.

El viejo siempre quería acompañarnos, pero nosotros no aceptábamos con agrado su compañía. Parecía que su vecindad atraía sobre nosotros la ralea que habitaba en los poblados del bosque, la cual se agitaba como los perros cuando olfatean la

presencia del lobo. Así, pues, no pretendíamos ser descorteses con el viejo, pero debíamos tener presente ciertas circunstancias. Íbamos sin armas y sin servidores, y únicamente nos cubríamos con ligeros abrigos de color gris plateado, para así pasar inadvertidos entre la bruma. Caminábamos con prudencia, tanteando el terreno, y marchando a través de charcos, lugares pantanosos y cañaverales, nos dirigíamos hacia «Los Cuernos» y las lindes del bosque.

Al salir de los pastos no tardábamos en advertir las señales que denotaban la cercanía de la violencia y de su creciente amenaza. La niebla erraba entre los sotos y el viento silbaba entre los cañaverales. Sí; incluso el suelo que pisábamos nos parecía extraño y desconocido. Pero lo más inquietante de todo era la falla de nuestra memoria. El país, entonces, no era más que un conjunto de engañosas apariencias, y se convertía en algo parecido a los campos que se ven en los sueños. Había lugares que todavía reconocíamos con certeza, pero junto a ellos, parecidas a islas que acabaran de surgir del mar, aparecían zonas nuevas y enigmáticas. Necesitábamos de todas nuestras fuerzas para establecer una topografía justa y verdadera. Por esto hacíamos bien en evitar las aventuras que tanto gustaban al viejo Belovar.

Tal era nuestro modo de caminar, y a veces nos entreteníamos largas horas entre los pantanos y los cañaverales. Si no describo con detalles nuestra labor es debido a que, en verdad, nos ocupábamos en cosas que están más allá del lenguaje y que se zafan al poder de las palabras. Sin embargo, cada uno de nosotros recuerda que su espíritu, tanto si estuviera absorbido por el sueño como por profundas meditaciones, se esforzaba en avanzar por regiones inefables. Era algo así como si hubiera ido buscando a tientas su camino por un laberinto, o hubiera deseado ver los dibujos encerrados en un acertijo. Y a veces se despertaba dotado de un extraño vigor. Y en tales circunstancias es cuando se hace

lo mejor de nuestro trabajo. Nos parecía que, en el combate que sosteníamos, el lenguaje era algo insuficiente, pero debíamos penetrar hasta el fondo del sueño para poder afrontar la amenaza.

La verdad es que cuando nos deteníamos en aquella soledad, entre los pantanos y los cañaverales, la empresa se nos aparecía como un juego sutil en el que cada jugada provoca una inmediata réplica. La bruma se elevaba formando un vapor cada vez más denso, pero en nuestro interior también crecía la fuerza que sabe imponer el orden.

XVIII

En ninguna de aquellas marchas, sin embargo, descuidábamos las flores, pues ellas nos indicaban la dirección a seguir, como la brújula muestra el camino a través de los mares desconocidos. Así sucedió aquel día que penetramos en el interior del «Cuerno de Curtidores», y del que más tarde debíamos acordarnos con horror. Por la mañana, cuando vimos que las nieblas surgían de los bosques y llegaban hasta los acantilados de mármol, determinamos ir en busca de la roja silva, y después del desayuno, preparado por Lampusa, nos pusimos en marcha. El silvano rojo es una flor que crece solitaria en los bosques y en las espesuras y que también se llama rubra, nombre que, para distinguirla de dos especies más pálidas, le dio Linneo; pero la rubra es más difícil de encontrar que sus dos variantes. Dado que esta planta crece allí donde los sotos son poco espesos, hermano Othón creyó que debíamos buscarla cerca de la dehesa, nombre que, debido a una antigua tala, los pastores daban a un claro del bosque que se encontraba allí donde la hoz del Cuerno de Filler hace avanzar la linde del bosque.

Al mediodía estábamos en casa del viejo Belovar; pero no aceptamos ningún alimento, pues sabíamos que nos haría falta toda la fuerza de nuestro espíritu. Nos cubrimos con nuestros abrigos de color gris plateado y, tras que la abuela nos hubo palpado sin que nosotros opusiéramos ninguna resistencia, el viejo, ya tranquilizado, nos dejó marchar.

Una vez franqueados los límites de sus dominios se levantó una niebla infernal, que en seguida borró todas las formas e hizo desaparecer hasta el más pequeño trazo de nuestro camino. Erramos dando vueltas y revueltas por los pantanos y la maleza, deteniéndonos a veces junto a los viejos sauces o al borde de oscuras charcas, donde crecían grandes juncos.

La habitual soledad de aquellos parajes pareció animarse, pues de vez en cuando oímos gritar entre la niebla y hasta creímos adivinar unas siluetas que se escurrían entre la bruma, cerca de nosotros, sin vernos. En aquella confusión, a no ser por la drosera, que no perdíamos de vista, no hubiéramos podido dar con el camino del Cuerno de Filler. Sabíamos que esta pequeña planta crecía en el cinturón de humedad que circundaba el bosque, y del mismo modo que se sigue el borde de un tapiz, seguíamos nosotros el continuado dibujo de sus verdes y lucientes hojas, adornadas de roja pelusilla. Así llegamos a los tres grandes álamos que, en los días despejados, marcan el extremo del Cuerno de Curtidores como tres lanzas apuntadas hacia el cielo. Partiendo de aquel lugar y guiándonos por la curva de la guadaña, llegamos a la linde del bosque, en el que nos adentramos por allí donde el Cuerno de Filler era más ancho.

Tras haber franqueado una tupida orla de acacias y de alcornoques, entramos en el oquedal, en cuyas profundidades jamás había resonado un golpe de hacha. Los viejos troncos, que eran el orgullo del Gran Guardabosque, se levantaban, brillantes a causa de la humedad, como columnas a las que la niebla hubiera ocultado los capiteles. Avanzamos entre ellos como a través de inmensos vestíbulos. Las lianas de hiedra y las clemátides en flor descendían de lo invisible y colgaban sobre nuestras cabezas como una fantástica tramoya. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de humus y de ramas podridas, sobre la cual habían brotado muchísimas setas de color rojo, y a nosotros se nos an-

tojó ser como esos nadadores que llegan hasta los jardines submarinos de coral. En los lugares donde algún tronco gigante había sido derribado por los años o por una centella, entrábamos en pequeños claros poblados de espesas mazorcas de digitales. Las belladonas también rozaban el suelo podrido, balanceando en sus ramitas los cálices de sus flores, de un color violeta oscuro, así como sus campanillas fúnebres. Reinaba una atmósfera tranquila y densa. Hicimos que algunos pájaros emprendieran el vuelo. También oímos el ligero susurro de la toma de agua que atravesaba la maleza, así como las inquietas llamadas que el inquieto zorzal hace en medio de su canto. El torcecuello desaparecía en el tronco hueco de los alisos, lanzando una especie de risa sofocada, y en las copas de las encinas, los mirlos dorados acompañaban nuestra marcha con sus súbitos cánticos, que sonaban como fantásticas risas. Y a lo lejos oíamos como se arrullaban las embriagadas palomas y como el pájaro carpintero golpeaba sobre la madera muerta.

Cuando de esta manera íbamos avanzando lentamente a lo largo de una pequeña colina, hermano Othón, que me precedía a poca distancia, me advirtió que el claro del bosque estaba ya muy cerca. Y fue en aquel instante cuando, entre la penumbra del rojo silvano, vi brillar la meta de nuestra marcha, y apretando alegremente el paso me acerqué a ella. Esta pequeña flor se parecía a un minúsculo pájaro anidado bajo las hojas de color cobrizo de las hayas. Vi las delgadas hojas y la purpúrea corola con la pálida punta del pétalo, cuya forma, tan característica, recordaba la del labio. El investigador ante quien surge una ínfima planta o un animal se siente invadido por una gran felicidad, como si la Naturaleza acabase de enriquecerlo con un precioso don. Al hacer tales descubrimientos, yo tenía por costumbre antes de ponerles la mano encima, de avisar al hermano Othón, a fin de que él compartiera mi alegría. Pero, en aquella ocasión, al

buscarle con la mirada, oí un gemido que me llenó de espanto. De aquella manera se escapa el aliento que lentamente expulsa el pecho, cuando se han recibido profundas heridas. Vi a hermano Othón inmóvil, como fascinado, y a poca distancia de mí, sobre la cumbre de una colina, y al precipitarme hacia él, elevó su mano, guiando mi mirada. Y entonces sentí como si unas garras se clavaran en mi corazón, pues ante mí se ofrecía en toda su ignominia el espectáculo de la opresión.

XIX

Estábamos tras un pequeño matorral cargado de bayas de un color rojo ardiente, y desde allí mirábamos hacia el claro de la dehesa. El tiempo había cambiado y ya no quedaba ninguna traza de las ráfagas de bruma que nos habían acompañado desde los acantilados de mármol. Las cosas, por el contrario, aparecían perfectamente claras, como situadas en el centro de un remolino, en el que el aire estuviera inmóvil y silencioso. Las voces de los pájaros también habían callado. Únicamente, en los oscuros aledaños del bosque, aquí y allá, se oía la repetida nota del cuclillo. Ora cerca, ora lejos, oíamos su cántico burlón e interrogador, lento al principio y en ton de triunfo después, que causaba una especie de estremecimiento en nuestra sangre.

El claro estaba cubierto de una hierba seca que únicamente hacia el fondo del mismo cedía a esa especie de cardos que a veces crecen entre los escombros. Sobre aquel árido paisaje se destacaban dos matorrales de sorprendente frescor, que al principio tomamos por laureles, pero cuyas hojas estaban salpicadas de manchas de color amarillento, como las que se ven sobre las mesas de los matarifes. Aquellos dos matorrales crecían a ambos lados de un viejo granero que, abierto de par en par, se levantaba junto al claro. La luz que lo iluminaba no era cegadora; pero sí ardiente y sin sombra, de manera que las líneas del edificio, que estaba enjalbegado, se destacaban con gran precisión. Los muros estaban divididos en tres secciones por unas vigas ennegrecidas que descansaban sobre sendos soportes, sobre los que se elevaba

un tejado de alfarjía terminado en punta. Apoyadas a las paredes se veían unas barras y unos ganchos.

Sobre la oscura puerta, en el remate angular de la misma, se había clavado un cráneo, que mostraba los dientes a la luz y que con su lívida mueca parecía invitar a trasponer el umbral. Como la cadenilla de una alhaja, el estrecho friso de la puerta, formado como de pardas arañas, enmarcaba el cráneo. En seguida, empero, nos percatamos de que aquel friso estaba hecho a base de manos humanas fijadas en la pared. Lo vimos con tal claridad que incluso distinguimos el pequeño clavo incrustado en cada una de las palmas.

También en los árboles que bordeaban el claro blanqueaban muchas cabezas de muertos, algunas de las cuales, cuyas órbitas estaban llenas de musgo, parecían observarnos con una oscura sonrisa. Todo estaba en silencio, excepto la loca danza sonora del cuclillo, que paseaba su cántico por aquel lugar donde blanqueaban las cabezas de muertos. Oí que hermano Othón murmuraba, como entre sueños: «Sí; esto es Köppels-Bleek».

El interior del granero estaba muy obscuro, de manera que, al situarnos junto a la entrada, únicamente pudimos ver una mesa de desollador sobre la que había una piel extendida. Más atrás, destacándose sobre el fondo de tinieblas, vimos unas masas pálidas y como esponjosas. Y vimos como hacia ellas volaban enjambres de moscas de color acerado o dorado, que parecían dirigirse hacia un colmenar. Luego la sombra de un gran pájaro apareció en el claro. Era la sombra de un buitre que, abriendo sus erizadas alas, se abatía sobre el campo de cadáveres. Al ver como el animal, hundiendo su pico hasta el rojo cuello, removía lentamente la tierra, advertimos que junto a él había un pequeño personaje que trabajaba con un azadón y al que el animal acompañaba en su quehacer, como el cuervo sigue a la carroña.

El pequeño personaje dejó el azadón sobre el suelo y, silbando una canción, se dirigió hacia el granero. Vestía una casaca gris, y vimos que se frotaba las manos, como si acabara de realizar un buen trabajo. Así que hubo entrado en el granero oímos golpear y raspar sobre la mesa de desollar, y también oímos cómo, con su fúnebre alegría, proseguía la cancioncilla. Luego oímos como el viento, cual si quisiera acompañarle, se agitaba entre el oquedal, haciendo que los blanquecinos cráneos suspendidos de los árboles chocaran entre sí. Y con el soplido del viento también se mezclaba el choque de los ganchos y el roce de las manos desecadas contra el muro del granero. Aquel ruido de huesos y de maderas hacía pensar en una representación de marionetas celebrada en el reino de la Muerte. Al mismo tiempo, el viento traía un penetrante, pesado y dulzón olor a descomposición, que nos hizo estremecer hasta la medula. Y entonces, en lo más hondo de nuestro ser, oímos como una melodía vital se alzaba desde la cuerda más grave y profunda.

Más tarde ni hubiéramos sabido decir cuánto tiempo estuvimos contemplando esta escena propia de otro mundo —que quizá duró un instante—. Luego, como si súbitamente hubiéramos despertado, nos cogimos las manos y rápidamente penetramos en el alto oquedad del Cuerno de Filler, seguidos por el canto burlón del cuclillo. Ya conocíamos, pues, la maléfica cocina de donde procedían las nieblas que se expandían sobre la Marina, y que el viejo, dado que nosotros no quisimos retirarnos, nos enseñó, con todo detalle. Estos son los sótanos sobre los cuales se levantan los orgullosos castillos de la tiranía y sobre los cuales se ve elevarse el incienso de sus fiestas: pestilentes y siniestras cavernas en las que, desde toda la eternidad, la gentuza repudiada por todo el mundo se deleita lúgubremente en mancillar la libertad y la dignidad humanas. Entonces se callan las musas y la verdad comienza a vacilar, como una antorcha en

medio de una mala ventolera. Y apenas levantadas las primeras nieblas, vemos ceder a los débiles, e incluso la casta de los guerreros se ve sobrecogida de dudas cuando la chusma sale de las profundidades y se lanza al asalto de los bastiones; pues en este mundo el valor guerrero se encuentra siempre en un segundo rango y únicamente los más grandes de entre nosotros son capaces de penetrar hasta lo más recóndito de la morada del miedo. Pues ellos saben que todas esas imágenes sólo viven en nuestro corazón, y avanzan entre ellas, como entre imaginados reflejos, hacia orgullosos arcos triunfales. Y así, gracias a la chusma, son magníficamente confirmados en su propia realidad.

Pero la danza de los muertos de Köppels-Bleek nos había aterrorizado. Estremecidos e inmóviles, en lo profundo del bosque, estuvimos escuchando la llamada del cuclillo. La vergüenza, empero, se amparó de nosotros, y hermano Othón exigió que volviéramos al claro, pues el rojo silvano no figuraba todavía en nuestro libro de hallazgos. Teníamos, en efecto, la costumbre de anotar en un carnet todas las plantas que encontrábamos, consignando además el sitio y la hora del descubrimiento; pues sabíamos por experiencia que el recuerdo deja escapar muchas cosas. Así, pues, podemos decir que nuestra pequeña flora de la Marina fue hecha sobre el terreno.

Sin volvemos a las llamadas del cuclillo, una vez más nos abrimos paso hasta la pequeña colina, y buscamos la pequeña planta entre el follaje. Después de haberla considerado de nuevo, valiéndose de la espátula, hermano Othón la arrancó del suelo, extrayendo toda su raíz. Luego, con el compás, medimos cada una de las partes de la planta y anotamos en el carnet, además de la fecha del hallazgo, las particularidades del sitio en el que habíamos hecho el descubrimiento. Al obrar así en los oficios que se nos han asignado, nosotros, los hombres, no hacemos más que cumplir una obligación y, sin embargo, es curioso ver cómo un

sentimiento de invulnerabilidad se ampara de nosotros en tales casos. Esta experiencia ya la habíamos hecho cuando las campañas, en las que el guerrero se aplica con cierto sentimiento de felicidad a los deberes prescritos por su estado cuando la vecindad de la muerte amenaza la integridad de su valentía. Y otro tanto ocurre con la ciencia, en la que muchas veces encontramos firme apoyo. Existe una gran fuerza en la mirada que se dirige hacia las cosas con plena conciencia de sí misma y limpia de toda bajeza que pueda oscurecerla. Esa mirada se nutre a su manera de la creación, y en ello estriba precisamente el poder de la ciencia. Aquel día sentimos hasta qué punto aquella flor, tan delicada en su forma y en su estructura, que eran inmerescibles, nos dio fuerzas para resistir el aliento de la descomposición.

Cuando luego, tras haber caminado por el alto oquedal volvimos a la linde del bosque, tal como ocurre algunos días de bruma, poco antes de ponerse, el sol salió unos instantes. Las arruinadas copas de los árboles gigantes se tiñeron de un brillo dorado y una brillante luz se extendió sobre el musgo que nosotros revolvíamos. Las llamadas del cuclillo habían cesado; pero unos ruiseñores se instalaron subrepticiamente en las más altas ramas de los árboles, y la voz de aquellos deliciosos cantores se expandió por el húmedo frescor de los aires. Las guirnaldas de madreselva despedían un profundo aroma, y los insectos se dirigían zumbando hacia los cálices amarillos de las flores. Vimos cómo se posaban dulcemente, temblando y como sumidos en un sueño voluptuoso, sobre el labio de los alargados cálices y cómo luego, por la trompa, estrecha y ligeramente curva, se precipitaron vibrando hacia las deliciosas profundidades de las flores.

Cuando, junto a los tres álamos, salimos del Cuerno de Filler, la estrecha hoz de la luna comenzaba a teñirse de un tono dorado y las estrellas se destacaban ya en el firmamento. Junto a los juncos de un pantano encontramos al viejo Belovar que, acom-

pañado de algunos servidores y perreros, iba siguiendo nuestro rastro. Cuando, mientras bebíamos su vino azafranado, le enseñamos la roja flor que habíamos encontrado cerca de Köppels-Bleek, se echó a reír; pero nosotros callamos y luego, al despedirnos de él, le rogamos que cuidara de su hermosa e intacta granja.

XX

Hay experiencias que nos obligan a hacer una íntima revisión de conceptos, y una de ellas fue la mirada que echamos al interior del granero de Köppels-Bleek. En primer lugar decidimos visitar al Padre Lampros; pero la desgracia debía de abatirse sobre nosotros antes de que pudiéramos ir al convento de la Falcifera.

Al día siguiente ordenamos cuidadosamente las fichas manuscritas en el herbario y en la biblioteca. Luego, al oscurecer, me senté un momento en el jardín, sobre el antepecho de la terraza, para gozar del perfume de las flores. El calor del sol bañaba los arriates, pero el primer frescor del herbaje de las riberas ascendía hacia el jardín, limpiando el olor a polvo de la atmósfera. Luego, el perfume de las flores lunares y el de los claros onagros descendió como una cascada por los acantilados de mármol hacia la Ermita. Y, dado que unos perfumes descienden y otros, en cambio, ascienden, un ligero y sutil aroma se abrió paso entre la densa atmósfera.

Seguí su marcha y, en la penumbra, vi que la gran azucena dorada de Cipango se había abierto. Todavía era lo suficiente claro para poder adivinar el trazo dorado, así como las oscuras manchas, cuyos magníficos dibujos destacaban sobre el blanco cáliz. En la clara cavidad de la flor se erguía el pistilo como un badajo, y alrededor de él se veían los seis pequeños estambres cubiertos de un negruzco polvillo parecido a un opio quintaesenciado que las mariposas no habían tocado todavía. Me incliné sobre ella y

vi que sus delicados filamentos temblaban como un instrumento musical de la Naturaleza: carillón que, en vez de notas, destilara un delicadísimo mosto. Siempre será un milagro el que estas tiernas creaciones de la vida estén animadas de una gran fuerza amorosa.

Mientras yo contemplaba la azucena, un rayo de luz azul relampagueó en el camino que discurría entre las viñas y se elevó luego como buscando el sendero entre los viñedos. Luego oí cómo un coche se detenía ante la Ermita. Aunque no esperábamos ninguna visita, me dirigí hacia la puerta por el senderillo de las víboras y ante ella vi un gran coche que zumbaba dulcemente, como un insecto que vibrara de manera casi imperceptible. El coche ostentaba los colores de la nobleza de la Nueva Burgundia, y ante él había dos hombres, uno de los cuales hizo el signo que los mauritanos suelen hacer para reconocerse en la oscuridad. Me dijo su nombre —Braquemart—, que yo recordaba, y luego me presentó a su compañero, el príncipe de Sunmyra, un gran señor perteneciente a una familia de la Nueva Burgundia.

Les rogué que entraran en la Ermita y les tendí la mano para guiarles. En la penumbra del atardecer, los tres nos dirigimos por el senderillo de las víboras, y pude observar que el príncipe no prestaba atención a aquellas bestias, mientras que Braquemart las evitaba sonriendo, pero poniendo en ello gran cuidado.

Entramos en la biblioteca, en la que encontramos a hermano Othón, y mientras Lampusa nos servía vino y dulces, iniciamos la conversación con nuestros huéspedes. Conocíamos a Braquemart desde antiguo, pero nuestros encuentros siempre habían sido breves, pues casi siempre estaba de viaje. Era bajo, delgado y cetrino; nosotros le encontrábamos algo grosero, pero no desprovisto de espíritu, como todos los mauritanos. Era de aquellos a quienes nosotros llamábamos cazadores de tigres, pues siempre se le veía mezclado en exóticas aventuras. Iba al peligro co-

mo quien, por gusto, avanza por un terreno montañoso surcado de profundas grietas. A Braquemart le disgustaban las llanuras. Poseía un alma enérgica, capaz de afrontar toda clase de adversidades, pero, desgraciadamente, a esta virtud iba unido un vivo sentimiento de desprecio. Como todos los fanáticos del poder y de la dominación, sus desenfrenados ensueños se mantenían siempre en los reinos de la utopía. Braquemart creía que desde los orígenes de la tierra existían en el mundo dos razas: la de los señores y la de los esclavos, que durante el curso de los tiempos se habían ido mezclando. A este respecto se tenía por discípulo del viejo Botafuegos y, siguiendo el ejemplo de éste, exigía la separación de las dos razas. Y también, al estilo de ese burdo teórico, Braquemart vivía de aquello que la ciencia tiene de menos intemporal, y practicaba la arqueología. No era lo suficientemente fino para comprender que nuestra azada exhumaba infaliblemente todo aquello que nuestro espíritu había encontrado con anterioridad, y al igual que otros antes que él, de esa manera, había descubierto la primitiva sede de la especie humana. Estuvimos presentes en una ocasión en que informó acerca de sus excavaciones, y le oímos contar cómo en un lejano desierto había dado con un extraño descubrimiento. Allí, en la inmensa llanura, se elevaban altos pedestales de pórfido, que habían sido perdonados por los efectos de la erosión y que se levantaban cual bastiones o islas rocosas. Braquemart había ascendido hasta aquel lugar y en lo alto de la meseta había descubierto las ruinas de unos palacios reales y de unos templos consagrados al sol, que, según él, databan de una época infinitamente remota. Después de haber descrito las proporciones y las características de los mismos, hizo una completa semblanza de aquel país. Nos habló de los pastos, cubiertos de gruesa hierba verde, extendidos hasta allí donde la vista podía alcanzar, en los que los pastores y los labradores vivían con sus rebaños, y sobre los cuales, domi-

nándolo todo, se hallaba el purpúreo esplendor de las ruinas de pórfido, nidos de águilas de los primitivos señores de aquel mundo. Y por los ríos desecados desde tiempos atrás hizo surcar las naves con puentes de color de púrpura, y nosotros vimos cómo, con un movimiento regular, parecido al de algunos insectos, centenares de remos se hundían en el agua, y oímos el sonido de los címbalos y los golpes de látigo que caían sobre la espalda de los desgraciados esclavos de las galeras. Esas imágenes eran muy apropiadas a Braquemart, quien pertenecía a la especie de soñadores concretos, que es muy peligrosa.

El príncipe nos parecía distraído y muy diferente de Braquemart. Apenas había cumplido los veinte años, y la severa y dolorosa expresión de su rostro, que en seguida nos llamó la atención, contrastaba de una manera extraña con su edad. Su talla era elevada y se mantenía profundamente curvado, como si se avergonzara de su alta estatura. No dio muestras de interesarse en nuestra conversación. Tuve la impresión de que en él confluían la extrema vejez y la primera juventud —la vejez de la raza y la juventud de su persona—. Así, la decadencia había dejado una profunda impronta en su ser. En él podían observarse los rasgos de una grandeza heredada, y también, al contrario, ese rasgo que la tierra imprime sobre toda herencia, pues la herencia es la riqueza de los muertos.

A mí no me sorprendió que la nobleza tomara parte durante aquella última fase de la lucha por la Marina, pues es en los corazones nobles donde los sufrimientos del pueblo hallan su eco más resonante. Cuando desaparece el sentimiento del derecho y del bien, cuando el miedo nubla los entendimientos, es cuando las fuerzas del hombre de la calle son fácilmente vencidas. Pero el sentido de lo que es verdadero y legítimo permanece despierto en la vieja aristocracia, y de ella brotan los nuevos retoños del

espíritu de equidad. Esta es la razón por la que todos los pueblos conceden una preeminencia a la nobleza de la sangre.

Pero yo había creído que un día surgirían unos hombres armados de los castillos y fortalezas, que serían los jefes caballerescos de la lucha por la libertad. Y en vez de ellos veía a aquel viejo prematuro, necesitado de apoyo, cuyo aspecto me hablaba del estado de decadencia a que habíamos llegado. Y, sin embargo, era algo admirable el que aquel indolente soñador se sintiera llamado a convertirse en protector —pues a veces se ve cómo los más débiles y los más puros asumen en este mundo las funciones propias del bronce.

Cerca de la puerta, antes de penetrar en la casa, presentí el porqué aquellos dos hombres habían venido con sus linternas sordas, y antes de que hubiéramos pronunciado una sola palabra, hermano Othón también pareció haberse percatado de ello. Braquemart nos rogó que le describiéramos la situación, cosa que hizo sin omitir detalle. A juzgar por el modo de escucharle, Braquemart parecía estar al corriente de todas las fuerzas en juego. Antes había estado hablando con Biedenhorn. Sólo el padre Lampros le era desconocido.

El príncipe continuaba en su actitud soñadora. Incluso la alusión a Köppels-Bleek, que pareció divertir a Blaquemart, resbaló sobre su espíritu; únicamente se enfureció cuando oyó hablar de la profanación del Eburnum. Luego, en líneas generales, hermano Othón le dejó entrever nuestra opinión acerca de los acontecimientos y le insinuó nuestro criterio respecto a la conducta que debíamos observar. Braquemart nos escuchaba de un modo cortés, pero con una ironía mal disimulada. En sus ojos se leía claramente que para él no éramos más que débiles ilusos, y que este juicio ya era inamovible. A veces se dan situaciones en las que cada uno considera al otro como a un soñador.

Puede parecer extraño que, en aquel asunto, Braquemart quisiera oponerse al viejo, cuando su modo de pensar y su manera de actuar representaban tantos puntos en común. Un error en el que muchas veces incurre nuestro espíritu es el de suponer que existe una estricta correlación entre los métodos y los objetivos tras los cuales sospechamos la existencia de una sola voluntad. Sus voluntades se diferenciaban en que el viejo quería poblar la Marina de bestias salvajes, mientras que Braquemart la consideraba como tierra de esclavos y como fuente de esclavos para los ejércitos. En lo fundamental, se trataba de un conflicto interior de los mauritanos, que aquí no puede explicarse detalladamente. Baste con decir que entre el nihilismo llevado hasta su último extremo y la anarquía sin freno, existe una profunda oposición. En este combate se trata de saber si la residencia de los hombres ha de convertirse en un desierto o en una selva virgen.

Por lo que a Braquemart concierne hay que decir que estaba profundamente marcado con los rasgos del último nihilismo. Le caracterizaba una inteligencia fría y sin raíces, así como una fuerte propensión a la utopía. A sus ojos, como a los de todos sus semejantes, la vida era un mecanismo de relojería, y consideraba que la violencia y el terror eran las fuerzas motrices del reloj de la vida. Al mismo tiempo se recreaba con la idea de una segunda y artificial naturaleza y se embriagaba con el perfume de las flores artificiales, así como con los placeres de una sensualidad intelectual. En su corazón, la creación había sido muerta y reconstruida luego como un juguete. Flores de hielo crecían en su frente. Al verle tenía uno que pensar en las profundas palabras de su maestro: «El desierto crece; ¡desgraciado de aquel que lleva en sí los desiertos!».

Y, sin embargo, nosotros no dejábamos de tener cierta simpatía por Braquemart, y ello no a causa de su corazón y su valentía, pues cuanto más cerca está el hombre del mineral, más se ami-

nora el mérito que proviene de la falta de miedo. Lo que nos inclinaba hacia su ser era más bien un sutil sufrimiento, la amargura del hombre que ha perdido la felicidad. Por eso trataba de vengarse del mundo como un chiquillo que en su vano enfurecimiento destruyera un parterre de mil flores, y, sin cuidar de sí mismo, con fría audacia, penetraba en los laberintos del espanto. Así, cuando hemos perdido el sentido de la patria, buscamos los mundos lejanos que nos ofrece la aventura.

Él quería que su pensamiento se dibujara según la realidad, y sostenía que el pensamiento debe poder mostrar dientes y garras. Pero sus teorías eran semejantes a un producto destilado que no hubiera conservado la verdadera fuerza vital; le faltaba el precioso ingrediente de lo superfluo, que da gusto a todos los manjares. Sus planes eran áridos, pero exentos de cualquier error de lógica. Y así, desaparecía la belleza del sonido de la campana por una invisible grieta. Ello era debido a que, en él, el poder vivía excesivamente en el pensamiento y demasiado poco en la grandeza y en la innata desenvoltura. Desde este punto de vista, el Gran Guardabosque le era superior, pues para éste el poder era como una vieja chaqueta de caza, tanto más cómoda cuanto más manchada de barro y sangre. Así, pues, yo tenía la impresión de que Braquemart estaba a punto de emprender una mala aventura, pues en tales casos los teóricos siempre han sido vencidos por los prácticos.

Es posible que Braquemart sintiera su debilidad frente al viejo, y que por esta razón se hubiera hecho acompañar por el joven príncipe. A nosotros nos pareció que éste vivía en un mundo completamente diferente; pero muchas veces se llevan a cabo extrañas alianzas. Es posible que el príncipe se sirviera de Braquemart como se utiliza una barca para una travesía. En aquel débil cuerpo vivía una poderosa inclinación hacia el sufrimiento, y como en sueños, casi sin pensar, pero sin jamás errar en lo

más mínimo, mantenía la dirección. Así, cuando la trompeta llama al asalto en el campo de batalla, los buenos guerreros, aunque moribundos, se arrastran sobre el suelo en que yacen.

Más tarde, hermano Othón y yo pensamos muchas veces en aquella conversación, presidida por una estrella funesta. El príncipe sólo dijo unas pocas palabras, y Braquemart desplegó una intolerante superioridad, a través de la cual se reconocía al técnico. Se notaba que en el fondo le divertían nuestras vacilaciones, y tras no haber querido perder una sola palabra en la explicación de sus planes nos interrogó acerca de la situación en los bosques y en los grandes pastos. Mostró gran superioridad acerca de las aventuras y el fin del adepto Fortunio. Dadas sus preguntas, nos percatamos que su intención era proseguir por aquel lado sus investigaciones y hasta quizá su acción, y presentimos que, como un mal médico, no hacía más que agravar la situación. Pues, al fin y al cabo, no era ninguna casualidad y ninguna aventura lo que había hecho surgir de la noche de los bosques al viejo con su pueblo de lemures. En otros tiempos se ajustaba las cuentas a aquella gentuza como a simples cacos. Y la confianza y seguridad en sí mismo que últimamente demostraba tener denotaba que se habían producido profundos cambios en el orden, en la salud y en la suerte del pueblo. En tales condiciones, se trataba de intervenir de una manera eficaz. Y por ello se hacía sentir la necesidad ordenadora y nuevos teólogos que con toda claridad vieran el mal desde sus apariencias exteriores hasta sus más profundas raíces. Solamente entonces sonaría la hora de golpear con la espada sagrada, como un relámpago que penetra en la oscuridad. Por esta razón cada hombre tenía el deber de sentirse unido a los demás de una manera más fuerte y más clara, y de trabajar en la obtención de un tesoro de legitimidad. Cuando se quiere ganar una carrera, por corta que ésta sea, se vive de una manera diferente a la habitual. Y aquí se trataba de

una alta vida, de la libertad y de la dignidad misma del hombre. Pero Braquemart, que deseaba pagar al viejo con su propia moneda, consideró que aquellos planes eran una fruslería. Había perdido el respeto a sí mismo, con lo que siempre da comienzo la desgracia entre los hombres.

Hasta casi al amanecer discutimos en vano. Las palabras no nos procuraron ningún acuerdo y los silencios fueron muy significativos. Los espíritus se encuentran antes de la decisión final, como los médicos junto a la cabecera del enfermo. Uno quisiera recurrir al cuchillo, otro desea proceder con miramientos y el tercero espera poder aplicar ciertos remedios particulares. Pero, ¿qué significan el criterio y la voluntad de los hombres cuando la pérdida de algo ya está escrita en los astros? Los jefes también deliberan la víspera de las batallas perdidas.

El príncipe y Braquemart tenían la intención de visitar aquella misma noche los grandes pastos, y al no aceptar nuestra compañía, les aconsejamos que visitaran al viejo Belovar. Luego les acompañamos hasta las escaleras de los acantilados de mármol. Nos despedimos de ellos de una forma protocolaria, tal como conviene hacer cuando el encuentro se ha celebrado sin calor y sin provecho alguno. A aquella despedida va unido, además, el recuerdo de una escena muda que me desconcertó. A la luz del amanecer, los hombres se detuvieron junto a los acantilados de mármol y, sin decir palabra, nos echaron una larga mirada. Ascendía el fresco del alba y era aquel momento durante el cual, por un instante, el ojo ve las cosas como desnudas, como debieron estar cuando su nacimiento, en su origen mismo, llenas de novedad y de misterio. Y así, de esta manera, vimos nosotros al príncipe y a Braquemart. Me pareció que Braquemart había dejado su aire irónico y sonreía de una manera humana. El joven príncipe, al contrario, se había enderezado y nos miraba con gran serenidad, como si supiera la solución de un enigma

que tuviera algo que ver con nosotros. El silencio duró largo rato; luego hermano Othón estrechó una vez más la mano del príncipe y se inclinó profundamente ante él.

Cuando los dos hombres hubieron desaparecido tras el borde de los acantilados de mármol, antes de acostarme, quise ver de nuevo la azucena dorada. Los delicados estambres ya habían sido rozados por unas alas, y lo hondo del cáliz, de un color verde y dorado, estaba manchado de un polvillo de púrpura. Sin duda había sido llevado por las grandes mariposas de noche en el vuelo nupcial de éstas.

Así, cada hora nos procuraba dulzor y amargura. Y mientras yo me inclinaba sobre los cálices cubiertos de rocío, al borde de los lejanos bosques sonó la primera llamada del cuclillo.

XXI

Sumidos en una profunda inquietud, con el coche abandonado ante nuestra puerta, pasamos la mañana. Mientras almorzábamos, Lampusa nos trajo un billete de Phyllobius, por el cual supimos que estaba al corriente de la visita de la noche anterior. Phyllobius nos rogaba que, con toda urgencia, hiciéramos que el príncipe fuera al monasterio. La desgracia quiso que Lampusa tardara en entregarnos aquel billete.

Al mediodía llegó el viejo Belovar, el cual nos dijo que el joven príncipe y Braquemart le habían visitado al despuntar el día. Nos refirió que, al tiempo que estudiaba un viejo pergamino iluminado, Braquemart le había hecho algunas preguntas sobre diferentes lugares del bosque. Luego se habían marchado los dos hombres y él había mandado seguirlos por algunos de sus ojeadores. Los dos hombres se habían hundido en el bosque por un lugar situado en el Cuerno de Filler y el bosquecillo del Toro Rojo.

La noticia hizo que nos dispusiéramos a esperar lo peor. Hubiéramos preferido que los dos hombres se hubieran ido, tal como se les había ofrecido, escoltados por algunos servidores e hijos del viejo. Nosotros conocíamos el principio de Braquemart, según el cual nada impone más que un hombre decidido cuando se adelanta solo, y nosotros le creíamos capaz de ir a buscar al viejo sanguinario en medio de la corte de éste y allí enfrentarse con él. Pero si tal hacían, indudablemente caerían en las redes de las potencias demoníacas, y entonces ya sospechamos que el ol-

vido de Lampusa iba ligado a las cuerdecillas de aquellas trampas. Pensamos entonces en el destino de Fortunio, que había sido un hombre de grandes cualidades y que, antes de hundirse en ellos, se había ocupado mucho de los bosques. Aquella era sin duda una tarjeta suya, que después de haber dado algunas vueltas había llegado a manos de Braquemart. Tras la muerte de Fortunio, durante mucho tiempo fuimos tras ella y finalmente nos enteramos que había caído en poder de unos buscadores de tesoros.

Los dos habían caído sin estar preparados para ello y sin la ayuda de una guía superior, como quien parte a la aventura en el peligro. Iban como si fueran medios hombres: allí Braquemart, el puro técnico de la fuerza, que sólo veía pequeños fragmentos de las cosas y nunca las raíces de las mismas, y aquí el príncipe Sunmaya, noble espíritu que captaba el conjunto de las cosas y las leyes generales de éstas, pero que semejaba a un niño que penetrara en un bosque en el que se oyera el aullido de los lobos. Nos parecía que el padre Lampros los hubiera podido cambiar e incluso completar uno al otro, como a veces ocurre en los misterios. En un billete le pusimos al corriente de la situación y, sin pérdida de tiempo, enviamos a Erio al convento de la Falcifera.

Desde la aparición del príncipe y de Braquemart nos sentíamos inquietos, pero creíamos ver las cosas con más claridad que antes de la llegada de éstos. Teníamos la sensación de que ellos aceleraban la crisis final y de que iba a ser preciso nadar como los nadadores que a través de un estrecho camino intentan salvarse de un remolino. Creíamos que había llegado la hora de preparar el espejo de Nigromontanus, y quisimos aprovechar los últimos rayos del sol para encender con él la llama. Subimos a la galería y, según el rito, encendimos la lámpara con el fuego del cielo y el disco de cristal. Con inmensa alegría vimos inclinarse

la llama azul y luego encerramos el espejo y la lámpara en la hornacina, junto a los lares.

Apenas habíamos terminado de cambiarnos los trajes cuando Erio llegó con la respuesta del monje. Había encontrado al padre rezando, el cual, sin antes haber leído nuestro billete, le había entregado una carta. Así se reciben órdenes que desde tiempo atrás están preparadas y selladas.

Vimos que por primera vez el mensaje estaba firmado con el nombre de Lampros, junto al cual aparecían las armas de éste con la leyenda: «Aguardo en paz». Y, también por primera vez, no se trataba de plantas. En pocas palabras el Padre me rogaba que fuese en busca del príncipe y velara por él, y me suplicaba que no saliera sin ir convenientemente armado.

Era preciso, pues, que nos equipáramos a toda prisa, y yo, mientras cruzaba unas rápidas palabras con hermano Othón, me endosé la vieja y sólida chaqueta de caza, hecha a prueba de raspaduras. A decir verdad, por lo que a las armas se refería, en la Ermita estábamos mal provistos. Sobre la chimenea pendía uno de esos fusiles que se emplean para la caza del ánade, y que era de corto alcance. En algunos de nuestros viajes lo habíamos empleado para disparar contra los reptiles que poseen una piel dura y una vitalidad tenaz, y a los que el grueso plomo abatía con mucha más facilidad que el mejor disparo de carabina. Al acariciar el fusil con la mirada, en mi memoria se evocó el recuerdo del viento almizclado que, a través de las espesuras ribereñas, le llega al cazador que se acerca a los lugares por donde los caimanes salen de las aguas. Para las horas en que el agua y la tierra se confunden en la penumbra, habíamos puesto un grano de lata en el cañón. Aquel era el único útil de nuestra casa al que podíamos llamar un arma, y por ello la cogí, y hermano Othón me colgó la cartera de cuero, de cuya tapa colgaban unos nudos

corredizos para los pájaros abatidos y en cuyo interior había un cinturón para los cartuchos.

En tales prisas nuestra mano se agarra a lo primero que se le ofrece, y el padre Lampros me había aconsejado ir armado para así subrayar la libertad y la hostilidad, del mismo modo que se llevan flores cuando se va en calidad de amigo. La buena espada que yo había llevado cuando estaba entre los jinetes de púrpura estaba suspendida en la casa paterna, lejos, al norte; pero nunca la hubiera escogido para una expedición como aquella. Había brillado a pleno sol en los ardientes combates de caballería, cuando la tierra resuena bajo los cascos de los caballos y el pecho se ensancha de un modo glorioso. Había tirado de ella cuando avanzábamos mecidos en un suave galope que hacía tintinear las armas, primero de manera ligera y luego cada vez con más fuerza, y cuando el ojo elige al adversario entre el escuadrón enemigo. Había confiado en ella en aquellos momentos del combate cuerpo a cuerpo en que a través de la refriega uno ve la vasta llanura cubierta de flores y advierte la presencia de muchos caballos sin jinete. Más de una vez había golpeado sobre la guarnición de los espetones francos y sobre la empuñadura de los sables escoceses; pero algunas veces su punta también había sentido la muelle resistencia de la carne desnuda, en la que la hoja se hundía hasta encontrar la vida. Pero toda aquella gente, incluso los mismos hijos de razas bárbaras, eran seres nobles que por la patria ofrecían sus pechos al acero, y en un banquete hubiéramos podido levantar nuestros vasos por cada uno de ellos como si se tratara de hermanos nuestros. Los valientes de este mundo trazan en el combate las fronteras de la libertad, y las armas que uno ha blandido contra tales hombres no pueden ser empleadas contra los verdugos y los criados de verdugos. Interpreté como un buen augurio el que el muchacho me mirara con alegre tran-

quilidad. A toda prisa me despedí de hermano Othón y de Erio. Luego, acompañado del viejo pastor, me puse en marcha.

XXII

Al llegar a la gran dehesa de los pastos comenzaba a anochecer. Desde lejos nos percatamos de que en ella reinaba la inquietud: la llama de las antorchas iluminaba los establos, en los que, encerrado a toda prisa, mugía el ganado. Casi todos los pastores que encontramos iban armados, y por ellos nos enteramos que otros se habían quedado atrás, en las lejanas praderas de la Campaña, donde todavía se encontraba mucho ganado que había de ser puesto al abrigo. En la dehesa fuimos acogidos por Sombor, el primogénito del viejo, un gigante con barba roja, que empuñaba un látigo cuyas colas terminaban en sendas bolas de plomo. Nos dijo que la agitación había cundido hacia el mediodía por los bosques; se habían visto columnas de humo y se había oído un gran barullo. Luego, a lo largo de los matorrales y los pantanos que se extienden junto al Cuerno de Filler, surgieron bandas de cazadores, que se apoderaron de un rebaño que se encontraba en un prado algo apartado. Allí mismo en los pantanos, Sombor les había arrebatado parte del botín; pero a juzgar por las bandas de guardabosques que había visto, se debía esperar un contraataque de parte de éstos. Mientras tanto sus ojeadores habían descubierto en otros lugares, tales como en el bosquecillo del Toro Rojo, e incluso a nuestras espaldas, grupos de exploradores y algunos hombres aislados. Nuestra suerte había querido que llegáramos a la dehesa en el momento mismo en que íbamos a ser prendidos por ellos.

En tales circunstancias no podía esperar que Belovar me acompañara al interior de los bosques, y me parecía justo que ante todo se preocupara por sus bienes y por los suyos. Pero ello significaba conocer mal al viejo luchador y desconocer el celo que era capaz de desplegar por sus amigos. En seguida juró que sus casas, sus establos y sus graneros podían quemarse de punta a punta, pero que, en tal día, no permitiría que yo diera un solo paso sin su compañía, y acto seguido encareció a su hijo Sombor que cuidara de la dehesa. Al oír aquellas palabras, las mujeres, que ya comenzaban a sacar de la casa los objetos valiosos, se apresuraron a tocar madera y, gimiendo, nos rodearon. Luego, la abuela se acercó a nosotros y sus manos nos palparon de pies a cabeza. En mi espalda derecha sus dedos encontraron cierta resistencia, pero la segunda vez volvieron a deslizarse sobre el mismo sitio. Cuando tocó la frente de su hijo, quedó sobrecogida de terror, y su rostro se ensombreció. Y entonces la joven esposa se echó sobre el pecho del viejo y prorrumpió en una súplica desgarradora, como aquéllas que se oyen cuando las lamentaciones fúnebres.

Pero así que se trataba de enfrentarse con el enemigo, y cuando la primera embriaguez del combate le subía a la cabeza, el viejo se volvía insensible a las lágrimas de las mujeres. Extendiendo los brazos, se hizo un camino al igual que el nadador divide las olas. Y con voz sonora, llamándoles por sus nombres, invitó a sus hijos y seguidores a la batalla. Para él únicamente seleccionó un pequeño grupo de exploradores, y dejó todos los demás a las órdenes de su hijo Sombor, para la defensa de la alquería. Escogió a aquellos que en las luchas de clan ya habían matado a su hombre, y a quienes, cuando estaba de buen humor, llamaba sus pequeños gallos. Vinieron con coletos y capuchones de cuero, y provistos de ese heterogéneo armamento que generalmente se guarda desde tiempo inmemorial en los graneros de

las grandes dehesas. La luz de las antorchas nos mostró alabardas, masas de armas y pesados palos de los que colgaban afilados hierros, picas, ganchos para las murallas y toda clase de hierros. Con todo aquello, pensaba el viejo limpiar los bosques de la gentuza que en ellos habitaba.

Luego, unos mozos levantaron las puertas de las perreras, en las que las jaurías ladraban furiosamente —los esbeltos rastreadores y los potentes animales de presa—, mezclando sus agudos y roncos ladridos. Salieron de golpe, resoplando y gruñendo, marchando todos tras el gran sabueso «Leontodon». El perro corrió hacia Belovar y, lanzando amargos ladridos, pese a la gigantesca talla del viejo, le puso las patas delanteras sobre los hombros. Los mozos le dieron abundante bebida y vertieron sobre el suelo, para que la lamiera, un reguero de sangre recogida en el matadero.

Estas dos jaurías eran el orgullo del viejo, y en gran parte a ellas se debía agradecer el que la gentuza que habitaba en los poblados del bosque se hubiera mantenido durante aquellos dos últimos años en sus lugares. Para la más ligera de ellas había criado el veloz lebrel de las estepas, al que el libre árabe cede la mitad de su lecho y al que la mujer de éste deja beber en sus propios pechos. Sobre el cuerpo de aquellos lebreles cada músculo era tan visible como si un anatomista los hubiera puesto al desnudo, y el movimiento que en ellos habitaba era tan ardiente que incluso cuando las bestias dormían, un continuo estremecimiento recorría su cuerpo. De todos los corredores de esta tierra únicamente cierta especie de lince indio les aventajaba, y esto solamente lo conseguían en carreras cortas. Aquellos perros reducían la presa rompiéndole a ésta la espina dorsal y agarrotándola por la espalda. Entre ellos también había algunos rastreadores que agarraban a su víctima por el pescuezo y la sujetaban así hasta que llegaba el cazador.

Para su jauría pesada el viejo había criado al dogo moloso, una bestia espléndida, de color amarillo claro, cruzado de rayas negras. La extraordinaria valentía que caracteriza a esta raza de perros fue aumentada tras un cruzamiento con el dogo del Tibet, al que los romanos hacían luchar en el circo contra los uros y los leones. Ese cruzamiento se manifestaba sobre todo en la gran talla, el fiero aspecto y en la cola, que esos perros llevaban como un estandarte. Casi todos aquellos perros de presa ostentaban profundas cicatrices en su lomo, cicatrices que eran recuerdos de los golpes y arañazos recibidos durante las luchas contra los osos. Cuando el oso gigante sale de los bosques para avanzar por los prados, no debe alejarse mucho de la linde de aquéllos, pues los perros le atacan y le cercan y le descuartizan antes que los cazadores tengan tiempo de darles el golpe de gracia.

Las jaurías se agitaban, ladraban y gruñían en el patio interior, y en las rojas fauces de las bestias veíamos brillar las espantosas quijadas. Y a todo ello se unía el chisporroteo de las antorchas, el tintineo de las armas y las súplicas de las mujeres, que iban de aquí para allá como espantadas palomas. Era aquel un tumulto a propósito para agradar al viejo, que con la mano derecha se acariciaba la barba complacidamente, mientras que su mano izquierda hacía bailar el largo puñal, hundido en una vaina de color rojo. Suspendida de su puño por una correa, llevaba una pesada hacha de doble filo.

Al cabo de un rato, los criados, que llevaban unos guantes de cuero que les cubrían los brazos hasta el hombro, se lanzaron sobre los perros y los sujetaron por parejas con unos collares de color coralino. Con las antorchas apagadas franqueamos las puertas, y bien pronto dejamos detrás nuestro los límites de los pastos, dirigiéndonos hacia los bosques.

La luna se había levantado, y sumergido en su claridad me abandoné a aquellos pensamientos que suelen asaltarnos cuando nos aventuramos en lo incierto y desconocido. Despertaron en mí magníficos recuerdos de horas matutinas en que cabalgábamos a la vanguardia de nuestras columnas, mientras que detrás nuestro, en la frescor del alba, se elevaba el canto de los jóvenes caballeros. Entonces sentíamos latir solemnemente nuestro corazón, y todos los tesoros de la tierra hubiesen palidecido ante la alegría que nos esperaba en el glorioso rigor de la acción inminente. ¡Oh, qué diferencia entre aquellas horas lejanas y esta noche en la que, a la pálida claridad de la luna, veía brillar unas armas parecidas a garras y cuernos de algún monstruo! Nos hundimos en los bosques de lemures, en los que no reina ningún derecho ni ningún orden humano, y en los que seguramente no podría encontrarse gloria alguna. Y yo sentí la vanidad de toda gloria y de todo honor, mientras una gran tristeza se apoderaba de mí.

Sin embargo, para mí era algo consolador no ser, como la primera vez, cuando buscaba a Fortunio, el juguete de mágicas aventuras, sino el campeón de una empresa justa, llamado a la lucha por la alta causa del espíritu. Y resolví no abandonarme al miedo, ni tampoco al orgullo.

XXIII

Estando todavía cerca de la alquería, nuestra gente se dividió en dos grupos. Adelante enviamos a los exploradores, acompañados de sus perros, y el grueso de la tropa cerró la marcha con la jauría pesada. La luz de la luna era tan clara que uno hubiera podido leer, de manera que mientras estuvimos en los prados nos fue fácil no perder de vista a los diferentes grupos. A nuestra izquierda vimos los tres grandes álamos, que parecían enormes lanzas negras, y delante nuestro, la oscura masa del Cuerno de Filler, lo cual nos permitió seguir la dirección deseada, sin que ello nos costara ningún esfuerzo. Nos dirigimos hacia el arco que forma el Cuerno de Filler, allí donde éste se destaca del oquedal.

Mi sitio estaba junto al viejo vengador, al lado de la jauría ligera, y marchábamos sin perder de vista la cabeza de la tropa. Cuando la vanguardia alcanzó la cintura de alisos y de cañaverales que bordeaba el terreno pantanoso, vimos cómo los que abrían la marcha titubeaban y luego se metían por un boquete. Apenas hubieron desaparecido, oímos un ruido siniestro y sonoro, como el de una quijada de acero, y luego, en seguida, un grito de agonía. Los exploradores salieron precipitadamente del soto y refluyeron hacia el prado, y nosotros nos precipitamos hacia adelante para protegerles y enterarnos de lo que había sucedido. Vimos que el boquete por donde se habían metido los exploradores estaba lleno de hiniesta y de matorrales que llegaban hasta la altura de las rodillas. La luz de la luna inundaba aquel boque-

te, en cuyo centro se ofrecía un espectáculo siniestro. Uno de los jóvenes criados estaba suspendido cual un venado del grueso estribo de hierro de una trampa. Sus pies apenas rozaban el suelo, y la cabeza y los brazos, echados hacia atrás, colgaban sobre los matorrales. Corrimos hacia él y comprobamos que había caído en lo que el viejo llamaba atrapabobos, y que se trataba de pesadas trampas que mandaban colocar, disimuladas entre los arbustos, en los caminos frecuentados por los hombres. El afilado borde del estribo le había abierto el pecho, y a la primera mirada comprendimos que estaba perdido. Pero, uniendo nuestras fuerzas, tratamos de abrir el resorte para liberar el cadáver de la trampa. Y entonces descubrimos que el estribo estaba armado, al estilo de las mandíbulas del escualo, con agudos dientes de acero azul. Tras haber puesto el cadáver sobre el suelo, cerramos prudentemente las fauces de acero.

Posiblemente, unos ojeadores vigilaban junto a la trampa, y en efecto, cuando todavía permanecíamos inmóviles y silenciosos alrededor de aquella víctima de un arma innoble, oímos un rumor en el oquedal, y luego, en el silencio de la noche, se oyó una risa fuerte y burlona. Una agitación parecida a la que se provoca cuando se turba el sueño de las cornejas, se extendió entonces por el terreno pantanoso. La gente rompía el ramaje y se arrastraba sobre el suelo, y a lo largo de las oscuras zanjas, junto a las que el viejo había hecho construir pequeñas cabañas para la caza del pato silvestre, se oyó el roce de unos cuerpos. Al mismo tiempo, entre los pantanos sonaron silbidos y roncas voces, y fue como si todo un pueblo de ratas se hubiera desencadenado. Era evidente que la canalla se enardecía como acostumbraba hacerlo, entre el cieno de los arroyos y de los presidios, cuando está segura de tener el mayor número de su parte. Y la verdad era que, en efecto, parecía ser muy superior a nosotros, pues bien claramente oíamos las desvergonzadas canciones de los gremios

de maleantes, que tan pronto sonaban junto a nosotros como muy distanciadas. A dos pasos de nosotros gritaban los miembros de la banda de «La Picousière». Pataleaban en el cieno y croaban como ranas:

Catherine à le craque moisi,
Des seins pendants,
Des pieds de cochon,
La faridondaine[1].

Y entre los espesos matorrales de hiniesta, entre los cañaverales y entre los sauces, les replicaban sonoras voces. En medio de aquella confusión vimos unos fuegos fatuos que danzaban sobre los charcos, y los pájaros de los pantanos se echaron a volar, espantados.

Mientras tanto, el grueso de la tropa, que iba con la jauría pesada, había llegado hasta nosotros, y nos percatamos que muchos servidores estaban a punto de abandonarnos ante aquella fantasmagoría. Entonces, el viejo Belovar hizo oír su poderosa voz:

«¡Adelante, muchachos, adelante! Los canallas no se mantienen ya en su sitio. ¡Pero poned atención a las trampas!».

Y, sin volverse, emprendió la marcha hacia adelante, haciendo brillar a la luz de la luna el doble filo de su hacha. Y en seguida le siguieron los mozos, deseosos de caer sobre quienes ponían aquellas trampas. Al tiempo que de la mejor manera posible íbamos explorando el terreno, nos fuimos abriendo camino a través de los juncos y de los sotos. De esta manera buscamos los pasajes entre los estanques, sobre cuyos oscuros espejos brillaban las ninfeas, y avanzamos con cuidado entre los largos y secos cañaverales, en cuyas negras puntas crecía una especie de lanilla. Pronto oímos unas voces cercanas, y unas balas pasaron silbando y rozándonos las sienes. Los mozos de la jauría excitaron a

los perros, cuya piel se había erizado y cuyos ojos llameaban como ardientes carbones. Luego los pusimos en libertad y, gruñendo de alegría, los animales se precipitaron como pálidas flechas entre los matorrales.

El viejo no se había equivocado al predecir que la canalla no se arriesgaría a hacernos frente. Apenas hubimos soltado los perros oímos unos chillidos desgarradores que se alejaban, perdiéndose entre la espesura, y, tras ellos, los ladridos de la jauría que corría tras su rastro. Seguimos a paso de carga y vimos que más allá de la espesura se extendía una pequeña hornaguera, cuyo suelo era liso como el de una era. La canalla había tomado aquel camino y, en su carrera para salvar la vida, se dirigía hacia la próxima espesura. Pero únicamente la pudieron alcanzar aquellos que no fueron pillados por los sabuesos. Vimos a muchos sobre quienes caían los perros y a otros que les plantaron cara, y como pálidas llamas del reino de los condenados, los perros corrían y brincaban ferozmente a su alrededor. Muchos fugitivos habían caído aquí y allá y permanecían inmóviles sobre el suelo, pues los sabuesos los mantenían sujetos por el cuello.

Los mozos desataron luego la jauría pesada, y los bracos echaron a correr, ladrando en la noche. Vimos como de un solo golpe tiraban a su víctima al suelo y luego como, al tiempo que la descuartizaban, se la disputaban entre ellos. Los mozos les seguían y daban el golpe de gracia a los caídos. Y, como en el Infierno, no hubo piedad. Los mozos se inclinaban sobre los cuerpos inanimados y daban a los perros su parte de botín. Luego, tras grandes esfuerzos, volvieron a encadenar a las bestias.

Nosotros permanecíamos en la hornaguera, como en el umbral del inmenso bosque oscuro. El viejo Belovar estaba de buen humor y elogió a los mozos y a los perros y mandó distribuir aguardiente. Luego nos apremió para que continuáramos nuestro camino antes de que la canalla en fuga no hubiera alarmado

a todas las gentes del bosque, y a golpes de hacha mandó abrir una brecha en el espeso vallado de matorrales que bordeaban la hornaguera. No estábamos lejos del lugar por donde hermano Othón y yo habíamos penetrado para coger la flor roja. Decidimos atacar en dirección a Köppels-Bleek.

Bien pronto la brecha fue tan ancha como la puerta de una granja. Encendimos las antorchas y penetramos en el alto oquedal como por unas oscuras fauces.

XXIV

Cual rojas columnas, los troncos de los árboles brillaban a la luz de las antorchas, cuyo humo ascendía en delgados y verticales hilillos que al llegar a una gran altura se juntaban para formar una cúpula en el aire inmóvil. Avanzábamos formando un ancho frente que, ora se agrupaba para pasar entre los troncos abatidos, ora se volvía a ensanchar. Pero gracias a las antorchas nos veíamos unos a otros. Para no perder la pista, el viejo había hecho traer unos sacos de tiza, que hacía tirar detrás nuestro, de modo que nuestro camino quedara bien visible. De esta manera cuidaba de que, caso de no ir bien las cosas, pudiéramos escapar con facilidad.

Los perros corrieron en dirección a Köppels-Bleek, pues siempre se sentían atraídos por las emanaciones de los lugares infernales y los osarios. Guiados por ellos, avanzamos rápidamente y nos situamos en cabeza de los demás. Sólo de vez en cuando, batiendo pesadamente sus alas, un pájaro abandonaba su nido, oculto entre las ramas. Y los murciélagos volaban silenciosamente al claror de las antorchas.

Pronto creí reconocer la colina en la que se encontraba el calvero que ya conocíamos. La colina brillaba a la luz de un suave reflejo. Hicimos alto y de nuevo volvimos a oír unas voces, que esta vez, sin embargo, no sonaron con el mismo tono fanfarrón que antes, en la hornaguera. Parecía que algunos grupos de guardias forestales se aprestaban a la defensa de aquel lugar, y Belovar decidió barrerlos de la misma manera que antes había

hecho con los otros. Mandó colocar a los sabuesos en una sola línea, como para una carrera, y luego hizo que los soltaran en la noche, como claros proyectiles. Mientras que los animales se hundían en la espesura, oímos unos silbidos que sonaron a lo lejos, y luego un gran griterío, como si el mismo cazador salvaje hubiera salido a recibirles. Las bestias habían corrido directamente hacia la jauría de bracos que el Gran Guardabosque tenía sujeta con grandes cadenas.

Tiempo atrás, Fortunio me había contado cosas que parecían de fábula acerca de aquellas terribles bestias y de su furor y de su fuerza. En ellas, el Gran Guardabosque había continuado el cultivo del dogo de Cuba, que tiene una piel roja y lleva una máscara negra. En tiempos pasados, los españoles habían utilizado esos perros para despedazar a los indios, y luego los habían exportado a todos los países en los que había esclavos y guardianes de éstos. Con la ayuda de tales bestias se había vuelto a sujetar a los negros de Jamaica, tras haberse asegurado éstos la victoria con las armas, cuando una revolución. Dícese que el aspecto de tales perros es realmente espantoso, pues apenas los cazadores de esclavos hubieron puesto en libertad a las jaurías, los insurrectos, que no se habían arredrado ante el hierro y el fuego, volvieron inmediatamente a la sumisión.

El rey de la jauría roja era «Chiffon Rouge», predilecto del Gran Guardabosque, por ser descendiente en línea directa del braco «Becerillo», cuyo nombre está siniestramente ligado a la conquista de Cuba. Se dice que para regalar la vista de sus huéspedes, su dueño, el capitán Yago de Senazda, había hecho descuartizar por esta bestia a muchos indios cautivos. Muchas veces, en la historia humana, renacen momentos en que ésta parece deslizarse hacia el puro reino de lo demoníaco.

Ante aquellas llamadas espantosas nos percatamos de que nuestra jauría ligera estaría perdida antes de que le pudiéramos

enviar socorro. Y debió ser aniquilada con gran rapidez por ser de pura raza; es decir, por combatir hasta la muerte en vez de retroceder. Oímos como, tras los primeros ladridos, rechinaban los dientes de los perros rojos, cuyos aullidos se iban sofocando en la carne donde golosamente se hundían, al tiempo que los gemidos de los lebreles morían en un largo gemido.

El viejo Belovar, que veía como sus nobles bestias eran sacrificadas en un abrir y cerrar de ojos, comenzó a refunfuñar y a maldecir; pero no se atrevió a lanzar tras ellas a los molosos, pues éstos eran nuestra carta más valiosa en aquella incierta partida. Así, pues, ordenó a sus mozos que se prepararan, y éstos frotaron el pecho y el hocico de las bestias con aguardiente de beleño y luego les pusieron en el cuello el collar protector. Otros fijaron las antorchas sobre ramas muertas, a fin de que hubiera luz para el combate. Todo eso se hizo en un instante, y apenas hubimos tomado posición, la jauría roja cayó sobre nosotros como una tempestad. Les oímos avanzar a través del oscuro soto y en seguida les vimos aparecer en el círculo donde la llama de las antorchas esparcía su ardiente claror. «Chiffon Rouge» venía en cabeza, y en su cuello lucía un abanico de agudas púas. Tenía la cabeza inclinada y su lengua mojada de babas le pendía hacia el suelo; el fuego de sus ojos nos espiaba de un modo burlón. Desde lejos se veían brillar sus colmillos descubiertos, la pareja inferior de los cuales sobresalía, como dos armas, por el morro. A pesar de su volumen, el monstruo avanzaba dando ligeros saltos, en una especie de danza oblicua, como si a causa de su exceso de fuerza hubiera desdeñado venir directamente hacia nosotros. Y tras él, a la luz de las antorchas, marcada de rojo y negro, apareció toda la jauría.

Ante aquel espectáculo, se elevaron voces de espanto y se reclamó la ayuda de los molosos. Vi como el viejo Belovar miraba con inquietud a sus grandes perros; pero los fieros animales, la

mirada fijada derechamente y las orejas levantadas, tiraban de las traíllas en una intrépida actitud. Entonces, el viejo se echó a reír y dio la señal, y, como disparados de un bien tendido arco, los dogos amarillos volaron hacia la jauría roja. «Leontodon», que marchaba en cabeza, se abalanzó sobre «Chiffon Rouge».

Entonces, a la roja luz de las antorchas, bajo los árboles gigantes, estalló un aúllo de salvaje alegría, como el que hubiera podido lanzar una legión de demonios, y por todas partes se elevó una ardiente sed de sangre. Las bestias caían como oscuras masas sobre el suelo y se contraatacaban, y otras, al perseguirse, trazaban un gran círculo alrededor de donde nosotros resistíamos. Nosotros tratábamos de intervenir en la carnicería, cuyo estrépito llenaba los aires, pero resultaba muy difícil el dar con nuestras espadas o con nuestros proyectiles a los dogos rojos sin lastimar a los molosos. Únicamente allí donde la cacería se efectuaba junto a nosotros, como sobre una pista circular, podíamos apuntar a las fieras rojas y disparar contra ellas como quien dispara contra unos pájaros en vuelo. Entonces me percaté de lo bien que había hecho al traerme mi arma. Para colocar mi descarga, acechaba el momento en que bajo el grano de plata veía el negro antifaz, y entonces estaba seguro de que el disparo había de alcanzar a la bestia sin que ésta pudiera hacer ni un brinco más.

Pero también al otro lado, frente a nosotros, vimos unos fogonazos y adivinamos que, junto a la plaza en la cual corrían, también se disparaba contra los molosos. La escaramuza parecía a una persecución reduciéndose a una elipse con dos grandes centros de fuego; y la gran jauría se batía sobre el eje más corto. Durante el encuentro, grandes llamas fueron iluminando la pista, pues la maleza comenzó a arder allí donde las antorchas habían caído al suelo. En seguida se vio que los molosos eran superiores a los bracos, pero no a causa del vigor de sus dientes, sino por su

masa y su fuerza ofensiva. Pero los dogos rojos eran mayoría. Parecía como si nuevas parejas hubieran sido lanzadas a la lucha, pues a cada instante se hacía más difícil ayudar a los nuestros. Hay que decir que el braco, al que el Gran Guardabosque calificaba como el mejor animal de caza, había sido cuidadosamente amaestrado para la lucha contra el hombre. Al no ser los molosos suficientes, el cuidado de nuestra propia vida hizo que nuestra atención se apartara de la lucha sostenida por los animales. Ora de entre los oscuros matorrales, ora de entre el humo de las antorchas, de vez en cuando brincaba hacia nosotros una de las rojas bestias, y al punto éramos advertidos a grandes voces. Y entonces, cuando tal sucedía, sin pérdida de tiempo debíamos cuidar de darle muerte en el momento mismo en que la bestia se nos echaba encima —y más de una, al caer sobre su víctima fue traspasada por las picas de los mozos o por la silbadora hacha del viejo Belovar.

Pronto presentimos los primeros desmayos, y a mí me pareció que las llamadas de los mozos eran cada vez más apremiantes y más inquietas —en tales casos suena una nota casi imperceptible, como un gemido ahogado, que anuncia una desesperación que no ha de tardar—. Y en aquellas llamadas a las detonaciones de las armas de fuego y al chisporroteo de las llamas se mezclaban los aullidos de las jaurías. Y también oímos una fuerte y sonora risa entre la maleza, que nos anunció que el Gran Guardabosque estaba presente en el juego. Era aquella risa la explosión de la terrible jovialidad que le caracterizaba; el viejo todavía era uno de esos grandes señores, que experimentan una gran alegría cuando se les provoca. Y el espanto era su elemento.

Mi cabeza comenzaba a calentarse en aquella confusión, y sentí que la emoción me ganaba por momentos. Y entonces, como en muchas otras ocasiones parecidas, surgió en mi espíritu la imagen de mi viejo maestro de armas, van Kerkhoven. Aquel

hombre, un pequeño flamenco de barba roja, que me había enseñado la instrucción de la infantería, acostumbraba a decirme que un disparo bien hecho valía más que diez tirados precipitadamente al aire. Y me enseñó a mantener el índice estirado y a respirar con calma en los momentos del combate en que el pánico comienza a cundir, pues el más fuerte suele ser aquel que mejor ha respirado.

Así, ese Kerkhoven surgió en mis pensamientos, pues todo auténtico aprendizaje es cosa del espíritu, y la imagen de los buenos maestros os asiste siempre en los momentos de apuro. Y como otras veces en el norte, frente a los blancos, me detuve a respirar lentamente y en seguida sentí que mi vista se aclaraba a medida que mi pecho se aligeraba.

Lo peor de todo era que el humo nos velaba el campo de tiro, cuando precisamente el encuentro se volvía en contra nuestro. Los combatientes se encontraban, pues, aislados, y las cosas se hundían en lo indeterminado. Y los dogos rojos no cesaban de cercarnos cada vez más estrechamente. Vi que «Chiffon Rouge» pasaba varias veces cerca de donde yo estaba. Pero el ladino monstruo se ocultaba cada vez que me disponía a enfrentarme con él. Entonces sentí como una furia de cazador que se apoderaba de mí y el deseo de acabar con el dogo favorito del Gran Guardabosque hizo que, cuando vi que volvía a desaparecer tras el humo que fluía ante mí como un río, me lanzara en persecución de la fiera.

XXV

Aveces, entre la espesa humareda, me parecía ver cómo el monstruo surgía aquí y allá, cual una sombra; pero siempre aparecía con tal rapidez que nunca podía apuntarle exactamente. Y, mezcladas en aquel torbellino, se me aparecieron unas visiones fantasmagóricas, y finalmente quedé al acecho ante un caos. De pronto oí el crujido de unas ramas y súbitamente pensé que la bestia había podido dar una vuelta para atacarme por detrás. Para asegurar mi posición, hinqué la rodilla en tierra, alcé el fusil y me cubrí las espaldas con un zarzal. En tales circunstancias, nuestro ojo se fija en mil pequeñas cosas, y así reparé en una pequeña planta que florecía cerca de donde estaba arrodillado, entre unas hojas muertas, y en seguida reconocí en ella al silvano rojo. Pensé que me debía encontrar en el lugar donde antes había estado con hermano Othón, y por consiguiente en la cúspide de la colina, junto a Köppels-Bleek. En efecto, únicamente tuve que dar algunos pasos para alcanzar la pequeña cima redondeada que, como una isla, emergía entre el humo.

Desde aquel lugar vi una débil claridad que se extendía a Köppels-Bleek, pero al mismo tiempo mi mirada se sintió atraída hacia el interior del bosque, por un lugar donde brillaban las llamas. Allí vi, como si fuera un rojo dibujo afiligranado, un castillo con sus troneras y sus redondas torres, que era pasto de las llamas; y me acordé de que en la tarjeta de Fortunio se designaba a aquel lugar como la «residencia del sur». El incendio me hi-

zo pensar que el ataque del príncipe y de Braquemart debía haber llegado hasta la misma escalera del palacio.

Y, como siempre ocurre ante el espectáculo de acciones temerarias llevadas a buen puerto, una gran alegría inundó mi corazón. Pero en seguida me acordé de la triunfal risa del Gran Guardabosque, y mi mirada se volvió rápidamente para espiar lo que ocurría en Köppels-Bleek. Y allí vi cosas cuya infamante imagen me hizo palidecer.

Todavía ardía el fuego que iluminaba Köppels-Bleek, pero ahora se veía recubierto de una blanca capa de ceniza, que se extendía como una pequeña cúpula de plata. Su resplandor caía sobre la cabaña de descuartizamiento, que estaba abierta de par en par, y teñía de un vivo color rojo el cráneo clavado sobre el remate angular de la pared. En el interior de aquel horrible antro, sobre el suelo y junto a los fuegos, se veían unas señales que no quiero describir y que indicaban que los lemures habían celebrado otras de sus espantosas fiestas, cuyo reflejo todavía era bien visible. Nosotros, los hombres, contemplamos tales espectáculos con el aliento retenido y como a través de una estrecha grieta.

Únicamente quiero decir que entre todas aquellas viejas cabezas descarnadas mis ojos vieron dos nuevas testas clavadas en lo alto de sendos chuzos: la del príncipe y la de Braquemart. Desde lo alto de las aceradas puntas, de las que sobresalían grandes ganchos, parecían mirar cómo las brasas se iban cubriendo de pálidos fulgores. La cabellera del joven príncipe aparecía completamente blanca, pero sus rasgos habían ganado en nobleza y atestiguaban esa suprema, sublime belleza que únicamente nace del sufrimiento.

Sentí que ante aquel espectáculo, las lágrimas me subían a los ojos, y mis lágrimas eran de esas en las que un hermoso entusiasmo se mezcla a la tristeza. Sobre aquella pálida máscara, de

la que pendían retazos de piel, y que desde lo alto del chuzo contemplaba el fuego que moría a sus pies, había la sombra de una sonrisa en la que se fundía una alegría y un dolor supremos, y comprendí que el día de su martirio aquel hombre se había despojado paso a paso de su debilidad, como un rey disfrazado de mendigo que hubiera ido dejando caer los harapos al suelo. Un estremecimiento me sobrecogió al comprender que aquel hombre había sido digno de sus antepasados, vencedores de monstruos; pues en su corazón había matado al dragón Miedo. Si antes había dudado, ahora ya no quedaba traza de mis antiguas dudas: todavía existían entre nosotros seres nobles, en el corazón de los cuales vivía y crecía el conocimiento de un orden superior. Y dado que todo alto ejemplo nos invita a seguirle, ante aquella cabeza juré que para siempre más preferiría la soledad y la muerte entre hombres libres al triunfo entre los esclavos.

Los rasgos de Braquemart, por el contrario, aparecían como siempre habían sido. Desde lo alto de su chuzo contemplaba Köppels-Bleek, y su semblante tenía una ligera expresión irónica, en la que se fundía un leve gesto de hastío y la fingida tranquilidad del hombre que experimenta una violenta convulsión, pero mantiene el rostro en actitud imperturbable. No me hubiera sorprendido ver el habitual monóculo en aquel rostro. Su cabellera se conservaba negra y brillante; y adiviné que había podido ingerir a tiempo la píldora que cada mauretano lleva consigo. Se trata de una cápsula de vidrio coloreado, que generalmente suele guardarse en el interior de un anillo, y, en los momentos de peligro, en la boca. Una dentellada basta para romper la cápsula, que contiene un veneno de efectos fulminantes. Este es el proceder que en el lenguaje de los mauretanos se llama de tercera instancia, correspondiente al tercer grado de violencia, y que está en relación con la idea que esa sociedad se ha hecho de la dignidad del hombre. La dignidad de aquél que sufre baja violencia,

queda en entredicho, y se espera que cada mauretano esté siempre preparado para llamar a la muerte. Así, pues, ésta había sido la última aventura de Braquemart.

Durante largo rato, estupefacto y como fuera del tiempo, estuve contemplando aquel espectáculo. Caí en una especie de ensueño y olvidé la proximidad del peligro. Cuando nos sumimos en tal estado discurrimos como dormidos entre los peligros, y estamos como ciegos, pero muy cercanos al espíritu de las cosas. En tal estado penetré en el claro de Köppels-Bleek, y, como si las viera a través de una especial embriaguez, las cosas se perfilaron con claridad, pero no estaban fuera de mí. Todo me era familiar, como en el mágico país de la infancia, y los pálidos cráneos suspendidos alrededor mío me lanzaban miradas interrogadoras. Oí el canto de los proyectiles en el calvero —tanto el pesado zumbido de las ballestas, como el seco estampido de las carabinas—. Pasaban tan cerca de mí que me erizaban los cabellos de las sienes, pero yo les prestaba la misma atención que a una melodía propia para regular el ritmo de mis pasos.

De esta manera, a la claridad de las plateadas brasas, avancé hasta el abominable lugar e incliné la pica sobre la que estaba clavada la cabeza del príncipe. Con las dos manos arranqué la cabeza de la punta de hierro y la coloqué en la bolsa de cuero. Mientras que, arrodillado, llevaba a cabo tal tarea, sentí un violento golpe en la espalda. Debía haberme acertado algún proyectil, pero no experimenté ningún dolor y no vi que la sangre corriera sobre mi chaqueta de cuero. Únicamente el brazo derecho se me quedó paralizado. Como si hubiera despertado bruscamente, miré alrededor mío y luego, llevando el sublime trofeo, me hundí en el bosque. Había dejado el fusil allí donde crecía el silvano rojo; aunque en aquel momento no me hubiera sido de ninguna utilidad. Me apresuré hacia el lugar donde había dejado a los combatientes.

Reinaba el más profundo silencio, y las antorchas estaban apagadas. Únicamente allí donde las zarzas habían ardido se veía una claridad de brasas. Aquella claridad permitía al ojo adivinar los cadáveres de los combatientes y los perros muertos que yacían sobre el suelo oscuro, y unos y otros estaban mutilados y horriblemente despedazados. En medio de ellos, apoyado al pie de una vieja encina, estaba tendido Belovar. Su cabeza estaba abierta y la sangre había teñido su blanca barba. Junto a él, el hacha de doble filo también aparecía teñida de sangre, lo mismo que el largo puñal, al que todavía se aferraba su mano derecha. A sus pies yacía el fiel «Leontodón», cuya piel había sido destrozada por los disparos y los mordiscos, y que al morir lamía la mano de su dueño. El viejo había luchado valientemente, pues alrededor de él yacía un racimo de hombres y de perros. Había encontrado una muerte a medida en el torbellino de la terrible caza, en la que rojos cazadores hostigan a través de los bosques la roja caza mayor, y en la que la muerte y la voluptuosidad están profundamente unidas. Durante largo rato estuve mirando los ojos del amigo acostado en la muerte, y luego, con la mano izquierda, eché sobre su pecho un puñado de tierra. La gran Madre, en honor de la cual habían celebrado las salvajes fiestas que enardecen la sangre joven, está orgullosa de tales hijos.

XXVI

Para salir de la noche de los grandes bosques y encontrar de nuevo el camino de los prados, no tuve más que seguir los rastros que habíamos dejado al llegar, y pensativamente avancé a lo largo del blanco sendero.

Me pareció raro que durante la matanza mi sitio hubiera estado junto a los muertos, y en ello vi un símbolo. Todavía continuaba bajo el dominio del ensueño. Aquel estado no era enteramente nuevo para mí, pues ya lo había conocido al atardecer de ciertos días en que la muerte había estado cerca de mí. En tales ocasiones parece como si gracias a la fuerza del espíritu nos escapáramos un poco de nuestro cuerpo y, por decirlo así, camináramos junto a nuestra propia imagen.

Pero nunca como en aquel bosque había sentido de una manera tan aguda desenlazarse aquel hilo sutil. Mientras, soñador, avanzaba a lo largo de la blanca pista, veía el mundo como en el oscuro resplandor de un bosque de ébanos en el que se hubiesen reflejado figurillas de marfil. Así atravesé las marismas cercanas al Cuerno de Filler y salí luego a la campiña, no lejos de los tres grandes álamos.

Desde allí vi con espanto que el cielo estaba lleno de resplandores de incendios. Y en los prados reinaba una siniestra agitación, y unas sombras pasaban apresuradamente junto a mí. Quizá se encontraran entre ellas los mozos que habían escapado de la matanza; pero me abstuve de llamarles, pues muchos de ellos parecían estar embriagados de rabia. Vi que algunos blandían

teas, y oí hablar en el dialecto en que se expresan los de «La Picousière». Entre éstos vi unas bandas que cargadas de botín volvían a entrar en los bosques. El bosquecillo del Toro Rojo estaba intensamente iluminado; y allí los gritos de las mujeres se mezclaban con las risas de una francachela con la que se celebraba la victoria.

Sobrecogido por un siniestro presentimiento corrí hacia la alquería y desde lejos pude percatarme de que durante nuestra ausencia Sombor y los suyos también habían sucumbido al pueblo de los bosques. La rica colonia era pasto de las llamas, las cuales ya habían destruido los techos de las casas, así como los establos y las granjas, y alrededor de las brasas bailaban y gritaban los gusanos de fuego. El pillaje estaba en su cénit; habían partido las camas y las llenaban de botín como si fuesen sacos. También vi a unos grupos que se atracaban de los manjares encontrados en las despensas; habían hecho saltar la tapa de los toneles y empleaban sus sombreros para beber.

Los asesinos estaban hundidos en el vértigo de la borrachera, y esta circunstancia me fue particularmente favorable, pues gracias a ello pude circular entre ellos como un sonámbulo. Cegados por el fuego, el asesinato y la borrachera, aquellos hombres se agitaban como esas bestias que uno ve moverse al fondo de los mares oscuros. Pasaban junto a mí, y uno de ellos elevó con sus manos un fieltro lleno de aguardiente hacia mi rostro y, al negarme a beber con él, se largó profiriendo horribles blasfemias. Así pasé entre ellos sin ser molestado, como si hubiera estado dotado de la *vis calcandi supra scorpioni*.

Una vez hube abandonado los escombros de la alquería observé algo que todavía aumentó mi terror. Me pareció que la violencia del incendio iba menguando detrás mío, pero menguaba menos a causa de mi alejamiento debido a un nuevo y terrible resplandor que ante mí se elevaba hacia el cielo. Aquella parte de

los prados tampoco estaba desanimada. Vi el ganado disperso y los pastores que huían. Y oí cómo a los lejos ladraba la jauría roja, que parecía acercarse. Aceleré el paso y mientras me dirigía hacia el terrible círculo de llamas sentí cómo mi corazón se llenaba de angustia. Vi que los acantilados de mármol se levantaban oscuramente ante mí, como negros arrecifes sobre un mar de lava. Y mientras escuchaba el ladrido de los perros que sonaba detrás de mí, a toda prisa gané la abrupta cima, desde lo alto de la cual y en una sublime embriaguez, nuestras miradas se habían alimentado tantas veces de la belleza de aquella tierra, recubierta entonces con la purpúrea capa de la destrucción.

La magnitud del desastre estaba escrita en inmensas llamas, y en la lejanía, en las riberas de la Marina, las viejas casas, tan hermosas, brillaban en una ardiente ruina. Las casas lanzaban las llamas cual si fueran un gigantesco collar de rubís, y su imagen temblorosa nacía en las sombrías profundidades de las aguas. Ardían los pueblos, y las aldeas, y los orgullosos castillos, y los monasterios de los valles, y el incendio brotaba con ímpetu por doquier. Limpias de humo, las llamas se elevaban en el aire inmóvil como palmeras de oro, y sus copas despedían una lluvia de fuego. Muy altas, en la noche, sobre el chisporroteo, tocadas de una roja claridad, volaban bandadas de palomas y de garzas, que habían salido de los cañaverales. Y las aves describían grandes círculos hasta que su plumaje se abrasaba y entonces, cuando tal ocurría, caían en el incendio como ardientes harapos.

Ni un ruido llegaba hasta mí, y parecía que el espacio hubiera quedado sin aire. El espectáculo discurría en medio de un terrible silencio. No oí los sollozos de los niños, ni las quejas de las madres, ni el clamor de batalla de los miembros de los clanes, ni mugir el ganado, preso en los establos. De entre todos los terrores de la destrucción, sólo una dorada claridad llegaba hasta los acantilados de mármol. Así, para delicia de la mirada, en la be-

lleza de las cosas que se extinguen se fundían dos mundos tan distanciados uno de otro.

Ni tan siquiera oí el grito que se escapó de mis labios. Únicamente, en lo más profundo de mi ser, como si la llama también me hubiese devorado, oí el crepitar de aquel mundo en fuego. Aquel ligero crepitar fue todo lo que pude oír, mientras se desplomaban los escombros de los palacios y mientras que, en los almacenes del puerto, los sacos de cereales eran proyectados al aire y estallaban arrojando puñados de ceniza ardiente. Y, desgarrando la tierra, la gran puerta del Gallo saltó con sus reservas de pólvora. La pesada campana, que desde miles de años era el adorno de la atalaya y cuya voz había acompañado en la vida y en la muerte a innumerables seres, se tiñó de un rojo oscuro, luego se tornó blanca y finalmente fue proyectada lejos del campanario, aplastando a la torre en su caída. También vi cómo el frontón de los templos se teñía de rojas luminarias y cómo, desde lo alto de sus zócalos, empuñando la lanza y el escudo, los dioses se precipitaban desde lo alto y, sin hacer el menor ruido, caían en el enorme brasero. Ante aquel mar de fuego, por segunda vez y con más fuerza que antes, me hundí en una especie de pesado sopor. Y, como que en tal estado nos percatamos de varias cosas simultáneamente, oí la jauría y, tras ella, el ruido de la canalla que se acercaba sin parar. Los perros ya habían casi alcanzado el borde de los acantilados de mármol, cuando, a intervalos, oí el sordo ladrido de «Chiffon Rouge», que aullando acompañaba a su jauría. Pero en el estado en que me hallaba era incapaz de mover un pie, y sentí que los gritos se me detenían en los labios. Solamente al ver las bestias pude moverme de nuevo, pero el encantamiento subsistía. Me pareció descender en un suave vuelo las escaleras de los acantilados de mármol, y de un ligero salto salvé el seto que circundaba la Ermita. Detrás de mí,

formando una compacta manada, la salvaje caza desembocaba tempestuosamente sobre el estrecho sendero de rocas.

XXVII

Al saltar el seto caí sobre el blando suelo del arriate de lirios, y lleno de sorpresa vi que el jardín estaba bañado en una luz maravillosa. Las flores y los matorrales aparecían tocados de un brillo azul, como si estuvieran pintados sobre porcelana y luego hubieran sido animados con una palabra mágica.

Arriba, en el patio de la cocina, contemplando el incendio, estaban Erio y Lampusa. También vi a hermano Othón, que lucía las prendas de las grandes solemnidades y estaba en la galería de la Ermita; Othón miraba hacia la escalera de las rocas, donde en aquel momento, acompañada de los perros, confluía la gentuza como un impetuoso torrente. Cual una marea de ratas, las canalla atravesaba el seto, y unos puños golpearon la gran puerta del jardín. Entonces vi cómo hermano Othón sonreía al tiempo que, para examinarla, levantaba la lámpara de cristal de roca, en la que danzaba una pequeña llama azul. Parecía no darse cuenta de que, debido a los golpes de los hombres encargados de los perros, la puerta acababa de ceder y que la sombría banda, embriagada de alegría y precedida de «Chiffon Rouge», en cuyo cuello resplandecían los cuchillos del collar, invadía el cercado donde crecían las azucenas.

Viéndome en aquel apuro, elevé la voz para llamar a hermano Othón, que continuaba de pie en la galería, escuchando. Pero él pareció no verme, pues sin dirigirme la mirada, llevando la lámpara en alto, se volvió y entró en el herbario. Se comportó como un hermano mayor, pues en el momento mismo en que cundía

la destrucción quiso coronar la obra a la que habíamos dedicado nuestra vida, sin que a sus ojos tuviera importancia el peligro en que me hallaba.

Entonces llamé a Lampusa que, con el rostro iluminado por el resplandor de los fuegos, estaba ante la rocosa entrada de la cocina, y la vi echar una rápida mirada sobre el bullicio y, con los brazos cruzados, lanzar una risa atroz que descubrió su único diente. Entonces supe que no debía esperar piedad alguna. Mientras le di hijos a sus hijas y mi espada venció a los enemigos, fui siempre el bien venido; pero ella consideraba a todo vencedor como un buen yerno y despreciaba, por otra parte, al vencido.

Cuando «Chiffon Rouge» se preparaba para saltar, Erio vino a socorrerme. El chiquillo había cogido el plato de plata, que tras la comida de las serpientes había quedado en el patio, y lo golpeaba, no con la cuchara de madera de peral, como tenía por costumbre, sino con un tenedor de hierro. De esa manera arrancaba del plato un sonido parecido al de una risa, muy apropiado para helar a hombres y bestias. Noté cómo en las rendijas que había al pie de los acantilados de mármol se producía una especie de temblor, y luego oí cómo el aire se llenaba de un sutil y múltiple silbido. Un limpio brillo irrumpió en el azul resplandor del jardín y las víboras salieron relampagueando de sus grietas. Se arrastraron por los arriates cual brillantes vergajos de látigos, cuyas rápidas ondulaciones levantaban un remolino de pétalos. Luego, describiendo un círculo dorado sobre el suelo, se irguieron lentamente hasta alcanzar la altura de un hombre. Y estando en tal posición comenzaron a oscilar sus cabezas cual pesados péndulos, y sus dientes, prontos al ataque, lanzaron un brillo mortal, como estiletes de vidrio combado. Acompañaban esa danza con un silbido que desgarraba los aires y que era como el que produce el acero candente cuando se le enfría en el agua; y

del borde de los arriates se elevaba un suave ruido de cuernos golpeados, parecido al que hacen las bailarinas moras con las castañuelas.

Prisionera de aquel corro, la canalla de los bosques estaba petrificada de espanto, y los ojos parecían tenerles que salir de las órbitas. La «Grifona» se había erguido más alta que todas y con su claro escudo se balanceaba ante «Chiffon Rouge», junto al que daba vueltas, como jugando con sus ondulaciones. Temblando y con la piel erizada, la fiera seguía con su cuerpo los movimientos de aquella danza, y luego la «Grifona» pareció rozarle suavemente en la oreja, y el perro, sacudido por unas convulsiones de muerte, rodó por el arriate de las azucenas, desgarrándose la lengua con sus propios colmillos.

Aquello fue como una señal para el grupo de bailarinas, cuyos dorados anillos se lanzaron sobre la presa, a la que enlazaron tan estrechamente que los hombres y los perros parecieron estar cubiertos por un solo cuerpo revestido de escamas. Y pareció como si un solo grito de agonía se hubiera escapado de entre aquella tupida red, al que el veneno, cual una invisible cuchilla, estranguló en el acto. Luego se desató la redecilla y las serpientes volvieron despaciosamente a sus grietas.

De entre los arriates, cubiertos ya de oscuros cadáveres llenos de veneno, levante la mirada hacia Erio. Vi como, de la mano de Lampusa, que estaba llena de orgullo y de ternura, el chiquillo entraba en la cocina. Se volvió para sonreírme, y, con gran estrépito, la puerta se cerró tras ellos. Entonces sentí que la sangre comenzaba a circular de nuevo en mis venas y noté cómo se disipaba el sortilegio en el que hasta entonces había estado encadenado. Pude volver a mover mi mano derecha y corrí hacia la Ermita, pues sentía inquietud por hermano Othón.

XXVIII

Al atravesar la biblioteca vi que los libros y los pergaminos estaban cuidadosamente ordenados, tal como suelen colocarse cuando se está a punto de emprender un largo viaje. Sobre la mesa redonda de la gran sala se veían las imágenes de los lares, provistas de flores, libaciones y ofrendas de toda clase. También en aquella sala, iluminada con las altas velas del caballero Deodat, todo estaba dispuesto como para una fiesta. Y entre aquellos solemnes preparativos, me sentí feliz como si hubiera regresado a mi patria.

Mientras estaba contemplando su obra, hermano Othón salió del herbario, cuya puerta dejó abierta. Nos abrazamos y luego nos contamos nuestras aventuras, como antaño solíamos hacer en las pausas de los combates. Al decirle de qué manera había encontrado al joven príncipe y sacar mi trofeo de la bolsa de cuero, vi cómo se endurecían los rasgos de hermano Othón, y luego, al tiempo que las lágrimas surcaban sus mejillas, una extraña llama se encendió en sus ojos. Con el vino que se encontraba entre las ofrendas, lavamos aquella cabeza cubierta de sangre y sudor de agonía, y luego la enterramos en una de las grandes ánforas de perfume, en la que se marchitaban los pétalos de las azucenas blancas y de las rosas de Chiras. Al cabo de unos momentos, hermano Othón llenó dos copas de viejo vino, que nos bebimos después de haber derramado parte del mismo en señal de ofrecimiento, y acto seguido rompimos las copas echándolas contra las piedras de la chimenea. Así celebramos

nuestra despedida de la Ermita. Con el corazón entristecido abandonamos aquel lugar en el que la vida de nuestro espíritu y nuestra fraternal amistad nos habían abrigado como un cálido ropaje. Pero nuestro sino era emigrar de todos los lugares de esta tierra donde habíamos encontrado asilo.

Abandonamos nuestra casa, franqueamos la puerta del jardín y nos dirigimos hacia el puerto. En mis brazos llevaba el ánfora, y hermano Othón apretaba contra su pecho el espejo y la lámpara. Cuando llegamos al recodo donde el sendero se esconde en las colinas, antes de subir hacia el monasterio nos detuvimos un momento para contemplar nuestra antigua morada. La vimos a la sombra de los acantilados de mármol, con sus paredes blancas y su tejado de pizarra, sobre el que confusamente palpitaba el reflejo de lejanos incendios. La terraza y la galería corrían como dos oscuras cintas a lo largo de las claras paredes. Así se construían las casas en los hermosos valles en cuyos declives orientados hacia el sur vive nuestro pueblo.

De pronto, mientras contemplábamos la Ermita, se iluminaron sus ventanas y de la azotea surgió una llama que se elevó hasta el borde de los acantilados. Por su color, que era azul oscuro, se parecía a la pequeña llama de la lámpara de Nigromontanus, y su extremo estaba recortado como el cáliz de la genciana. Ante nuestros ojos, la cosecha de muchos años de trabajo era presa de los elementos, y, al tiempo que la casa, nuestra obra volvía al polvo. Pero en esta tierra no podemos confiar en terminar nada, y bienaventurado el hombre cuya voluntad no se consume enteramente en él doloroso esfuerzo. No se construye ninguna casa ni se traza ningún plan en el que su futura desaparición no figure como la piedra fundamental, y no es en nuestras obras donde vive lo que nosotros tenemos de imperecedero. Esta es la verdad que vimos en la llama, y, sin embargo, en su resplandor había algo de alegría. Llenos de nuevas fuerzas, avanza-

mos de nuevo por el sendero. Todavía era oscuro, pero el frescor del alba ya ascendía desde los viñedos y los pastos. Y a nuestro corazón le pareció que los fuegos del firmamento amenguaban algo su siniestra violencia, pues en ellos se fundía la aurora.

En la ladera vimos que el convento de María Lunaris también estaba envuelto en llamas. Las llamas se elevaban junto a la torre, y la veleta en forma de cuerno dorado parecía estar incandescente. La gran vidriera que había junto al altar de la santa imagen ya se había derrumbado, y en el vacío marco de la misma vimos al padre Lampros. A su espalda ardía como un horno abierto, y nosotros corrimos hasta el foso del monasterio para llamarle desde allí. Estaba de pie, revestido de sus ornamentos sacerdotales, y en su rostro vimos brillar una sonrisa desconocida, como si la antigua rigidez que su ceño tanto nos imponía se hubiera disipado con el ardor del fuego. Parecía escuchar y, sin embargo, no oyó nuestras llamadas. Entonces yo saqué del ánfora la cabeza del príncipe y la levanté con mi mano derecha. Al ver la cabeza nos estremecimos, pues la humedad del vino había atraído los pétalos de las rosas, de manera que toda ella tenía un tinte de oscuro color púrpura.

Pero al levantar yo aquella cabeza, otra imagen nos vino a conmover profundamente. Vimos cómo el rosetón, cuya redondez se mantenía intacta, se teñía de una luz verde, y el dibujo de la vidriera se nos antojó extrañamente familiar. Nos pareció que habíamos visto su modelo en el llantén que el padre Lampros nos había mostrado en el jardín del monasterio, y aquel espectáculo nos reveló la oculta razón de su existencia.

Al mostrarle yo la cabeza del príncipe, el padre volvió hacia nosotros su mirada, y lentamente, medio saludándonos, medio mostrándonos algo, levantó la mano como en la *Consacratio*, y las llamas hicieron fulgir la gran cornalina de su diestra. Y como si con aquel gesto hubiera hecho un poderoso signo, vimos que

el rosetón estallaba en una lluvia de oro, y al mismo tiempo que la ojiva, la torre con su cuerno, se desplomaron como una montaña sobre él.

XXIX

La puerta del Gallo se había venido abajo, y nosotros nos abrimos camino a través de las ruinas. Los escombros de las murallas y el maderamen llenaban las calles, y por todas partes, entre las ruinas, yacían los cadáveres. A través del frío humo vimos oscuras siluetas, y la confianza volvió a nosotros. Así aconseja el alba, y la sola vuelta de la luz, tras aquella larga noche, nos pareció algo maravilloso.

Entre aquella devastación, los antiguos conflictos parecían algo tan falto de sentido como los recuerdos de una mala borrachera. Solamente la desgracia quedaba en pie, y los combatientes habían depuesto sus banderas y enseñas. En algunas callejas laterales todavía vimos cómo el populacho se dedicaba al pillaje, pero los mercenarios ya estaban organizando una doble fila de vigilancia. Cerca del castillo encontramos a Biedenhorn, que estaba distribuyendo a sus soldados y que se daba gran importancia. Iba revestido de su coraza de oro, pero sin casco, y alardeaba de haber adornado ya el árbol de Navidad, lo cual significaba que había ordenado detener a algunos individuos para hacerlos colgar de los árboles que crecían junto a las murallas. Conforme a su marcial costumbre, durante los combates se había mantenido al margen de los mismos, pero ahora que toda la ciudad estaba en ruinas volvía a dejarse ver y desempeñaba el papel de hombre providencial. Por lo demás, estaba bien informado, pues en lo alto de la torre de armas ondeaba la bandera del Gran Guardabosque, en la que aparecía una roja cabeza de jabalí. Pa-

recía que Biedenhorn había bebido considerablemente, y cuando le hallamos estaba de aquel humor feroz y a la vez jovial que tan grato era a sus mercenarios. Estaba contento de poder al fin perseguir a los escritores, a los poetas y a los filósofos de la Marina. Al igual que el antiguo perfume de la cultura, sentía horror hacia el vino y las sutiles cualidades de éste. A él le gustaban las pesadas cervezas que se fabrican en la isla de Bretaña y en los Países Bajos, y consideraba que los habitantes de la Marina eran pobres seres que se alimentaban de caracoles. Hombre violento y bebedor, creía a ojos cerrados que las dudas se resuelven aquí abajo cortando por lo sano. Desde este punto de vista se parecía algo a Braquemart, pero era más sano que él, en el sentido en que Biedenhorn despreciaba la teoría. Nosotros apreciábamos su manera natural de ser y su buen apetito. Cierto que su lugar no era precisamente la Marina, pero ¿puede uno censurar al lobo que se ha adoptado como perro de guarda? Por suerte, Biedenhorn era de aquellos a quienes la bebida de la mañana aviva pasados recuerdos. Y así no necesitamos recordarle aquella circunstancia en que, en una garganta de la sierra y junto a sus coraceros, le encontramos en una apurada situación. Se había caído del caballo y nosotros vimos cómo la gente libre de Alta-Plana se afanaba en abrir su coraza del mismo modo que en un festín se rompe el caparazón de una langosta dorada por el arte del cocinero. Ya el agudo puñal cosquilleaba en su garganta cuando, con la ayuda de los jinetes de púrpura, le salvamos, a él y a sus mercenarios. Fue en esa circunstancia cuando el joven Ansgar cayó en nuestras manos. Biedenhorn nos conocía, además, de cuando vivimos entre los mauritanos, por lo que se afanó en procurarnos el barco que le pedimos. ¿Es que la hora de la catástrofe no es también la hora de los mauritanos? Puso a nuestra disposición el bergantín que tenía en el puerto e hizo que nos escoltara un grupo de mercenarios.

Las calles que conducían al puerto estaban atestadas de gente que se daba a la fuga. Sin embargo, nos pareció que no todos deseaban abandonar la ciudad, pues vimos que entre las ruinas de los templos ascendía el humo de los sacrificios, y oímos cánticos entre los escombros de las iglesias. En la capilla de la Sagrada Familia, muy cerca del puerto, el órgano había quedado intacto y sus potentes voces acompañaban el cántico de la comunidad:

Los príncipes son hombres nacidos de mujer
que vuelven al polvo,
y sus consejos se pierden
cuando la tumba se hace con su presa.
Dado que nadie puede ayudarnos,
imploramos la ayuda de Dios.

La gente se apiñaba en el puerto, y cada cual llevaba sobre sí el resto de sus enseres. Pero los barcos que partían rumbo a Burgundia y a Alta-Plana ya estaban sobrecargados, y cada velero que los hombres apartaban del muelle con sus pértigas era despedido con un tremendo grito de desesperación. En medio de aquella confusión, como protegido por algún tabú, el bergantín de Biedenhorn, luciendo pabellón negro-rojo-negro, se balanceaba sujeto a las amarras. Y brillaba su barniz azul oscuro y sus refuerzos de cobre, y cuando di la orden de levar el ancla, los servidores sacaron las fundas de los almohadones de cuero rojo que había sobre las banquetas. Mientras las picas de los mercenarios lograron contener al populacho, nosotros conseguimos que fueran embarcando mujeres y niños, hasta que el puente apenas sobresalió un codo del agua. Entonces, los servidores empuñaron los remos y salimos de la dársena del puerto, que estaba protegido por largos diques, y una fresca brisa, proveniente de las montañas de Alta-Plana, nos empujó en seguida.

El frescor matutino todavía reinaba sobre las aguas, y los torbellinos atraían sobre su espejo a los juncos como sobre un verde cristal. Pero el sol ya aparecía sobre las púas de las montañas nevadas y los acantilados de mármol emergían resplandecientes entre las nieblas de las tierras bajas. Hacia ellos volvimos nuestras miradas, y nuestras manos rozaron las aguas, que la luz del sol teñía de azul, y cuyas sombras parecían haberse unido de nuevo en la profundidad.

Tuvimos gran cuidado del ánfora. Todavía ignorábamos el destino que aguardaba a aquella cabeza que llevábamos con nosotros y que más tarde debíamos confiar a los cristianos, cuando éstos volvieron a levantar de entre sus ruinas la gran catedral de la Marina. Los cristianos la enterraron en la piedra fundacional.

Pero antes, en el palacio ancestral de Sunmyra, hermano Othón le tributó el *eburnum*.

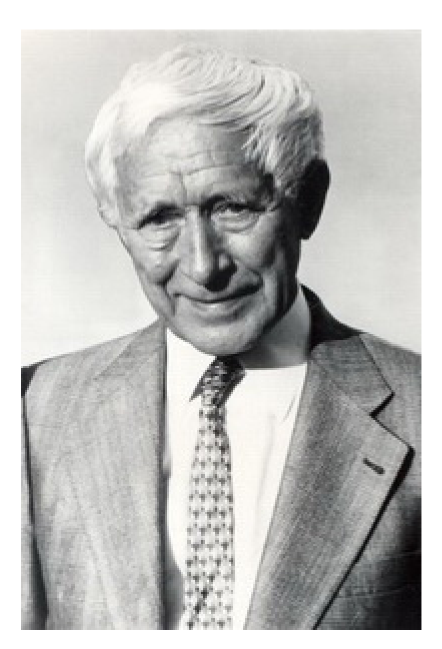
XXX

Cuando el resplandor de los incendios se elevó por los cielos, los hombres de Alta-Plana se congregaron en las fronteras. Así, pues, al acercarnos a tierra vimos al joven Ansgar, que nos hizo un gesto amical con la mano.

Mientras enviaba mensajeros a su padre, descansamos un rato entre sus gentes, y luego ascendimos lentamente por el camino del alto valle. Al llegar a la cumbre nos detuvimos junto al gran mausoleo del héroe, así como cerca de otros monumentos más pequeños erigidos en aquel lugar. Y volvimos a ver el desfiladero en el que habíamos salvado a Biedenhorn y a sus mercenarios. Allí, Ansgar nos tendió de nuevo la mano y nos dijo que estaba dispuesto a partir con nosotros hasta la mitad de sus bienes.

A mediodía, entre las grandes encinas que la rodeaban, vimos la casa. Y al contemplarla, sentimos una profunda seguridad, pues al igual que en nuestra patria del Norte, las granjas, los establos y las viviendas de las personas, se apiñaban bajo un mismo gran tejado. Y la cabeza de caballo brillaba igualmente en el ángulo superior del gran frontón. La puerta estaba abierta de par en par, y el polvillo del aire brillaba al sol. El ganado volvía la cabeza sobre los pesebres y miraba hacia la luz, y aquel día llevaba ornamentos dorados en los cuernos. La gran sala estaba adornada como para celebrar una fiesta, y saliendo del círculo de hombres y mujeres que esperaban en el umbral, el viejo Ansgar se acercó a nosotros para darnos la bienvenida.

Y entonces franqueamos las grandes puertas como si entrásemos en la paz de la casa paterna.



ERNST JÜNGER. Nació el 29 de marzo de 1895 en el seno de una familia burguesa en Heidelberg. Recibió una educación humanista pero cargada de tintes nacionalistas y prusianos, que hicieron de él un adolescente intolerante y radical. Cursó estudios en internados y colegios en Hannover, Schwarzenberg, Braunschweig, Wunstdorf o Hamelin. Con apenas 17 años se enrola en la Legión Extranjera, de la que su padre le rescata un mes después.

Participó en la I Guerra Mundial, experiencia que volcó en *Tempestades de acero* (1920). El libro vende más de 50.000 ejemplares en Alemania y otorga notoriedad al joven escritor que decide dejar el uniforme. Condecorado con la más alta distinción prusiana por su valor en la guerra de 1914, tenía una de las mayores colecciones de insectos del mundo y poseía decenas de relojes de arena y miles de libros antiguos. Cursó estudios de Zoología en la Universidad de Leipzig y en la Oriental de Nápoles (1923-1925).

Aunque defendió la movilización militar en la década de los 30, quedó decepcionado por el nacionalsocialismo. Escribe, *Sobre los acantilados de mármol* (1939) una denuncia del régimen de Hitler que fue prohibida. En la II Guerra Mundial fue oficial en París; donde conoció a Pablo Picasso, Jean Cocteau y donde se hizo amigo del filósofo Martin Heidegger. En el año 1943, escribió el panfleto *La paz, una llamada al fin de la guerra*.

Se retiró en la Selva Negra, para dedicarse al estudio de la entomología y la botánica. Sostenía que el mundo moderno está determinado por el Poder. Así lo expone en *El problema de Aladino* (1983). Desde que en los años 50 entablara amistad con Albert Hofmann, el creador de la LSD, varios de sus libros versaron de forma directa o indirecta sobre la experiencia psicodélica. Entre sus obras destacan *Heliopolis* (1949), *Abejas de cristal* (1957) y la colección *Intenciones sutiles* (1967).

En 1925, contrae matrimonio con Gretha von Jeinsen, de la que tendrá dos hijos y con la que vivirá más de 30 años. Poco después de su muerte, volvió a desposarse con Liselotte Lohrer, traductora y helenista, con la que realizó numerosos viajes.

Al cumplir 100 años fue visitado por el canciller alemán Helmut Kohl y el presidente israelí Chaim Herzog.

Ernst Jünger falleció el 17 febrero de 1998 en la localidad de Wilflingen, donde residía desde el final de la II Guerra Mundial.

Notas

[1] En francés en el original. <<

ÍNDICE